Miguel

FABULAS

MORALES

Ex Libris

Russell Perry Sebold III

FÁBULAS MORALES

DE

D. MARIANO DE MARTINEZ.

MADRID:

IMPRENTA DE LA REVISTA MEDICA.

8º
FL DRPS FA/1047
0500773067

FÁBULAS MORALES

ESCRITAS

EN VARIEDAD DE METROS,

POR

D. RAIMUNDO DE MIGUEL,

CATEDRÁTICO DE RETÓRICA Y POÉTICA

EN EL INSTITUTO DE SAN ISIDRO DE MADRID.

...Quid rides? mutato nomine, de te
Fabula narratur.

Hor. Sat. I, Lib. I.

MADRID.
AGUSTIN JUBERA,
calle de la Bola, núm. 3.

1874.

Es propiedad.

Imprenta de M. Minuesa, Juanelo, 19.

AL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

DON FERNANDO ALVAREZ,

DIPUTADO Á CÓRTES EN DIFERENTES LEGISLATURAS POR LOS DISTRITOS DE BÚRGOS Y MEDINA DE POMAR, MINISTRO QUE HA SIDO DE GRACIA Y JUSTICIA, ACADÉMICO DE LA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS, DE LA MATRITENSE DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACION, INDIVIDUO DE VARIAS CORPORACIONES CIENTÍFICAS Y LITERARIAS, ETC., ETC., ETC.

Veinticinco años van trascurridos, mi querido y respetable amigo, desde que tuve la honra de consagrar á V. las primicias de mis trabajos literarios. Durante ese tiempo, merced á la influencia bienhechora que desde entonces ejerció V. sobre mi ánimo, y al poderoso estímulo que supo añadir á mis naturales aficiones con la mágia de su voz cariñosa y persuasiva, he venido rindiendo fervoroso culto á los Clásicos de la sábia antigüedad, si no con grande fruto, á lo ménos con suma complacencia, habiéndome proporcionado tan grata ocupacion momentos de inefable dicha. A V., pues, debo consagrar tambien ahora este nuevo Libro, de muy diversa índole que los anteriores, donde por primera vez he venido á ensayar mis débiles fuerzas en un género de literatura

que no carece de dificultades, y que no sé si será el último producto que podrá rendir el siempre pobre, pero ya hoy casi agostado ingenio mio. Proponiéndome en él llevar mi granito de arena al majestuoso edificio de la enseñanza, y contribuir en lo poco que yo alcance á formar con sanas advertencias y útiles documentos el corazon de los niños, á ninguna otra persona pudiera dedicarle con más acierto que á V., antiguo Consejero de Instruccion pública, cuyas ideas de órden, de moralidad y de bien entendido progreso, cuyas santas y profundamente arraigadas creencias, cuyas virtudes públicas y privadas son de todos conocidas, y muy señaladamente de los que hemos tenido la fortuna de tratarle y honrarnos con su amistad.

Dígnese V. aceptar con la benevolencia de costumbre mi modesta ofrenda, fiel testimonio de respetuosa adhesion y sincero reconocimiento, y quedarán colmados los deseos de su afectísimo amigo y S.

Q. B. S. M.

Raimundo de Miguel.

Madrid. Enero de 1874.

PRÓLOGO.

Más de dos años hacia que, ocupado en escribir una obra de no escasa importancia literaria, le venia consagrando con incesante afán todos los momentos que me dejaba libres el cumplimiento de mis obligaciones. Desgraciadamente, y con harto dolor de mi alma, tuve que suspender ó más bien abandonar aquella árdua, aunque agradable tarea, porque mi cansada vista, debilitándose por grados, se negaba ya á servirme, hasta tal punto, que apenas era dueño de consultar un libro por mí mismo, ni mucho ménos de recoger en multitud de fuentes la gran copia de datos y noticias, que acá y allá esparcidas debia forzosamente reunir, segun lo reclamaba la índole de mi trabajo. Recordando, aunque no sin amargura, la sábia máxi-

ma del Poeta: *Levius fit patientia quidquid corrigere est nefas*, hube de resignarme con mi suerte. Acostumbrado sin embargo desde mi primera juventud á tener ocupada la mayor parte del tiempo de que podia disponer, las horas se me hacian interminables, privado como estaba del gran recurso de la lectura, que solo muy de tarde en tarde y en cortas proporciones podia utilizar. Entonces por primera vez me ocurrió la idea de escribir algunas Fabulitas, más bien como medio de entretener mis ócios con alguna ocupacion honesta, que con el propósito de que viesen la luz pública algun dia. Unas treinta ó pocas más llevaba ya compuestas, cuando varios amigos que tuvieron ocasion de ver las primeras muestras de este ensayo, me estimularon á continuarle, con tan repetidas instancias, que no me fué posible resistir á sus deseos.

Hé aquí en breves palabras la sencilla y modesta historia del nacimiento de este Libro, que sale á luz sin pretension alguna, y exclusivamente consagrado á la niñez. Ciento cincuenta son las Fábulas que contiene, y sus respectivos argumentos todos son ori-

ginales, no habiéndome propuesto traducir ni imitar á ningun otro autor conocido. Podrá suceder muy bien que alguna vez nos encontremos en el fondo de la idea; mas esto solo probará la facilidad con que una misma máxima puede ocurrírseles con un motivo idéntico á dos personas diferentes.

El género es sumamente difícil, y esto explica el cortísimo número de buenos Fabulistas que pueden señalarse en las diversas naciones de Europa. Tan atendible consideracion me hubiera retraido por completo de dar á la prensa mi trabajo, si los miramientos y atenciones que debo á la amistad y altas prendas de personas muy competentes en la materia no hubiesen sido suficientes á vencer mi repugnancia.

Cada Fabulita lleva al pié la máxima moral que de ella se deduce, salvo una ú otra que no lo necesitan por la espontaneidad con que salta del fondo mismo de la narracion. Las he escrito en variedad de metros, á fin de dar mayor amenidad á la lectura, cuidando mucho de que el estilo fuese sencillo, la diccion pura y castiza, y la versificacion tan fácil, fluida y natural como me

fuera posible, atendida la naturaleza del asunto y la calidad de los lectores á quienes se dirigen. He procurado sobre todo dar interés á la accion, sosteniendo en ella el movimiento dramático, para que trasladándose más fácilmente la imaginacion al lugar de la escena, y asistiendo en cierto modo á los discursos y conversaciones de los diferentes personajes, se pudiese percibir mejor y sin el cansancio que trae naturalmente la aridez dogmática, el fin moral de cada argumento. Ójala que los niños se encuentren al leer mis Fábulas tan dulcemente entretenidos como yo lo estuve al escribirlas; y grabando profundamente en su alma las sanas advertencias y útiles documentos que les ofrecen, disfrazados con el velo de la alegoría, puedan servirles en edad más adelantada para el arreglo de la vida y de las costumbres.

FÁBULA I.

—

LA MONA Y EL LORITO.

Una Mona remilgada,
Maldiciente sin igual,
De un espejo en el cristal
Encontróse retratada.
Creyendo ver la taimada
Otra mona allí metida,
Dijo al punto desabrida
Con necia desenvoltura:
"Más horrible catadura
No se habrá visto en la vida."
Como respuesta no halló,
Se acerca con gesto huraño.
Registra, nota el engaño,
Y exclama: "¡Pues era yo!"
Un Lorito que la oyó
Repuso no sin malicia:

"En óptica eres novicia
Y te excuso en cierto modo;
Pero no erraste del todo,
Porque te has hecho justicia."
Llenóla de confusion
Esta picante salida,
Y avergonzada y corrida
Se retiró del salon.
Hombres de tal condicion
Hallarás en tu camino,
Que en el fondo cristalino
De una fábula moral,
En vez de su original
Verán siempre el del vecino.

FÁBULA II.

—

EL ZORRO DECLAMADOR.

Érase un Zorro viejo
Que de austero y frugal fama tenia,
Y de su indócil grey con el consejo
Corregir las maldades pretendia.
"Hermanos, les decia,
Huid la intemperancia, horrendo vicio,
Que orígen puede ser de vuestra ruina,
O llevaros tal vez al precipicio.

¿Sentís hambre canina?
Perseguid á las chochas y lagartos,
Que en el monte vecino hallareis hartos,
Y allí podreis sin sombra de delito
Saciar cuando querais vuestro apetito.
Pero nunca hagais riza,
Ni vayais á ensayar uñas ó dientes
En patio, gallinero ó corraliza
Donde habitan las aves inocentes
Que con laudable y previsor talento
Recria el hombre para su alimento..."
De súbito interrumpe su discurso
Por una ocupacion grave y precisa
Que el astuto orador finge al concurso
Y le obliga á marchar á toda prisa.
Y fué, que allá en el prado
De lejos columbró á cierta aldeana
Que sola se dirige hácia el mercado
Con el suave frescor de la mañana.
Ha olido y tiene gana,
La sigue, husmea, corre, el cuerpo inclina,
Y al redoblar la cuesta,
De un salto atrapa la mejor gallina
De cuatro que llevaba en una cesta.
Muy bella es tu enseñanza; pero, Fabio,
¿Cómo quieres dejarnos satisfechos
De tu virtud, si lo que dice el lábio
No se halla en armonía con los hechos?

FÁBULA III.

—

EL PÁJARO Y EL GUINDO.

Un Pájaro, muy lindo
Por el rico matiz de su plumaje,
Alzando el vuelo, se posó en un Guindo,
Buscando la frescura entre el follaje;
Y en su peculiar habla
Un diálogo con él, curioso, entabla.
"Allá en la primavera
Pasé por el contorno, le decia,
Y no habia frutal en la ribera
Que igualase á tu pompa y lozanía.
De blanca flor cuajado,
Creí llegarte á ver rico, pudiente,
Y que al peso del fruto codiciado
Tendrias que doblar la altiva frente.
Mas noto con sorpresa
Que no hay temor de que con él te rindas,
Pues teniendo la copa tan espesa,
Contadas son á la verdad tus guindas."
—"Amigo mio, es cierto,
Contesta el pobre Guindo á su manera,
Porque en la casa cual meson abierto
Nunca me falta gente forastera.

Ya suben las hormigas,
Y meriendan á título de amigas;
Ya viene á verme la golosa abeja,
Y si hay grano en sazon nunca le deja.
Ya llega vocinglero
El gorrion desprendido del alero;
Ya el tábano que habita en la floresta,
Ya la iracunda avispa, ya los tordos,
Suelen siempre venir á mesa puesta,
Y á costa mia se mantienen gordos.
Si entrada tiene aquí todo el que quiere,
¿Te admira que no luzca ni prospere?
Trabaja el pobre Juan, y el desdichado
Aunque vela y madruga nada ahorra,
Porque nunca le falta un convidado
Que venga á verle por comer de gorra.
¿Qué extraño que su casa esté atrasada
Si parece una pública posada?

FÁBULA IV.

—

EL CORDERO, EL ZAGAL Y EL CAMINANTE.

"Llévame al campo, Zagal,
Dijo un incauto Cordero,
Que harto tiempo prisionero
Me has tenido en el corral.

Aquí regalado estoy,
No lo niego, pero al cabo,
Yo no nací para esclavo,
Y esclavo he sido hasta hoy.
Quiero libre retozar
Y correr con el ganado
Por el monte, por el prado,
Y el espeso tomillar."
El Zagal, compadecido,
Le sacó de la majada,
Y un dia de madrugada
Bajan al valle florido.
Mas de pronto un Caminante
Que atravesaba el sendero,
Quiso comprar el cordero
Y le ajusta en el instante.
Le toma á peso, le prueba,
Como hacen los aldeanos,
Y atado de piés y manos
En la alforja se le lleva.
Y en suma, aquel mismo dia,
Por más que levanta el grito,
El infeliz corderito
Paró en la carnicería.
Por falta de prevision
Suele el hombre apetecer
Cosas que vienen á ser
Causa de su perdicion.

FÁBULA V.

—

EL AVE SIMPLE.

Una Ave Simple buscaba
Lugar donde hacer el nido,
Queriendo ponerle á salvo
De todo riesgo y peligro.
"¿Elegiré, se decia,
Para cuna de mis hijos
La cornisa de una torre,
O la hendidura de un risco?...
Pero nó, no entra en mis planes
Empollar en tales sitios,
Que allí abundan los azores
Y el aguilucho anda listo.
¿Anidaré más abajo,
Por ejemplo, entre los mirtos,
O en las lilas ó rosales
De cualquier jardin florido?...
Mas ¡ay! si viene algun gato
O se acerca un gozquecillo,
Puede un dia arrebatarme
Las prendas de mi cariño.
Me refugiaré á la vega,
Y en un surco, entre los trigos,

Puedo guardar mi tesoro
Sin sobresalto maldito...
  Pero soy una menguada,
Una tonta, y no he previsto
Que, si registran las mieses,
Le hallarán los campesinos.
  Más seguro entre el ramaje
Le tendré, de un arbolito;
No en alto, porque hay mochuelos,
No en bajo, porque andan chicos...
  Pero entonces, cuantos pasen
Le pueden ver, y no evito
El mal que temo, si trepa
Y me le roba un maligno.
  Me resuelvo: de un cascajo
Iré á los desiertos guijos...
¿Y si el rio se desborda?
¿Y si descarga un pedrisco?
  No quiero pensar en ello,
Pues ya voy perdiendo el tino;
Deliberaré mañana
Quizá con mejor instinto.»
  Pasó un dia y otro dia,
Mas ella, siempre lo mismo,
Nunca encontraba á su gusto
Lugar donde hacer el nido.
  Todo era dificultades,
Do quier veia peligros,

Y la estacion avanzaba,
Y el parto estaba vecino.
  Llegó al fin el cruel momento,
Y careciendo de asilo,
Abandonó á las hormigas
Con pena sus huevecillos.
  «¡Ay mísera, dijo entonces,
Y cuán tarde he conocido
Que por mi falta de seso
Perecen mis pobres hijos!»
  Aprenda el irresoluto
Que la indecision es vicio
Que trastorna y desbarata
Los más hermosos designios.

FÁBULA VI.

—

EL BANDOLERO Y EL PASTOR.

  En el encuentro reñido
Que tuvo con un viajero
Quedó cierto Bandolero
De una pierna mal herido.
Contemplándose perdido,
Comenzó á pedir favor,
Y sensible al gran dolor

Que aquella súplica entraña,
Le condujo á su cabaña
Para curarle un Pastor.
Sanó por fin de la herida,
Volvióse al monte el ladron
Dejando antes un bolson
Al que le salvó la vida;
Mas á poco prevenida
La Justicia, le buscó,
El oro en sus manos vió,
Y reconoce al instante
La bolsa del caminante
Que al fiero Bandido hirió.
Prender al incauto ordena.
Y abierta la informacion,
Sin ninguna apelacion
Por cómplice le condena.
De lamentar es la pena
De aquel Pastor desdichado;
Pero es un hecho probado,
Y hasta los más ciegos ven
Que nunca paran en bien
Las dádivas del malvado.

FÁBULA VII.

—

EL CHOPO Y EL RIO.

Un Chopo cargado de años
Dijo á cierto Riachuelo
Que bullicioso rodaba
Por el valle pintoresco:
"Detente, ¿no ves, imbécil,
Que á la mar corres derecho,
Y que te aguarda la tumba
En sus abismos inmensos?
Vale más que en esa cuenca
Te entregues al blando sueño
Y tu breve edad prolongues
Cuanto sea dable hacerlo.
Detente, suban tus aguas
Hasta el nivel de los cerros,
Y un dia serás ¿quién sabe?
Tal vez un lago soberbio."
—"Has hablado como un Chopo,
Contestó el Rio discreto
Sin suspender de sus ondas
El murmurio placentero.
¿Me debo acaso á mí solo,
O el rico caudal que llevo

Me le ha dado la montaña
Para guardarle en secreto?
¿Qué fueran sin mí los prados
Mústios y faltos de riego,
Y la frondosa llanura
Que fertilizo y sustento?
Fuera de que, si mi vida
Consiste en estar corriendo,
Cuando me duerma ó me pare
Debo ya darme por muerto.»
Y sin decir más palabras
Saludó á su consejero,
Perdiéndose entre los juncos,
Cañaverales y fresnos.
El que egoista, en el ócio
Frustra su inútil talento,
De nuestro diáfano Rio
Contémplese en el espejo.

FÁBULA VIII.

—

EL SAÚCO Y EL BREZO.

Arrogante, pomposo, perfumado,
Al borde de un arroyo cristalino,
Conversaba un Saúco allí plantado

Con un humilde Brezo su vecino.
"Mil gracias al destino
Debo dar, exclamaba, pues le plugo
Darme un traje tan fresco y tan lozano,
Tan cargado de aromas en verano.
El ramaje frondoso y floreciente
Corresponde á mi prócera estatura,
Y grata sombra envío á la corriente
Que á su influjo conserva la frescura.
Conmigo el aura pura
Jugando en el follaje se recrea:
Envidia de la selva son mis flores;
¿Qué arbusto, dime, las tendrá mejores?
Pero tú, prosiguió, mísera planta,
Mezquino vegetal, cuya cabeza
Dos palmos de la tierra no levanta,
Relegado á vivir en la maleza,
Sin lustre en la corteza,
Tan breve en flores, tan menguado en hojas,
¿De verte junto á mí, no te sonrojas?"
—"Bien conozco, señor, contesta el Brezo,
Que si atiendo á la pompa y al follaje,
A vuestro lado soy un arrapiezo,
Y que debo rendiros homenaje.
¡Lucís tan rico traje!....
Mas no daros querais tal importancia,
Que si el fondo analizo, no os encuentro
Ni pizca de meollo por adentro.

No valeis, como yo, ni aun para escoba;
Conducido al hogar, solo dais humo,
Y cuando el cierzo vuestras galas roba,
Un haz de cañas sois todo lo sumo.
Mirándoos, presumo
Que solo teneis de útil vuestras flores,
Mientras yo, que de oiros me abochorno,
Puedo dar miel y fomentar un horno.
Mi rubia flor, aunque menguada, es fina,
Largo tiempo conserva la frescura,
Y su tinta agradable y purpurina
No envidia de las vuestras la blancura.
Compacta, recia, y dura,
Las artes utilizan mi madera:
¿Que es la vuestra en resúmen? Casi nada,
Carne fofa no más, pura cañada»....
Cuando veo á un Narciso almibarado
Y escucho á campanudos oradores
Cuyo mérito estriba, bien mirado,
En el traje, en la pompa y en las flores,
De su facha y primores
Reirme suelo sin querer, y exclamo
Cada vez que á mi paso los tropiezo:
«¡Tate, tate, razon tenia el Brezo!»

FÁBULA IX.

—

EL ROSAL Y LAS CAÑAS.

Con gran pesar contemplaba
Cierto envidioso Rosal
A un alto Cañaveral
Que al lado suyo medraba.
Cuando más se lamentaba
Sin razon de su destino,
Tal tempestad sobrevino,
Que el granizo asolador
Machacó ramas y flor,
De otro Rosal su vecino.
Él, en tanto, resguardado
Del arbusto á quien odiára,
Por una fortuna rara
Se halló de rosas cuajado.
Entonces avergonzado
Mil perdones le pedía.
Nunca turbe tu alegría
La vista del bien ajeno,
Pues si tal vez ruge el trueno,
Puede serte útil un dia.

FÁBULA X.

—

EL RAPAZUELO.

Un Rapazuelo
Buscaba fresas
De alta montaña
Por las laderas.
Piensa el incauto
Que nada arriesga
Si logra el fruto
Que tanto anhela.
Zarzas, ortigas,
No le amedrentan,
Si una vez ú otra
Le saborea.
Pero de pronto
Fria culebra
Vé deslizarse
Bajo la yerba.
Pálido entonces
Quédase al verla,
Y á largo paso
De allí se ausenta.
Dichoso el hombre
Que al verle cerca,

De un grave riesgo
Cauto se aleja.

FÁBULA XI.

—

EL CONGRESO DE LAS FIERAS Y LA RAPOSA.

Al morir un Leon de puro anciano,
Nombró por sucesor y soberano
A su hijo primogénito,
Que buscaba renombre, fama y crédito.
Decidido á estirpar añejos males,
A un Congreso citó á los animales,
Que ya por su aspereza,
Ya por su instinto y propension dañina
Componen de su Córte la grandeza,
Y así les arengó: «Raza ferina,
Honra y prez de la selva, os he llamado
Resuelto á promulgar el plan severo,
Que al dar principio á mi feliz reinado
Para bien de la tribu seguir quiero.
Con sobriedad prudente
Vivirá de hoy en más bajo mi mando
La carnívora gente,
Criminales abusos desterrando.
Cada cual comerá lo que le baste:

¡Guerra á muerte á las bárbaras orgías!
¡Ay del que el monte por placer devaste,
Matando sin sazon hasta las crias!
De víveres exhausto
Comienza á verse el bosque: ¡tantas fueron
Las víctimas que en hórrido holocausto
A la gula de muchos sucumbieron!
Seremos inflexibles
Sin distincion de clase ni de raza
Con todo el que almacene comestibles,
Y no deje crecer la jóven caza.
No osareis ya clavar el diente fiero
Ni en pollino, ni en cabra, ni en oveja,
Ni en caballo, ni en vaca, ni en ternero,
Ni en buey que sometido esté á la reja,
Ni en ningun animal que al hombre ayuda,
Y así no nos hará guerra tan cruda.
Tal es mi voluntad: ¡y desdichado
Del que infrinja rebelde lo mandado!»
—«¡Magnífico programa!
Victoreando al Leon la tribu exclama:
Con plan tan sábio, repetia á coro,
Renovada veremos la edad de oro.»
En esto, resonó claro un mugido:
«¿Oísteis? dijo el Rey: ¿será una fiera?»
—«Un buey debe de ser que anda perdido,
Contestó encandilada la pantera.»
—«¿Perdido? ¿No tiene amo? Pues es nuestro:

Sígame quien se precie de más diestro.»
Y hácia el manso animal se abalanzaron
Y en el bosque vecino le almorzaron.
En tanto la Raposa,
Que atisbaba solícita y curiosa
Detrás de un mato espeso
Por tomar sus apuntes del Congreso,
«¡Para el pícaro, dijo, que fé tenga
En su ampulosa y retumbante arenga!
No habrá res que en el monte no peligre
Como ande cerca el sanguinario tigre;
Ni segura tampoco habrá colmena
Cuando el oso feroz esté sin cena.
¿Discursitos á mí? Mientras yo note
Que no mudais de condicion y mañas,
Creyendo seguiré que vais á escote
Por sacar á la selva las entrañas.»
Así dijo, y marchó sellando el lábio:
¿No habló la tal Raposa como un sábio?

FÁBULA XII.

—

LA MONEDA, EL PUÑAL Y EL LORITO.

Disputaba una Moneda
Con cierto agudo Puñal

Sobre quién valía ménos,
Sobre quién valía más.
—"Yo, decía la primera,
Puedo millones lucrar,
Y revolver los estados
Sin mucha dificultad."
—"Yo, reponia el segundo,
Puedo la vida quitar,
La vida, que no se compra
Con cuantas monedas hay."
—"En un grave error, amigo,
Replicó la otra, estás;
Tú mandar en mí no puedes,
Y yo puedo en tí mandar.
Yo compro, si se me antoja,
La mano del criminal,
Y de esta manera puedo
Cuanto puedes, y algo más.
—"Necios, repuso un Lorito,
Callaos, no prosigais,
Que no consiste en vosotros
El valer ménos ó más.
Segun la intencion que anime
Al que os ha de manejar
Podeis hacer en el mundo
Mucho bien ó mucho mal."
Todo tiene, amigos mios,
Su respectiva bondad,

Si la virtud y el talento
Lo saben aprovechar;
Pero si tuerce sus fines
Por un abuso fatal,
Las cosas de más valía
Sernos funestas podrán.

FÁBULA XIII.

—

EL RUISEÑOR Y LA RANA.

Orilla de una fuente,
Coronada de arbustos y de flores,
Cantaba dulcemente
Un jóven Ruiseñor castos amores.
"¡Preciosa melodía!
(Metiéndose á censora le decía
La Rana vocinglera) pero noto
Que tu voz es muy débil para el soto;
Y que á cierta distancia,
Ni el lagarto que habita en los espinos,
Ni el topo minador desde su estancia
Podrán oir tus malogrados trinos."
—"Ni tu elogio me llena
(Contesta el Ruiseñor), ni tu censura
Me dá la menor pena:

¿Eres juez competente, por ventura,
Para que necia enmiendes
O aplaudas en materia que no entiendes?
No mires como agravio
La censura imparcial del varon sábio;
Mas si de ajarte trata
Con menguada pasion el censor necio,
Su crítica insensata
Merézcate no más risa y desprecio.

FÁBULA XIV.

—

EL PASAJERO.

Un medroso Pasajero
Salió de casa á deshora,
Cuando apenas de la aurora
Frisaba el albor primero.
Su azorada vista tiende
Por cerros y encrucijadas,
Y el rumor de sus pisadas
Le sobresalta y suspende.
Todo le infunde recelo
Y pavor en su camino,
Ya la sombra de un espino,
Ya los gritos de un mochuelo.

Iba andando lentamente
Por las revueltas del valle,
Cuando al doblar una calle
Dá de improviso en un puente.
Encima del antepecho
Descubre, no es ilusion,
Un negro bulto... un ladron
Que sin duda está de acecho.
Vuélvese atrás desalado,
En una raíz tropieza,
Y en el suelo de cabeza
Dió consigo desmayado.
Cuando al fin se recobró
Ya del todo amanecia,
Y á la clara luz del dia
La causa del susto vió.
Y era la tosca anguarina
Que por descuido casual
Dejó olvidada un zagal
En la rama de una encina.
El miedo, mal consejero,
Nos conduce de ordinario
De un peligro imaginario
A un peligro verdadero.

FÁBULA XV.

—

LA ENCINA, LA FUENTE Y EL JABALÍ.

En lo apartado de un valle
Que ásperos riscos limitan,
Entre chaparros y brezos
Descuella gigante Encina.
Bulle á su lado una Fuente
Cuyas ondas fugitivas
Por la intrincada maleza
Bulliciosas se retiran.
—"¿Qué tienes (una mañana
Le preguntó su vecina)
Que así murmurando gimes,
Y quejumbrosa suspiras?"
—"Lloro, responde la Fuente,
La inconcebible perfidia
Del Jabalí que alevoso
En la siesta nos visita.
Despues que la sed le apago
Siendo su boca medida,
Furioso desata el cieno
Posado en ambas orillas.
Con sus pezuñas remueve
Del fondo las pardas guijas,

Y en un lodazal inmundo
Convierte mis aguas limpias.
Y empaña el luciente espejo
Donde, alegres y festivas,
Se contemplan cuando vienen
A solazarse las Ninfas.
De esta manera el ingrato
Me paga el bien que propicia
Le ofrezco siempre que llega
Rendido por la fatiga."
—"Consuélate, pobre Fuente,
Dijo la otra al oirla,
Que no soy yo del Cerdoso
Más que tú favorecida.
Bien claro ves que mi sombra
Bienhechora le cobija,
Y mi tronco es un cepillo
Con que se frota y se limpia.
Mis ramas llenas de fruto
Y agitadas por la brisa
De sazonadas bellotas
Largos montones le envian.
Y ¿sabes tú de qué modo
Me paga esa bestia inícua?
Rasgándome la corteza,
Desollándome con ira.
Socavándome las raices
Y abriéndome anchas heridas

Que pueden, si se repiten,
Serme funestas un dia.
Así, pues, cálmate, ó Fuente,
No te asombres ni te aflijas,
Que hacer bien y hallar ingratos
No son ideas que implican."
A cada paso en el mundo
Darás con gentes que indignas
Tal vez escupen la mano
Que humildes besar debian.

FÁBULA XVI.

—

LA ZORRA Y LA CALANDRIA.

"¿Por qué tan azorada
Vas huyendo, infeliz, de esa manera?
¿No ves que de culpada
Podrá tacharte, y con razon, cualquiera,
Si nota por ventura
Que te escondes temblando en la espesura?
Detente aquí, detente,
No acabes de perder, amiga, el juicio,
Y al riesgo dá la frente,
Pues la fuga cobarde es un indicio
Que acusa á la conciencia

Y en duda poner suele la inocencia."
La Zorra así decia
A una pobre Calandria, á quien hambriento
Y astuto perseguia
Rápido azor en la region del viento;
Y despreció en buen hora
La charla de la pérfida oradora.
Su arenga terminaba,
Cuando atisba de pronto la cabeza
De un enorme mastin que se acercaba
Cauteloso á través de la maleza;
Y al verle la Raposa
Puso al punto los piés en polvorosa.
Metióse en la floresta
Refugio salvador de la Calandria,
Y al verla correr esta,
«No creía que usted fuese tan mándria,
Le dice, y que pusiera
En duda su virtud con la carrera."
—"Yo hablaba en teoría,
La Zorra contestó, y en causa ajena;
Pero esto es cosa mia,
Y la fuga en la práctica es muy buena:
Adios": y partió á escape
Temiendo que el feroz mastin la atrape.
Verás todos los dias
Pretendidos filósofos que inventan
Hermosas teorías

Con que hacer venturoso al mundo intentan:
No de ellas te enamores
Si la práctica muestra sus errores.

FÁBULA XVII.

—

EL SÁUCE Y LA MIMBRERA.

Junto á la orilla de un cáuce
Hablaba de esta manera
Cierta modesta Mimbrera
Con un corpulento Sáuce:
"Mil gracias debemos dar
Al bondadoso hortelano
Cuya benéfica mano
Nos plantó en este lugar.
Pudo ponernos adentro
Cerca de aquel manzanal,
Pero estaríamos mal
Y fuera de nuestro centro.
En este paraje á fé
Gozamos mayor ventura,
Pues del cáuce el agua pura
Nos dá el riego por el pié.
De su límpido raudal
En el espejo luciente

Nos vemos continuamente
Sin estorbo ni rival.
Y nos convida al reposo
En las horas del calor
De su curso bullidor
El murmurio delicioso."
—"Es cierto, el Sáuce contesta,
Y en una larga extension
No hallariamos mansion
Tan agradable como esta.
Pero ¿te figuras, dí,
Que el granjero mi señor
Por hacernos un favor
Nos puso á entrambos aquí?
Simplona, si tal ha hecho
Es que buscaba en verdad
Más que nuestra utilidad
Su propio bien y provecho.
Quiso formar un cordon
Para preservar su finca,
Por si airado el rio brinca
Los dias de inundacion.
Cumple, amiga, como buena
Con ánimo agradecido,
Y aprieta bien el tejido
De tus raices en la arena.
Formemos juntos un muro
Que al rio inconstante enfrene,

Si furioso un dia viene
A ponernos en apuro.
Mas no cándida imagine
Que te protegen por tí;
Es porque del amo aquí
Sirves mejor á los fines.»
Fama de espléndido goza
Cierto señor opulento,
Y á muchos concede asiento
En su mesa y su carroza;
Mas si la intencion se viera,
Alguno á su esplendidez
Aplicaría tal vez
Lo del Sáuce y la Mimbrera.

FÁBULA XVIII.

—

EL DIA DE CAMPO.

Cierta mañana de otoño
Suave, templada y benigna,
Salieron de fiesta al monte
Los dueños de una alquería.
Padres, hijos y criados
Acamparon en familia
Bajo la sombra apacible

De dos gigantes encinas.
Suculentas provisiones,
Apetitosas y limpias,
Del pintoresco recinto
Cubren la alfombra mullida.
«Muchachos, dijo el anciano
Que aquel grupo presidía,
Demos mil gracias al Cielo
Que premia nuestras fatigas.
Pingüe ha sido la cosecha,
Y la casa está provista
De pan, vino, lana, aceite,
Legumbres y otras semillas.
Nuestros plantíos prosperan,
Los ganados se duplican,
Y todos, niños y viejos,
Logramos salud cumplida.
Comed pues, que el apetito
Se despierta en la campiña,
Y luego vendrán las danzas
Que tanto á la gente animan.»
Cuando al rústico banquete
Daban fin, entre las risas
Que arrancaban al concurso
Mil anécdotas sencillas,
Vieron de pronto una Vieja
Que por la senda contígua
Sube, y con trémulo paso

Se acercó á la comitiva.
Su faz demacrada impone,
Su torvo mirar contrista,
Y de su cárdeno lábio
Parece que hiel destila.
"Mujer infeliz, ¿adónde
Tus pisadas encaminas?"
(Cortés preguntó el anciano
A la extraña aparecida).
—"Tras de espectáculos corro,
Contestó fiera y altiva,
Que de mi ulcerado pecho
Remuevan el hondo acíbar."
—"¿De dónde eres?"—"Del Averno,
Dijo furiosa la harpía;
Contemporánea del mundo,
Ved si mi raza es antigua."
—"¿Dónde vives?"—"Donde quiera,
Porque soy cosmopolita
Y penetro en todas partes
Con mi influencia maligna.
Desde el soberbio palacio
Hasta la choza pajiza,
Pocos, muy pocos, creedme,
De mi presencia se libran.
Yo lloro con los que rien,
Yo rio si ellos suspiran....
—"Pero en fin, dime quién eres."

—¿No lo conoces? *La Envidia.*
—"¡La Envidia! gritó un mancebo;
¿Qué te ha hecho esta familia
Para turbar sus placeres,
Infame, con tus visitas?
—"Déjala, dijo el anciano,
Que de lástima es bien digna,
Y á donde quiera que vaya
Lleva el castigo en sí misma.
Ea, jóvenes, en baile,
Que las horas se deslizan,
Y ese tétrico espantajo
No ha de matar nuestra dicha."
Y en tanto que alegres saltan,
Y en torno vuelven y giran,
Arañábase sin duelo
Detrás de un ciprés la Envidia.
Vive en paz con tu conciencia,
Y no alteren tu alegría
Flaquezas del envidioso,
Que reirá si suspiras.

FÁBULA XIX.

—

LA RAPOSA.

Miróse en un arroyo la Raposa,
Por los perros un tiempo magullada,

Y al verse tan deforme y horrorosa
Exclamó convencida y resignada:
"Fea estoy, no lo niego, y mis primores
Honran muy poco á la vulpina casta;
Pero soy, pese á galgos y pastores,
Mas lista que Brijan, y esto me basta."
Nunca vencidas cederán la palma
A las prendas del cuerpo las del alma.

FÁBULA XX.

—

EL ESCULTOR Y EL PERRO.

De un tronco cierto Escultor
Sacó un bello San Miguel
Con la imágen de Luzbel
A los piés del vencedor.
Su Perro al verlo "Señor,
(Exclamó) nunca creyera
Que tu mano hacer pudiera
Para el trono del retablo
Todo un arcángel y un diablo
Con una misma madera."
—"Pues no debia admirarte
(Dijo su amo con desden)
Que, manejándole bien,

Todo eso y más puede el arte."
Y luego repuso aparte,
No sin marcada intencion:
Así con frecuencia son
Los humanos copia fiel
De un diablo ó de un San Miguel,
Segun fué la educacion.

FÁBULA XXI.

—

MARITORNES Y LOS GORRIONES.

Una aterida mañana
Del melancólico invierno
Blanca sábana de nieve
Cubrió por do quier el suelo.
Alegróse Maritornes,
La criada de un granjero,
Pues de cazar sin trabajo
Meditaba un plan soberbio.
"Esta es la época, dice,
De armar en la huerta el cepo
Para coger los gorriones
Que habitan bajo el alero."
En un rincon del cercado
Echa una capa de estiércol,

Y encima granos de trigo
Y migajas de pan tierno.
Arma la trampa insidiosa
Con disimulo en el centro,
Y á cierta distancia atisba
De aquel ardid el suceso.
A poco rato una banda
De pajarillos hambrientos
Vino á posarse de un árbol
En el desnudo esqueleto.
Un Gorrion, el más astuto
Y autorizado del gremio,
Que más de cerca examina
Con ojo avizor el cebo,
"Aquí hay maula, exclama al punto,
Hermanos, desconfiemos:
¿De cuándo acá nieva trigo,
O llueve pan blanco el cielo?
Si no me engaña la vista
Paréceme á mí que aquello
Que entre la paja reluce
No es otra cosa que un cepo.
Más vale ayunar tres dias
Que arriesgar hoy el pescuezo."
Y sin más indagaciones
Todos alzaron el vuelo.
Al varon sábio y prudente
No fascinan halagüeños

Los placeres con que el mundo
Suele excitar el deseo.
Dichoso quien las pasiones
Refrenar sabe con tiempo,
Y precavido conjura
Sus resultados funestos.

FÁBULA XXII.

—

EL CABRITO, EL BUEY Y LA CABRA.

Un insolente Cabrito
Con torpe lábio insultaba
A un Buey que del verde soto
Sosegado pacía entre las matas.
"En toda mi vida he visto
(Decíale con audacia)
Ni más fea catadura,
Ni más roñosa y despreciable estampa.
Torcidas tienes y rotas
De puro viejo las astas,
Y llena de costurones
Tu piel no vale ya ni para albarcas.
¿Pues, y el rabo? ¡Digo! apenas,
Haciendo un esfuerzo, basta
Para espantarte las moscas

Que vienen á chupar tu sangre helada.»
El Buey por toda respuesta
Alzó de improviso el anca
Y de una coz al Cabrito
Le dejó tres costillas derrengadas.
Gimiendo y renqueando el mísero
Corre á contar la desgracia
A su madre, que de un seto
Los amargos retoños cercenaba.
El minucioso relato
Oyó en silencio la Cabra,
Y enterada del suceso,
Sacudióle á su vez dos topetadas.
«Aparta, infame, le dijo,
Deshonra de mi prosapia,
¿Es ese, bárbaro, es ese
El respeto que debes á las canas?»
Niño, venera al anciano,
Que si imprudente le faltas
No podrás hallar disculpa
Ni á los ojos de aquellos que más te aman.

FÁBULA XXIII.

—

EL MASTIN Y LA COCINERA.

Queriendo un Mastin probar
Los hondones de un puchero

Metió la cabeza, pero
No la podia sacar.
Suda y rema sin cesar
El escaldado Mastin,
Y rompe el barro que al fin,
Cual ridículo aderezo,
Le colgaba del pescuezo
A modo de un collarin.
Escóndese en una alcoba,
Nótalo la Cocinera,
Y corre tras él ligera
Con el palo de la escoba.
Despues de darle una soba
Para digerir la cena
Manda atarle á la cadena
En el cubil tenebroso.
Ved lo que aguarda al goloso:
El ridículo y la pena.

FÁBULA XXIV.

—

LA ZORRA Y EL PODENCO.

No obstante la antipatía
Que á entrambos es natural,
Una Zorra y un Podenco

Tenian cierta amistad.
Una mañana que al monte
Llegó taciturno el Can,
"¿Qué tienes, le dijo aquella,
Que tan pensativo estás?"
—"He visto un queso, responde,
Y no le puedo atrapar;
Fáltame para alcanzarle
Vara y media poco más."
—"¡Un queso!" (pensó la Zorra)
Y relamiéndose ya
"Enséñamele, repuso,
Por si te puedo ayudar."
Y de la próxima granja
Parten juntos al corral,
En cuya ventana el queso
Convidándolos está.
Al primer golpe de vista
Forma la Zorra su plan,
Y de esta manera al Perro
Habló el astuto animal:
"Tente firme, que en tus hombros
Me quiero, amigo, apoyar,
Y la presa alcanzaremos,
Sin mucha dificultad."
Hácenlo así; mas la Zorra,
Que dueña del queso es ya,
Dejó ladrando al Podenco

Y ella almorzó en el hayal.
Así el pícaro se apropia
Negocios de utilidad
Haciendo escala del simple
Que los quería explotar.

FÁBULA XXV.

—

EL TORRENTE Y LA FUENTECILLA.

Saltando por la rápida vertiente
De una áspera montaña,
Soberbio, altivo y mugidor Torrente
Arrastra haces de junco y espadaña.
Al pié de una colina,
Que á su lado descuella entre el follaje,
Una Fuente sonora y cristalina
Le gritaba al pasar en su lenguaje:
"Vecino, buenos dias,
¡Cuánto tiempo iba ya que no venías!
Ni el último verano,
Ni aun en el próximo pasado invierno
Te ví bajar al llano:
¡Bien temí que tu sueño fuese eterno!
Más ¿cómo hoy apareces orgulloso
Con todo ese aparato y ese rumbo

Pegando bullicioso
Un tumbo y otro tumbo,
Cuando hace pocas horas
Qué á pié enjuto pasaban las pastoras,
Los bueyes y los carros,
Por tu lecho de arenas y guijarros?
Con voz ronca y potente
Contestóle el impávido Torrente:
"De aquel lejano monte
Que limita al Oeste el horizonte,
Heredé antes de ayer cuatro nevadas,
Que del Ábrego al soplo desatadas,
A mi cáuce llegaron
Y su rico caudal me abandonaron.
—"En hora buena, replicó la Fuente;
Mas no seas tan pródigo, detente:
¿Quién puede darte abasto
Si no moderas tan enorme gasto?
Al paso que caminas
En breve tiempo tu caudal arruinas.
Prudente economiza
La rica herencia que te cupo en suerte,
Y allá abajo el frutal y la hortaliza
Sabrán su bienestar agradecerte,
Si marchando más lento
Les guardas para Agosto algun sustento."
—"Muy mal me has conocido,
Repuso el bramador dando un mugido;

¿Por ventura soy yo manso arroyuelo,
Ó Fuente como tú de medio pelo,
Que pretendes no gaste,
Y gastando os humille y os aplaste?"
Dice: y atolondrado se despeña
Rugiendo atronador de breña en breña
Con pavoroso estruendo
Sus tesoros y fuerzas consumiendo.
Tu ruina es inminente
Si por uua altivez mal entendida
Derramas imprudente
Tus riquezas sin tasa ni medida.

FÁBULA XXVI.

—

EL MICO CELOSO.

Un Mico no muy formal
Vió su sombra en la pared,
Y celoso su merced,
Antojósele un rival.
De un salto ¡salto fatal!
Lánzase á él con fiereza,
Y aplastada la cabeza,
Dijo apretando un chichon:
«¡O cuán ciega es la pasion,
Que en lo más llano tropieza!

FÁBULA XXVII.

—

LA FLAUTA Y EL JILGUERO.

En la frondosa ribera
Del Henares celebrado,
Que de la antigua Compluto
Copia los cien campanarios,
No lejos de una alquería
Y junto al tronco de un álamo,
Dejó olvidada la Flauta
Un pastor de aquellos campos.
Cierto alegre Jilguerillo
Que se hospedaba en el árbol,
Viéndola sola, con ella
Bajó á conversar un rato.
—"¡Cómo! le dijo la Flauta,
¿Presumias temerario
Poder alternar conmigo
Sin miramiento á mi rango?
¿Sabes bien lo que tú vales?
¿Conoces lo que yo valgo?
Escucha para que aprendas
La distancia que hay entre ambos.
Yo con dulces melodías
Los sentidos arrebato,

Ya juguetona riendo,
Ya en son triste suspirando.
No hay movimiento del alma,
No hay afecto delicado,
No hay situacion que no tenga
Fiel intérprete en mi canto.
Cuando de una hermosa niña
Las tonadas acompaño,
De su voz al blando hechizo
Nuevos hechizos añado;
Y con flexibles compases,
Diversamente variados,
A mi voluntad y arbitrio
Crezco, menguo, subo y bajo;
Mientras que tú, ruin cantante,
Nunca sales en el prado
De aquel *pi pi* que aprendiste
De tus padres rutinarios.
Vete pues enhoramala,
Y no olvides, insensato,
Que hay mucha distancia, mucha,
Entre una Flauta y un Pájaro."
—"Tienes razon, buena amiga,
Dijo el Jilguero piando,
Mi cantar, bien lo conozco,
Ni es muy rico ni muy vario;
Pero sepa la orgullosa
Que por ella no me cambio,

Pues lo que yo canto es *mio*
Mientras lo suyo es *prestado*.
Yo, sin que nadie me inspire,
Suelo alegrar estos campos;
¿Qué fuera usted sin la vida
Que le dá el ajeno lábio?
Una caña hueca y muda
Sin voz ni virtud, y al cabo
Por un cilindro sin alma
No se trueca ningun pájaro.»
Con seso habló el Jilguerito,
Porque, bien considerado,
Nada son prestadas dotes,
Las prendas propias son algo.

FÁBULA XXVIII.

—

LA MONA Y EL CISNE.

—«¡Qué bella ninfa!» dijo una Mona
Viendo en el grupo de un surtidor
La hermosa estátua de una Nereida
Que hábil maestro pulimentó.
—«¡Bella sin duda! (repuso un Cisne
Que oyó de cerca la exclamacion)
Solo faltaba que al frio mármol

Prestara el arte vida y calor.»
De su hermosura pagada Elena
Demanda aplausos al mismo sol;
Pero en su lindo rostro de nieve
No hay alma, fuego, ni inspiracion.

FÁBULA XXIX.

—

EL GATO, EL LEBREL Y EL CABALLO.

Goloso y pérfido un Gato
Arrebató del fogon
Un excelente capon
Que regalaba su olfato.
Huyó el animal ingrato
Y en la cochera se mete;
Mas un Lebrel le acomete,
Y tras una pelotera,
De la presa se apodera,
Mayando el otro en falsete.
Con apetito comía
Despues de todo el Lebrel,
En tanto que á gritos él
Es *mio, mio* decia.
Un Caballo que le oia
Repuso cansado ya:

"Bien empleado te está,
Bien y muy bien, fementido,
Porque lo mal adquirido
Como se viene se vá.

FÁBULA XXX.

—

LOS ROMEROS.

Llegaron á cierta ermita
Cuatro Romeros á pié,
Por ver si logran del Santo
Lo que más han menester.
—Lluévenos pronto, muy pronto,
Milagroso San Miguel,
(Decía el uno) que el campo
Se está muriendo de sed."
—"Que luzca el sol, Santo mio,
(Dice el otro) todo el mes,
Que por negocios de urgencia
Tengo un viaje que emprender.
—"Que no haya lluvias ni soles,
(Dijo el tercero á su vez)
Porque ya el sol quema el trigo
Y el agua no le hace bien."
—"Para que grane despacio,

(Repuso el cuarto) la miés,
Que alternen el sol y el agua
Del alba al anochecer."
No sabemos lo que el Santo
Diria bajo el dosel,
Mas de la humana flaqueza
Se debió compadecer.
Rogad con fervor al Cielo,
Pero no le importuneis
Pidiendo lo que á vosotros
Debe solo estaros bien.
De lo que más os convenga
Dejadle el cuidado á él,
Que al cabo á gusto de todos
No podrá nunca llover.

FÁBULA XXXI.

—

LA SEÑORITA, LA GATA Y EL DOGO.

Murióse de repente una Gatita,
Delicia y embeleso
De cierta impresionable Señorita,
Que estuvo á punto de perder el seso
Al ver ante sus ojos
Aquellos beneméritos despojos,

Ludibrio de la muerte,
Y exhalaba sus penas de esta suerte:
"¿En dónde, en dónde ¡ay triste!
Un tesoro hallar puedo semejante
Que sepa cual supiste,
Sagaz y vigilante,
Noche y dia rondar por los rincones
Y limpiarme la casa de ratones?
¡Murió! ya no respira,
Ya no sale á mi encuentro en la escalera;
Ya no puede mayar, ya no me mira,
Ni me dá la manita zalamera,
Tan alegre, tan mona,
Tan mansa, tan humilde y juguetona!
¡Con qué coquetería
Ya en el alda durmiendo reposaba,
Ya al hombro se subia,
Ya el cesto de la media derribaba,
Llevándose el ovillo
Cual si fuera un raton hasta el pasillo!"
—"La ensalzas tanto porque ya no existe,
Dijo un Doguillo inglés sin etiqueta;
¿No recuerdas los palos que le diste
La tarde que robó aquella chuleta,
Y el dia que saltando con el gato
No quedó en el vasar taza ni plato?
A fé que entonces la señora mia
Tantas gracias en ella no veia,

Ni la encontró tan mona,
Tan mansa, tan humilde y juguetona."
El inconstante mundo
Al virtuoso tal vez combate esquivo;
Quizá con lábio inmundo
Sin duelo ni piedad le ultraja vivo;
Y cuando el triste acaba
Con mentidas hipérboles le alaba.

FÁBULA XXXII.

—

EL ABEDUL Y EL LAUREL.

Orilla de un cascajal
Crecía humilde Laurel,
Y á cincuenta pasos de él
Un Abedul colosal.
"Mucho he llegado á temer,
Gritó el segundo al primero,
Que donde estás, compañero,
Poco viejo te has de hacer.
Tu vida está amenazada
Y en grave peligro ahí;
¿Qué va á ser ¡cielos! de tí
Cuando venga una tronada!
Estaríate mejor

Vivir aquí al lado mio,
Adonde apenas del rio
Puede llegar el furor.
¡Lástima que se condene
A no gozar de reposo
A un arbusto tan hermoso
Y de verdor tan perenne.»
—»Mil gracias por la atencion,
Dijo el Laurel, pero hermano,
¿Estuvo acaso en mi mano
Tener otra habitacion?
No estoy por eso intranquilo,
Ni envidio el ajeno hogar,
Porque en cualquiera lugar
Pendemos todos de un hilo.
Aunque Mayo te remoce,
Tú tambien darás la vida
O al rayo que te divida,
O al hacha que te destroce.
Esta máxima aprendí,
Y aun la recuerdo muy bien,
De un poeta cuya sien
Honrosamente ceñí:
Ni el débil ha de temer,
Ni el fuerte se ha de engreir,
Porque todos á morir
Venimos desde el nacer.»

FÁBULA XXXIII.

—

LA HUELGA DE LAS MUSAS.

Por un sensible fracaso
Que el mundo culto lloró
En huelga se declaró
Sin más ni más el Parnaso.
Resueltas y decididas,
Tras discusiones difusas,
Tuvieron junta las Musas
Para tomar sus medidas.
»En el hispano hemisferio,
Decía la más discreta,
Apenas hay un poeta
Que dé ya puntada en sério.
Ni buscan inspiracion,
Ni á demandárnosla van:
¿Es que comen mucho pan,
O que no hallan galardon?
Apenas llega al confin
Del antes feliz Parnaso
Un Herrera, un Garcilaso,
Un Ercilla, un Moratin.
Ya todo vate ramplon
Sus necedades nos cuelga;

Declarémonos en huelga
Hasta mejor ocasion.»
  Aplaude la compañía,
Y arrincona muy formal
Melpómene su puñal
Y su máscara Talía.
  Arreglando su envoltorio,
Gritan todas á compás:
«Ya estamos aquí demás,
A correr, viva el holgorio.»
  Y aquellas nueve infelices,
Por más que rabiaba Apolo,
Resuelven dejarle solo
Con un palmo de narices.
  Y como de aplausos viven,
Y allí se los niega el arte,
Deciden ir á otra parte
Por ver si aplausos reciben.
  En los Bufos se metieron,
Y tanto las maltrataron,
Que si aturdidas entraron
Descalabradas salieron.
  Vánse luego á un teatrucho
De dos camareros obra,
Donde la licencia sobra
Y el alumbrado no es mucho.
  Representábase allí
Un drama largo y tendido,

Y un Fin de fiesta zurcido
No sé en qué zaquizamí.
  «¡Yo no inspiré tal sandez!
Dijo Melpómene al punto:
¡Qué situaciones, qué asunto,
Qué embrollo, qué insensatez!»
  —«Ni yo la final funcion,
Dijo á su turno Talía:
Esa sal no es la sal mia,
Eso es sal de bodegon.»
  Y fueron á otro lugar,
Especie de raposera,
Que el pincel del gran Rivera
No acertaría á copiar.
  Tambien allí condenadas
Se ven á penar con creces
Entre conceptos soeces
Y procaces bufonadas.
  «¡Volvámonos al Parnaso!»
Dice Caliope; y en breve,
Puestas en marcha las nueve,
Huyen de allí más que á paso.
  «Corred, añadió Talía,
Volad, no sepa Breton
Nuestra viajata, y burlon
Nos guiñe el ojo y se ria;
  Pues ya debe haber llegado
A ocupar su alto sitial

Bajo el dosel inmortal
Que le tenemos alzado.»
  Y al dios Apolo acudieron,
Y gracia le demandaron,
Y su perdon alcanzaron,
Porque al fin se arrepintieron.
  «Sin duda que habreis tenido
(Les dijo este sonriendo)
Con ese golpe tremendo
Un viaje muy divertido.
  Para evitar que otra vez
Repitais la escapatoria
Con mengua de vuestra gloria
Más digna de lauro y prez;
  Yo escribiré en la portada
De estos sagrados umbrales:
No se remedian los males
Con una calaverada.»

FÁBULA XXXIV.

—

EL INVIERNO Y LA PRIMAVERA.

Cuando el sañudo Invierno
Cedió su puesto á la estacion entrante,
Quedando en el gobierno

(Por órden superior de Abril) cesante;
Si no con mucho agrado,
Por lo menos tranquilo y resignado
Las llaves entregó á la Primavera,
Que ufana le arengó de esta manera:
  «Razon será que ceses
En tu despótico, insufrible mando
Despues de cuatro meses
Que venias altivo dominando
Sobre el marchito suelo,
Despoblado al rigor del duro hielo.
La interminable noche
No al buey aburrirá en el cobertizo;
La flor esbelta soltará su broche,
El cielo dejará el color plomizo;
Se alegrarán los prados,
Correrán los arroyos desatados,
Y por do quier, á la influencia mia,
Tornará, no tardando, la alegría.»
  —«Injusta eres conmigo,
Contestóla el Invierno algo picado;
Si á buscar del establo el dulce abrigo
Compelí melancólico al ganado;
Si lleno de aspereza
Derramé por los campos la tristeza...
En cambio ¡cuántos bienes,
Ingrata sucesora, por mí tienes!
Mis lluvias continuadas

Empaparon benéficas la tierra;
Esponjosas y múltiples nevadas
Depósitos dejaron en la sierra,
Que envien á las fuentes
El perenne caudal de sus corrientes.
Merced á mis rigores
El prado por do quier pedirá el dalle;
El monte y llano vestirás de flores,
Y harás reverdecer el fresco valle.
La vaca y el ternero
Tendrán pasto abundoso en el otero;
Correrá leche y miel de las colinas,
Cuajaránse de fruto las encinas,
Y el bosque y la labranza
Del colono serán bella esperanza.
Y cuando aspiras á ostentar lozana,
Por mi solicitud, rico vestido
De verde, de oro y grana
Y mil otros colores guarnecido,
¿A rendirme las gracias te apresuras
Con palabras y frases ¡ay! tan duras?
Venera agradecido
Al maestro que sábio y precavido,
Cuando eras niño tierno,
Fué de tu primavera crudo invierno:
Quizá por sus rigores
Con fruto en perspectiva tienes flores.

FÁBULA XXXV.

—

LOS DOS VECINOS.

Roque y Blas son dos amigos,
Y cultivan cada cual
Lindando, pared por medio,
Un huertecito feraz.
Tiene el uno hermosas guindas
Y manzanas de San Juan,
Peras de otoño, y de fresas
Un escogido tablar.
Manzanas tambien y peras
Y fresas y guindas hay
En el otro, y del vecino
Nada tiene que envidiar.
Mas como en sus ilusiones
La mísera humanidad
Juzga siempre que el ajeno
Supera al propio manjar;
Blas asaltaba el de Roque,
Y á su vez Roque el de Blas,
Y los dos se aprovechaban
Del del otro por mitad.
Ambos se dicen sus cuitas,
Y ambos quejosos están

De que no haya más respeto
A la ajena propiedad.
Blas, amoscado ya un dia,
Discurrió sin más ni más
Para coger al goloso
Un lazo en su huerto armar.
Por idénticas razones
Formó Roque el mismo plan;
Que suele raros caprichos
Tener la casualidad.
Vino la noche inmediata;
Y, como en tiempos atrás,
Los engañados amigos
El nocturno asalto dan.
Preso en la trampa fué Roque,
Y preso en la trampa Blas,
Y al caer en ella, á duo
Prorumpieron en un *¡ay!*
Conociéronse en los gritos
Y exclamaron á la par:
"Me burlaste, estoy vengado!"
—"Me vengué, burlado estás."
Y una incurable cojera
Les costó el trance fatal:
Item: la triste aventura
Cundió por todo el lugar.
Los que con mútuos engaños
Abusan de la amistad

No olviden el paradero
Que tuvieron Roque y Blas.

FÁBULA XXXVI.

—

EL LABRADOR Y EL BUEY.

"¡Soberbio trigarral, Dios le bendiga!
Decia un Labrador alborozado:
En una sola espiga
Cien granos por lo menos he contado;
Tendremos de esta hecha,
Como no haya un pedrisco, gran cosecha.
De activo y diligente
No en vano gozo crédito en la aldea;
Yo llevo al campo la mejor simiente,
Y abono á tiempo sin que orgullo sea:
Por eso mis afanes
Premia la tierra con tan ricos panes."
Oyólo un Buey, y con cachaza dijo:
"¡Atribuye el milagro á su constancia,
A su celo no más y afan prolijo!
Aplaudo la jactancia
Del amo mi señor; mas ¿dónde deja
Al pobre manso que arrastró la reja?"
Su crédito asegura

Quien de una empresa que prospera y crece
Como actor principal quizá figura;
Y entretanto que el mundo le enaltece
Sin tasa ni medida,
Del que más trabajó nécio se olvida.

FÁBULA XXXVII.

—

EL PINTOR Y EL MONAGUILLO.

Un Pintor con mano fiel
Doró las uñas al diablo
Que figura en el retablo
Del arcángel San Miguel.
"¡Jesús, y qué aberracion!
Dijo al verlo un Monaguillo:
Las uñas de ese diablillo
Debieran ser de carbon."
—"Déjalo estar, mentecato,
Dice el Pintor con desden,
Calla, que yo sé muy bien
Lo que conviene al retrato.
Todos se dejan prender
Al brillo de ese metal:
¡Mira tú si estarán mal
Uñas de oro á Lucifer!»

FABULA XXXVIII.

—

LOS GALGOS, LA LIEBRE Y LA ZAGALA.

Seguida de Galgos
Por una montaña
Pacífica Liebre
Corria, volaba.
Tropieza en su fuga
Con una Zagala
Que al pié de un abeto
Tranquila descansa.
"¡Piedad, pastorcita,
La mísera exclama,
Piedad, que ya llegan,
Y estoy fatigada."
Sensible la jóven
La abriga en su alda,
Y allí por fortuna
La Liebre se salva.
Llegaron los perros,
La presa reclaman,
Mas ella responde
Con estas palabras:
"Dos bravos mastines
Defienden y guardan

Mis blancos corderos
Que aquí cerca pastan.
  Temed, si los llamo,
Sus dientes y garras
Que al más fiero lobo
Del monte acobardan.
  Miradlos, ya vienen,
Huid sin tardanza....»
Y al ver que se acercan,
Los Galgos escapan.
  «El Cielo te premie
Con dicha sin tasa
El bien que me has hecho,
Pastora gallarda.»
  Así agradecida
La Liebre exclamaba,
Y entonces repuso
La hermosa Zagala:
  «Premiada con creces
Ya estoy por tu causa;
¿No adviertes el gozo
Que inunda mi alma?»
  Y dándole un beso
Con mimo y con gracia,
Dejóla irse libre
Por una enramada.
  Las bellas acciones
En sí mismas hallan

El premio que á todo
Lo bueno acompaña.

FÁBULA XXXIX.

—

EL LEON Y LA ZORRA.

  Convocó el Rey de las selvas
En cierto apartado valle
Por un edicto á los brutos
Que se alimentan de carne.
  Llegados á su presencia,
Y dispuestos á escucharle,
Deste modo habló al concurso
Con tono solemne y grave:
  «De la carnívora raza
No es digno verter la sangre
Ya de indefensos cabritos,
Ya de domésticas aves.
  Con profundo desagrado
He sabido anteayer tarde
Que no hay un corral seguro
De los nocturnos ataques.
  Contábanlo entristecidos
En el monte dos zagales,
Cuyo relato yo oia
Sin que ellos lo sospechasen.

Con razon nos trata el hombre
De rateros y de infames
Armando trampas y lazos
Con mengua de nuestra clase.
Coma en buen hora quien guste,
Que no es razon pasar hambres
Cuando próvida Natura
Sus dones do quier esparce;
Pero sacad de los bosques,
Montañas, riscos y valles
Para surtir vuestra mesa
Los cotidianos manjares;
Y al infeliz campesino
Respetad en adelante
No robándole insidiosos
El fruto de sus afanes.
En su vista, ordeno y mando:
Primero: No podrá nadie
Asaltar ventas, cortijos,
Chozas, granjas, ni corrales:
Segundo: Quien nuestra órden
Infrinja, en todo ó en parte,
Será desollado vivo,
Ipso facto, donde le halle.»
—»Señor, prorumpió la Zorra
Postrada á las plantas reales,
Yo os suplico que una duda
Vuestra Majestad aclare:

Si esos cortijos ó granjas
Dentro de un bosque se hallasen,
De un bosque, donde benigno
Teneis á bien que se cace;
¿Se entiende la ley con ellos,
O deberán exceptuarse
Con arreglo á la franquicia
Que á las selvas reservásteis?»
—»¡Te veo! dijo el Monarca;
Tú, como astuta y cobarde,
Quieres buscar un portillo
Por donde impune escaparte.
Mas ¡ay de tí, si un gazapo,
Cordero, cabrito ó ave
Sustrajeres con tus mañas
De los demésticos lares!»
—»Señor, continuó la Zorra,
Y si ellos al bosque salen
Y al pasar me los tropiezo,
¿No podré echarles el guante?»
—»¡Silencio! dando un rugido
Repuso el Leon, el fraude
No puede alterar el Bando
Que acaba de publicarse.
Lares domésticos dice,
La ley está terminante,
Y el querer interpretarla
Es inferirme un ultraje.»

Vió trastornadas sus miras
La Zorra, y sin más debates,
Se alzó la sesion, y todos
Tornaron á sus hogares.

Frecuentemente el malvado
Con su astucia y malas artes
Quiere eludir los rigores
De las leyes que le atañen.

FÁBULA XL.

—

EL CAMPESINO Y LOS GORRIONES.

Con gran pena veía
El pobre habitador de una alquería
Sus continuos afanes malogrados,
Porque una hambrienta turba de Gorriones
Talaba en pocas horas los sembrados
De sus bien cultivadas posesiones.
"Mi ruina es ya segura
(Decia el triste) si el abuso dura."
Y al hacer la simienza del otro año,
Y cuando el sol estivo la miés dora,
Discurre un medio de impedir el daño
Que le infiere la grey devastadora.

Formó sin gran trabajo
Con borra, paja y tela un espantajo;
En medio de su campo le coloca,
Y le adapta una máscara con arte
De tan fiera nariz y enorme boca
Que pondria pavor al mismo Marte.
Con un largo garrote
La diestra armó del feo monigote;
Y al notar la actitud amenazante
Del guardian que el lindero defendia,
Lleno de miedo el escuadron volante
Se escondió en el alar de la alquería.
Pasó el susto primero;
Y un Gorrion, baqueteado aventurero,
General de la tribu y su decano,
El vuelo abate sin hacer ruïdo,
Y robando aquí un grano, allí otro grano,
Con el buche repleto volvió al nido.
Cobró con tal ensayo
Nuevo aliento la gente en su desmayo.
Siguen al guia y el pillaje empieza;
Y á pesar de su horrenda catadura,
Concluyen por posarse en la cabeza
De aquel muñeco que les dió pavura.
El pobre Campesino,
Que vió frustrado ardid tan peregrino,
Más seguro remedio hallar confía;
Sin descanso á la turba descarada

Persigue con certera puntería,
Y á tiros acabó con la bandada.
Si solo es letra muerta
Una ley en los códigos inserta;
Si su accion requerir en beneficio
Del comun bienestar cuesta trabajo;
Si queda impune á su despecho el vicio,
Que no la llamen ley, sino espantajo.

FÁBULA XLI.

—

EL LABRADOR Y EL POETA.

Tomó en el teatro asiento
Un Labrador de buen porte
Recien llegado á la córte,
Y al parecer de talento.
Sorprendido, y con razon,
No se cansa de admirar
El mérito singular
De cierta decoracion.
"¡Qué magnífico paisaje,
Se decia, qué montañas,
Qué riscos y qué cabañas,
Qué praderas, qué follaje!
Zarzas, juncales, abrojos
Cuanto se descubre allí

Es lo mismo que yo ví
Cien veces por estos ojos.
¿Pues y aquel hayal espeso?
Por el Santo de mi nombre
Que debe ser un grande hombre
Quien supo crear todo eso.
¡No digo nada la fuente
Donde los patos están!
Ganas de beber me dan
Al verla tan trasparente.
¿Quién dirá que eso es fingido,
Y solo un lienzo pintado?
Tiene aquí un hombre sobrado
Para perder el sentido."
Y mira y remira atento,
Y recoge pormenores
De árboles, plantas y flores
Como clavado en su asiento.
Mas no puede comprender
Aquel prodigio del arte,
Y ya que le vió de aparte,
Le quiso de cerca ver.
En ocasion oportuna
Se dirige al escenario,
Porque el activo empresario
Es su amigo por fortuna.
Sus deseos le revela,
Y consigue que el Pintor

Le dirija á un bastidor
Para examinar la tela.
"¡Dios mio, qué desencanto!
Exclama, ¿será ilusion?
¡Aquí no es más que un borron
Lo que de allá luce tanto!"
Dando un suspiro profundo,
Dijo al oirle un Poeta:
"Es copia exacta y discreta
De lo que pasa en el mundo.
Amistad, desinterés,
Virtud y honor, buen hidalgo,
Parecerte podrán algo
Cuando de lejos los ves;
Mas si de cerca los miras
Y su fondo á estudiar vas,
Apenas descubres más
Que ilusiones y mentiras.
Y hombres hay, por conclusion,
Que con títulos brillantes
Si de lejos son gigantes
Pigmeos de cerca son.»

FÁBULA XLII.

—

LA ENREDADERA Y EL ÁLAMO.

Por un empinado muro
Trepaba la Enredadera,
Clavándose en las junturas
De las carcomidas piedras.
Subió tan alta, que el cielo
Pensó que tenia cerca,
Y ya el humo del orgullo
Trastornaba su cabeza.
Olvidó su humilde alcurnia,
Dióse importancia de reina,
Y hablar con las otras plantas
Teníalo casi á mengua.
Alzábase cerca un Alamo,
Jóven, de blanca corteza,
Que á poca altura rozaba
La pared con sus melenas.
—"Apártate allá, le dijo
La trepadora soberbia,
Encoje tus viles ramas,
No me toques ni me ofendas;
Que de tan ruin criatura
Llevar no puedo en paciencia

Con desdoro de mi clase
La compañía molesta.»
Soltando la carcajada
Contestó el Álamo: «Necia,
¿Qué piensas tú que valdrias
Si por la tapia no fuera?
Como tu madre y hermanas
Te arrastraras por la yerba,
Sirviendo al suelo de escoba
Con esos humos de alteza.
¿Quién eres tú que insolente
Mi compañía desdeñas,
Cual si de mis cualidades
Ponerte al nivel pudieras?
Yo subiré por mí solo,
Tú sin arrimo no medras;
¡Ay del dia en que te falte
La pared que te sustenta!»
Rugió el huracan á poco,
Y extremecióse la tierra,
Cayó el muro, y en sus ruinas
Se aplastó la Enredadera.
Con vigor creciente el Álamo
Medró, tomó corpulencia,
Y vino á parar de viejo
Al retablo de una iglesia.
Los que al mirarse encumbrados
Por la proteccion ajena

Tienen en poco al humilde
Que por sí propio se eleva;
Los que deben cuanto alcanzan
Al favor y no á sus prendas,
No se olviden que algun dia
Puede rugir la tormenta.

FÁBULA XLIII.

—

LA ABUBILLA Y LA LIEBRE.

En un cerro poblado
De mirtos y laureles
Cantaba la Abubilla
Con voz triste y doliente.
Sus lúgubres tonadas
Oyó cerca una Liebre,
Y alzando la cabeza
Le dijo así: «¿Qué tienes?
¿Por qué tan de mañana
Los valles entristeces
Con tus lamentaciones
Y cánticos de requiem?»
—«¡Ay mísera, contesta
Mirando hácia el Oriente,
Barrunto una mudanza
Que ser funesta puede!

Preñados nubarrones
Ha tiempo que se ciernen
De aquel monte lejano
Sobre la cima verde.
Y si las brisas paran
Y el Ábrego se vuelve,
No hay medio, la tormenta
Encima se nos viene.»
—«Pues si de tus querellas
El gran motivo es ese,
Ten calma y cierra el pico,
Volvió á decir la Liebre.
No quieras de antemano
Llorar el mal ausente
Que á influjo de otras causas
Podrá desvanecerse.
Deplora los rigores
Y agravios de la suerte
El dia que en tu casa
Maléficos penetren.
Mas ten juicio entre tanto,
Que si á deshora sientes,
Sin conjurar los males
Padecerás dos veces.»

FÁBULA XLIV.

—

EL JUGADOR Y SU MUJER.

Viendo cierto Jugador
Que su casa decaía,
Buscaba en la economía
Un medio reparador.
«Aunque veo con dolor
(Exclama en tono contrito)
Que de los tres necesito
Por mi clase y posicion,
Suprimir será razon
El perro, gata y lorito.»
—«¿Has pensado rehacer
Con medida tan menguada
Tu fortuna quebrantada?
(Dijo cuerda su mujer).
¿Qué gasto pueden traer,
Dime, esas tres frioleras
Para que quitarme quieras
La gata, perro y lorito?
Suprime, Juan, el garito,
Y verás como prosperas.»
El vil jugador de oficio,
Mas que ningun otro, ciego,

Hace en las aras del juego
De su casa el sacrificio.
Apuntala el edificio
Por donde menos se inclina,
Y el infeliz no examina
Que es solo aquella pasion
Causa de su perdicion
Y de su infalible ruina.

FÁBULA XLV.

—

EL REGIDOR Y EL ALCALDE.

De espadañas y juncos festonado,
Y á través de un terreno labrantío
Se desliza tranquilo y sosegado
Un apacible rio
Que nace en la montaña
Y dá la vida á la region que baña.
Mientras corre en su cauce, la pradera
Se anima y reverdece,
Y el fértil suelo por do quier prospera,
Y la huerta florida se enriquece;
Mas apenas el Ábrego desata
Las altas nieves que acumula Enero,
Ó el negro nubarron su catarata

Deja abierta al rigor del Austro fiero,
Por uno y otro lado
Salta el rio sus márgenes ruidoso,
Inunda el valle, el prado,
Y rugiendo terrible y espantoso,
Cual si impío gozara en sus horrores,
Arrebata cabañas y pastores,
Y puentes, y molinos,
Mientras con furia ciega
Destruyendo veredas y caminos,
Devastador se lanza por la vega.
"¡Fatal desolacion! exclamó un dia
El Alcalde del pueblo que veía
Con mujeres, ancianos, niños, mozos,
Del invadido campo los destrozos.
¿Qué hacer en adelante
Para impedir que el exterminio siga,
Perdiendo en un instante
Tantos meses de afan y de fatiga?"
—"En vano, señor mio,
Con llanto inútil nuestro mal lloramos,
Repuso un Regidor, si el bravo rio
En sus márgenes pronto no encauzamos.
Si libre le dejamos,
Si corre caprichoso por do quiera
Sin sujecion ni freno,
¿Cómo no ha de saltar á la pradera?
¿Cómo no ha de inundar todo el terreno?

Construid á la orilla un fuerte dique,
Imprimidle otro rumbo más derecho,
Y aunque entonces sus fuerzas centuplique,
Correrá inofensivo por su lecho,
Y no vereis las huertas
De arena y fango por do quier cubiertas."
Siguió el consejo el previsor Alcalde,
Y el éxito probó que no fué en balde.
La moral es bien clara y trasparente:
¿No dijo el Reg idor lo suficiente?

FÁBULA XLVI.

—

EL GRILLO Y EL RATON.

Cierta mañana de Mayo,
Queriendo hacer ejercicio,
Por las márgenes de un cáuce
Salió de paseo un Grillo.
Como cantase una rana
Entre los juncos floridos,
Se detuvo, y desdeñoso
Tales palabras le dijo:
"Cállese la vocinglera,
Basta ya de gorgoritos,
Que su canto es más que canto
Una especie de ronquido.

De nuevo emprendió la marcha
Muy preciado de sí mismo
Sin aguardar la respuesta
Que preparaba el anfibio.
Un caracol vió más léjos
Deslizándose tranquilo
Por el tallo de una planta
Salpicada de rocío.
"¡Vaya un correo! le dice:
A ese paso, buen amigo,
Pronto llega á la posada
Si no es muy largo el camino.
No sé por qué el alto Cielo
Crió semejante bicho,
Que sobre ser él tan torpe
Lleva la casa consigo."
Vió más lejos, continuando
Su paseo matutino,
Que reculaba un cangrejo
Entre las algas del rio.
Notó de un simple vistazo
Sus tenazas, sus anillos,
Y aquellos dos perdigones
Que de ojos hacen oficio.
"¡Cómo! le dice con sorna,
¿No era sobrado castigo
Haber nacido tan feo
Sin andar tambien torcido?

En mis varias excursiones
Muchas rarezas he visto,
Mas no tenia noticia
De engendro tan peregrino."
—"Charlatan! basta de insultos!
Gritó en esto de improviso
Un Raton que le observaba
Y todo lo habia oido.
¿De tan perfecto presumes
Que vas rebuscando vicios
Para llenar de improperios
A cuantos coges á tiro?
Ponga usted freno á su lengua,
O me echo encima de un brinco
Y de cuatro dentelladas
Sin piedad lo descuartizo.
Viva usted como Dios manda,
Y deje quieto al vecino,
Que todos tenemos algo
De que estar arrepentidos."
Cobarde entre la maleza
Se esconde entonces el grillo,
Temeroso de que en hechos
Se convirtieran los dichos.
Aprendan los maldicientes
Que corren grave peligro
De oir con razon fundada
Lo que el Raton dijo al Grillo.

FÁBULA XLVII.

—

LA GATA Y LA MONA.

Quiso imitar una vez
Con un ovillo la Mona
A la Gata juguetona
Que enreda con una nuez.
"¡Alabo tu candidez!
Le dijo esta al observar
Su ocupacion singular;
¿A qué tanto laberinto
Si no has de copiar mi instinto
Ni mi destreza en cazar?"
Con orgullo desmedido
Tal vez la criada imita
De su amable señorita
Ya el peinado, ya el vestido;
¿Más de qué le habrá servido
Esa necia imitacion,
Si al hacer ostentacion
De su gala y compostura,
No le copia la finura
Ni la buena educacion?

FÁBULA XLVIII.

—

LOS DOS BUEYES.

De malísima gana
Tiraba cierto Buey de la carreta
Un dia de mañana
Por no sé qué rabieta
Que tuvo en el corral con el baquero,
Y á media voz le dijo al compañero:
"Cansado estoy, amigo,
De la mísera vida que llevamos;
Esta noche (en reserva te lo digo)
Si desuncen y acampan nuestros amos,
Como suelen, orilla de algun rio,
Sin decir *Dios os guarde*, me las lio."
—"No tan á pecho tomes,
Contestó el otro Buey, lo sucedido;
Aquí á lo menos, si trabajas, comes,
Y estás de fieros lobos defendido.
Por solo una paliza
Que al cabo mereciste por travieso,
Tienes al mayoral grande ojeriza,
Y de su autoridad sientes el peso;
Y ¿adónde irás, hermano,
Que tropieces con otro más humano?"

—"Pues bien, me quedaré, dijo el primero,
Mas haréme el maulon, tiraré poco;
Fingiré que estoy malo, que me muero,
Que ya no puedo más..."—"Eres un loco,
Le decia el segundo más prudente;
¿No ves que el amo irremisiblemente,
Si nota y ve tu flojedad é inercia
Ha de clavarte el aguijon de á tercia?
Fuera de que, barrunto
Que es mucho peor que el mal la medicina;
Pues ó no entiendo jota en el asunto,
O antes que pase un mes te harán cecina."
Asustó al holgazan la tal sentencia,
Y siguió trabajando con paciencia.
Aprenda el perezoso
Que nadie vino al mundo á estar ocioso.
El destino á los míseros mortales
Con igualdad completa
Condenó de la vida en los umbrales
A tirar cada cual de su carreta.

FÁBULA XLIX.

—

EL BUEY Y LOS BUITRES.

Por la escabrosa ladera
De un monte resbaladizo

A cuyo pié se descubren
Horrorosos precipicios,
Un manso Buey se adelanta
Sin ver incauto el peligro,
Paciendo la escasa yerba
Que nace entre aquellos riscos.
Ni á la cabra trepadora
Fuera accesible tal sitio:
Dos pasos más, y el Cornudo
Baja rodando al abismo.
Una falange de Buitres
Que llevados de su instinto
Del torpe Buey la imprudencia
Notan con ojo maligno,
Deciden, estimulados
Por su voraz apetito,
Apresurar el instante
De que cometa un descuido.
Álzanse en rápido vuelo,
Y en tortuoso remolino
Cerca del Buey aletean
Dando infernales chillidos.
El animal, asombrado,
Pierde entonces su equilibrio,
Y cual desprendida peña,
Se derrumba de improviso.
Ya masa inerte, en el fondo
Yace aplastado y molido,

Descoyuntadas las piernas
Y hechas las astas añicos.
Arrójanse á él los Buitres
Con siniestro regocijo,
Y ceban en sus entrañas
El corvo y sangriento pico.
Y un dia tras otro vuelven
Al festin apetecido
Hasta dejarle los huesos
Mondos, pelados y limpios.
Tal se ceban los logreros
En la hacienda del caido,
Despues que á rodar le ayudan
Al fondo del precipicio.

FABULA L.

—

LA GATA MONTÉS Y EL COLORIN.

En la más alta rama de una encina
Parlero Colorin gozoso trina
Con tal dulzura y gracia,
Que diera envidia al músico de Tracia.
Una Gata montés, que abajo habita,
Trepando al árbol cariñosa grita:
«Acércate, querido, no repares,

Yo soy inofensiva por fortuna;
Ven acá, y al compás de tus cantares
Dormiré á mis hijitos en la cuna.»
—«He cantado ya mucho, estoy rendido,
Con voz turbada el Colorin responde;
Arrúllelos usted con su maido,
Que yo no puedo más.» Dice y se esconde
Sin aguardar respuesta,
Detrás de un matorral en la floresta.
La Gata así burlada,
Decia á media voz desconcertada:
«Para ser tan pequeño mucho sabe:
¡Conoció la jugada!
Renunciemos por hoy á comer ave.»
Y muy formal y grave,
Con la cabeza gacha
Fué á esconder la vergüenza en su covacha.

Por más benevolencia que aparente
El hipócrita, astuto y redomado,
No consigue burlar á quien presiente
La perfidia del plan que se ha trazado.

FÁBULA LI.

—

LA MULA Y EL CORCEL.

Una mula poco fiel
De su sombra se espantaba,
Y coces al aire daba
Sin tropezar nada en él.
Un generoso corcel
Reposado le decia:
«Tu suspicacia, á fé mia,
Es bien rara y singular;
¿De quién se querrá fiar
La que de sí no se fia?»

FÁBULA LII.

—

EL GATO SENTENCIADO A MUERTE.

Por ladron y desleal,
Por arisco y por ingrato
Debia morir un Gato
Suspendido de un peral.
Corrió en breve la noticia,
Y de los alrededores

Fueron mil espectadores
A presenciar la justicia.
Mastines, perros de caza,
Galgos, falderos, doguillos,
Y otros de largos colmillos
Y de malísima traza.
Item más: muchos bellacos
De aquella huerta vecinos:
Lirones, topos dañinos,
Lagartijas y limacos.
Dando vueltas al peral,
Como gozándose en él
Contemplaban el cordel
Destinado al criminal.
Con ánsia mal reprimida,
Con temor reconcentrado,
Aguardaban del ahorcado
Todos ellos la salida.
La inflexible Cocinera
Que la sentencia dictó
Al Gato por fin sacó
Envuelto en una arpillera.
¡Qué bullicio, qué algazara!
¡Qué impaciencia, qué deseo
De pasar revista al reo
Y ver si arruga la cara!
Uno dice: «Está contrito!»
Otro exclama: «Es un valiente!»

Otro añade: «El insolente
Hace gala del delito!»
Sin guardar el miramiento
Que inspira siempre el dolor,
Se agolpan alrededor
Del patíbulo sangriento.
Llegó el momento fatal,
Y vieron al poco rato
Patalear al pobre Gato
Echado al cuello el dogal.
Mientras con afan prolijo
Observan si está bien muerto,
Llegóse con paso incierto
Un Perro de aguas y dijo:
«¿Qué haceis en este lugar?
¿Tendreis alma tan impía
Que os goceis en la agonía
Del que acaban de colgar?
Hermanos, yo no concibo
(Dígolo con honda pena)
Que en esa bárbara escena
Podais hallar atractivo.
¡Correr de un mísero en pos
Por ver si es fuerte ó desmaya!
Allá entre los tigres... ¡vaya!
Pero entre perros... ¡gran Dios!»
Al escuchar tal discurso,
Por uno y por otro lado

Corrido y avergonzado
Fué desfilando el concurso.
Sintiendo su rigorismo
Exclamó la Cocinera:
¡Qué diria si supiera
Que hacen los hombres lo mismo!»

FÁBULA LIII.

—

EL ASNO Y EL CABALLO.

Un Asno con gran fuerza rebuznaba,
el eco su rebuzno repetia,
Y como el valle en ecos abundaba,
De peña en peña sin cesar rodaba,
Y allá á lo lejos rebuznar se oia.
"¡Potente es la voz mia!
Exclamó dirigiéndose á un Caballo
Que sesteaba con él en un lindero:
Por donde quiera admiradores hallo;
Ya has visto, compañero,
Que aquí y allí la escuchan y repiten,
Y á los lejanos montes la trasmiten."
—"No seas vanidoso,
Contestóle el Caballo, ni te engrias
Creyéndote algun génio portentoso;

Si no fueras tan burro observarías
Que esa tu voz que con tan rudo estruendo
Por los montes vecinos se derrama,
No es la voz de la Fama
Que á medida que corre va creciendo;
No es más que una voz vaga
Que nace apenas cuando ya se apaga."
No te dés por contento
Con mentidos aplausos del momento;
Por mucho ruido que en su origen hagan
Serán como el rebuzno de mi cuento,
Si apenas nacen cuando ya se apagan.

FÁBULA LIV.

—

EL PALOMO Y EL COLORIN.

"Bello es tu canto, dijo un Palomo,
Bellas tus plumas, buen Colorin;
Pero ni vuelas como yo vuelo,
Ni mis arrullos sabes fingir."
—"Rápido vuelas, contesta el otro,
Dulce es tu arrullo, créolo así:
Pero ni cantas como yo canto,
Ni te engalanas con mi matiz."
No te envanezcan las ricas dotes
Que plugo al Cielo mostrar en ti;

Mira que en cambio te faltan otras
Que el más humilde podrá lucir.

FÁBULA LV.

—

LA MONA Y LA CIERVA.

"¡Purísimo arroyuelo
Que entre guijas alegre vas saltando,
Del alfombrado suelo
Las flores animando
De tu grato murmurio al eco blando!
¡Inquieto cefirillo,
Que rodando travieso por la loma
Recoges del tomillo,
Del retamal y argoma
La quinta esencia de su rico aroma!
¡Fantástica neblina,
Que te elevas del lago á la montaña
Cual misteriosa Ondina
Que vela y acompaña
Al feliz morador de la cabaña!
Dad tregua al regocijo,
Suspended un instante la alegría;
Y de mi pobre hijo,
Que ayer me sonreia,
Ayudadme á llorar la muerte impía!"

Así se lamentaba
Escuchándose atenta cierta Mona
Que culta se juzgaba,
Y en hueco son pregona
El pesar que la aflige y desazona.
—"Tu acento lastimoso
A nadie moverá, dijo una Cierva;
Que no es tan ampuloso
El que el dolor reserva
Al rudo golpe de la suerte acerba.
Aunque de veras penes,
Compasion no hallarás, amiga mia,
Si por costumbre tienes
Con fúnebre elegía
Gimotear fachendosa en poesía."
Sin encontrar respuesta,
Retiróse la Mona avergonzada;
Entróse en la floresta
Y allí la desdichada
Continuó incorregible su balada.
No seas afectado
Cual la Mona del cuento cuando llores;
Que el pecho lacerado
No anda buscando flores
Para dar libre curso á sus dolores.

FÁBULA LVI.

—

EL TEATRO CASERO.

En un Teatro casero
Los jóvenes del lugar
Solian representar
Desde Octubre hasta Febrero.
Un dia el primer actor
Propuso al dar su progama
Poner en escena un drama
De la Pasion del Señor.
Aceptan el plan con fé;
Mas aunque en obsequio al arte
Se brindan á tomar parte,
Les faltaba el mejor pié.
Como personas sesudas
Todas en celo compiten,
Y cualquier papel admiten
No siendo el papel de Judas.
"¡Señores, qué obcecacion!
Gritaba el galan segundo;
¿Pues no sabe todo el mundo
Que solo es pura ficcion?
Pido que tome el papel
Juan Calomarde el Bermejo,

Pues si vale mi consejo,
Le viene pintado á él."
—"¿Yo hacer de Judas? ¡Canario!"
Exclama el buen Calomarde,
Y sin decir *Dios os guarde*
Se larga del escenario.
Duró hasta el anochecer
La discusion entablada,
Pero no consiguen nada,
Ni se llegan á entender.
Duros todos de cogote
Nadie el papel aceptó,
Y el drama se retiró
Por falta de un Iscariote.
Esto prueba, en conclusion,
Una vez más en la vida
Que aun simulada y fingida
Repugna la vil traicion.

FÁBULA LVII.

—

EL MONO, EL GALGO Y EL AMO.

Vió la escopeta de su Amo
Cierto Mono en un rincon,
Y por remedarlo todo
Quiso hacer de cazador.

Cogióla y de cuatro brincos
A la azotea subió,
Donde ocioso un jóven Galgo
Tranquilo tomaba el sol.
"¡Que disparo, dijo el Mono,
Que te apunto, que te doy!"
Y el arma fatal inclina
De su amigo en direccion.
—"Apártate, dijo el otro,
Marcha, no seas atroz,
Que sernos funesta puede
Tu falta de precaucion."
—"Debe de estar descargada,"
Repuso el enredador,
Y tocando en la patilla,
El tiro fatal salió.
Corre el Amo al eco triste
De aquella detonacion,
Y dando el postrer suspiro
Vé á su perro con dolor.
"¡Yo tengo toda la culpa
De esta muerte, prorumpió,
Que el homicida instrumento
Dejé á su disposicion!"
Llora tarde su imprudencia,
Y aunque al mono castigó,
Salvar no pudo la vida
De su más fiel servidor.

Culpable es el que se expone
A un triste y funesto error,
Pero más pena merece
Quien fué del mal ocasion.

FÁBULA LVIII.

—

EL GRANJERO, EL ZAGAL Y EL SÁBIO.

Un Granjero y un Zagal
Fomentaban una hoguera
De una intrincada ladera
En el espinoso erial.
El tiempo revuelto estaba,
Y un tanto cuanto llovía,
Y el humo, es claro, subía,
Y el agua, justo, bajaba.
Curiosillo el rapazuelo
Dijo mirando á la nube:
"¿Por qué causa el humo sube
Y el agua se viene al suelo?"
—"¿Averiguado no lo has?
Dijo el amo, ¡estamos buenos!
Porque el humo pesa menos,
Y el agua, al contrario, más."
Un Sábio que á la sazon
Estaba allí herborizando,

Le dijo al punto escuchando
La rústica observacion:
«Amigo, entre los humanos
Se suele ver tambien eso;
Bajan los hombres de peso
Y suben los más livianos.»

FÁBULA LIX.

—

LA APARICION.

En cierta casa opulenta
Penetraba siempre oculto
Un negro y siniestro bulto
Cuya figura amedrenta.
Nadie el rumor de su planta
Pudo jamás percibir;
Nadie le ha visto venir,
Mas él entra y se adelanta.
—"¿Qué buscas? ¿á dónde vas?"
Dijo por fin un criado.
—"Ven, contestó el embozado,
Mira, observa, y lo sabrás."
Por los anchos corredores
Avanza con paso lento
Hasta el dorado aposento
Donde duermen los señores.

Y aunque por dentro cerrada
Está la régia mansion,
Para la extraña Vision
No es un obstáculo nada.
Penetra sin hacer ruido
Como el sol por un cristal,
En tanto que en el umbral
Queda el criado aturdido.
Por la angosta cerradura,
De una lámpara al fulgor,
Examina el interior
Con insólita pavura.
Y vé por sus propios ojos
Que aproximándose al lecho
Los azotaba en el pecho
Con un látigo de abrojos.
Con muda consternacion
Retrocede el fiel criado,
Y otra vez halla á su lado
La siniestra Aparicion.
Y dice ya sin aliento:
"¿Quién eres, Sombra funesta?"
Y la Sombra le contesta:
"Yo soy el Remordimiento."
—"Pero á qué viniste, á qué?"
Repone despavorido.
—"A despertar á un dormido
Poseedor de mala fé.

Inflexible vengador
Del fiscal de la conciencia
Desvelar es mi incumbencia
Al inícuo usurpador;
Al que á su madre sonroja,
Al que persigue á su hermano,
Al asesino, al liviano,
Al que al pupilo despoja;
Al que mancha de su cuna
El heredado esplendor,
Al ciego derrochador
De su colosal fortuna;
Al que á su esclava mujer
Dia y noche martiriza,
Al que el vicio diviniza
Y pisotea el deber;
Al traidor que desleal
A su patria sacrifica;
Y en fin, al que prevarica
Y obra á sabiendas el mal. "
Nada el criado responde,
Que muda estátua parece,
Y la Sombra se oscurece
Sin saber cómo ó por dónde.
Cuando al cabo volvió en sí,
Dijo, algun tanto repuesto:
"¿Ha sido un sueño funesto,
Ó realidad lo que ví?

Mas como quiera que sea,
Tendré presente el aviso,
Que tal vez el Cielo quiso
Darme luz para que vea.
Prefiero al vano esplendor
Donde anda el Remordimiento
Legumbres y pan mugriento
Regado con mi sudor. "
Dijo bien; que la quietud
Y la paz de la conciencia
Valen más que la opulencia
Si está ausente la virtud.

FÁBULA LX.

—

EL TRAMPOSO, EL AVARIENTO Y EL PERRO.

Un Tramposo apurado de recursos
Se propuso estafar á un Avariento;
Con mil bellos discursos
Que exhalaban no sé qué tufo hambriento,
Le quiso dar un tiento,
Y en el mismo portal dó le tropieza
Le decía con maña y sutileza:
"El sol de mi fortuna
Con más vivo esplendor lucirá en breve;

La suerte que importuna
Me persiguió hasta aquí tenaz y aleve
Con bárbara injusticia,
Antes de un mes me sonreirá propicia.
Tengo acá un plan magnífico, asombroso,
Que de oro y plata manará raudales....»
—«Pues yo, dijo el Avaro desdeñoso,
No doy por vuestro plan ni cinco reales.»
—«Escuchad hasta el fin, dice el primero,
El éxito es seguro y cuesta poco....»
—«Lo seguro es que vos quereis dinero
Y yo no puedo dároslo tampoco.»
—«Seriais harto loco,
Repuso algo picado el contrincante,
Si por no aventurar treinta doblones,
Perdeis en un instante
O dejais de ganar sendos millones.
¡Se trata de una empresa
Que ejerce el monopolio del esparto....»
—«Decíroslo me pesa,
Pero, amigo, no puedo dar un cuarto.»
—«Miradlo bien: por una friolera,
Por ciento veinte duros que mas tarde....»
—«¡Ni un céntimo siquiera!
¡Ni medio! con que abur; el cielo os guarde.»
Y sin gastar saliva,
Tomó bufando por la calle arriba.
—«¡No se puede negar que el hombre es ducho!»

Exclamaba el Tramposo con gran pena;
Cuando un perro flacucho,
Testigo fiel que presenció la escena
Desde el rincon donde dormir solía,
Bostezando famélico decia:
«¡Eres un inocente!
¿Con que yo que le sirvo diligente,
Perenne centinela,
Por ver si algun intruso se nos cuela;
Yo que velo y madrugo
Guardándole la casa de ladrones,
Apenas conseguir puedo un mendrugo,
Y tú, necio, supones
Poderle sonsacar treinta doblones?
¿Tú tramposo, él avaro?
¡Pues sería un fenómeno bien raro!

FÁBULA LXI.

—

EL TAMBORILERO Y EL HIDALGO.

«¡Qué penosa situacion!»
Dijo en tono lastimero
Un viudo Tamborilero
Tocando en una funcion.
«No es de mejor condicion

(Dijo un Hidalgo prudente)
De los palacios la gente;
Que suele fingiendo calma,
Llevar la muerte en el alma
Con la alegria en la frente.»

FÁBULA LXII.

—

EL GALLO Y LA PERDIZ.

Cierto arrogante Gallo
Convidó á una Perdiz en su serrallo.
Con gran galantería,
Más bien que como rey, cual franco amigo,
Lo mejor de su mesa le ofrecía;
Ya el dorado maiz, ya el rubio trigo,
Ya el grano de cebada,
Y la guinda madura y la frambuesa,
Y migajas de pan que la criada,
Como gratos resíduos de la mesa,
Desde una alta ventana
Les enviaba al corral cada mañana.
Una vez satisfecho el apetito,
Dijo el convidador: «Siento infinito
Que te vuelvas al monte, amiga mia;
En nuestra compañía

Segura vivirás de los azores,
Del husmeador raposo,
De certeros y astutos cazadores,
Que atenten cada dia á tu reposo.
Quédate en nuestra casa;
¡Ya verás, ya verás que bien se pasa!»
Abrióse en esto la entornada puerta,
Y allá en lo oscuro la Perdiz alerta
Vé un pinche arremangado,
Que avanza explorador con gran cuidado,
Y atrapando en la cama una gallina,
La llevó cacareando á la cocina.
«¡Hola, hola! exclamó la convidada;
¿Estas bromas tenemos? Señor Gallo,
Me vuelvo sin tardar á mi bandada,
Porque aquí, francamente, yo no me hallo.
Peligro por peligro, allí hay defensa;
Pero veo, pardiez, que en vuestra corte,
Cuando menos un pobre se lo piensa
Le expiden de improviso el pasaporte
Camino del fogon ó la despensa.
Adios, señor, adios, morir no quiero
En la hermosa prision de un gallinero.»
Y por una ventana alta y estrecha
Hácia el monte partió como una flecha.
No incauta trueques, candorosa niña,
Por el falso esplendor de las ciudades
El modesto vivir de la campiña;

Que al notar del gran mundo las maldades,
Ávida de consuelo
Querrás volver á tu nativo suelo.

FÁBULA LXIII.

—

EL ZORRO, LA MULA Y EL HORTELANO.

Al olor de un gallinero
Cierto Zorro veterano
Se corrió del monte al llano
Por un angosto sendero.
Casi empapada en sudor
Vió trabajando á una Mula
Que, aunque nadie la estimula,
No interrumpe su labor.
"Poco lauro, poca gloria
Puede darte, le decia,
Pasar todo el santo dia
Dando vueltas á la noria."
—"Menos lauro te da á tí,
Dijo la Mula sensata,
Andar á salto de mata
Tan pronto aquí como allí.
El trabajo es rudo asaz,
Pero mi deber cumpliendo,

Cómo bien y á nadie ofendo,
Y estoy con el amo en paz."
—"Yo soy libre, añade el Zorro,
Y á nadie vivo sujeto;
Si me place, me estoy quieto,
Si me dá la gana, corro;
Mientras tú vives esclava
De eso que llamas deber,
Y no te dan de comer
Hasta que el trabajo acaba."
—"Yo en cambio, de tus temores,
Dijo ella, libre me veo,
Pues para mí no hay ojeo,
Ni trampas, ni cazadores."
Un tiro en esto sonó;
Y era que el diestro Hortelano
Seguido de un fiel alano
Contra el Zorro disparó.
"¡Caiste al fin, miserable!
Dijo saliendo el labriego.
¿Pensabas que yo era ciego,
O tú acaso invulnerable?"
Y sin más apelacion
En aquel mismo lugar
Le acabó de rematar
Con un pesado azadon.
"Aunque de ese galopin,
Dijo la Mula al momento,

De todas veras lamento
El triste y trágico fin,
Todo eso merece y más
Quien por vicioso y por vago
Quiero vivir del estrago
Y ruina de los demás.

FÁBULA LXIV.

—

EL MASTIN Y EL SABUESO.

Armaron medio motin
Por un descarnado hueso
Cierto prudente Sabueso
Y un arrogante Mastin.
Temiendo un trágico fin,
Dijo el primero: «Mi amigo,
A cedértele me obligo;
Porque me hará más provecho
Perder yo de mi derecho
Que trabar pleitos contigo.»

FÁBULA LXV.

—

EL RAPOSO Y LA PALOMA.

Un dia de lluvia y truenos
Se fué el Raposo á buscar
En el hueco de unas peñas
Albergue provisional.
Vió de súbito en un roble,
Treinta pasos más allá,
Cobijarse entre las ramas
Una paloma torcaz.
Todavía está en ayunas,
Tiene gana de almorzar;
Y con hambrientas razones
Dijo el astuto animal:
«Retírate, palomita,
Ven, que te vas á mojar,
Y ya por el monte ruge
Desatado el vendabal.
Mira que aumenta la lluvia
Y arrecia la tempestad,
Y si descarga un pedrisco
Podría serte fatal.
En el hueco de esta peña
Puedes conmigo alojar;

Decídete, sé mas cauta,
Nada temas, ven acá.
Y cuando pase el chubasco
Y vuelva el sol á brillar,
Podremos partir tranquilos
Yo al páramo, tu al hayal.»
—«Mil gracias, dijo la otra,
Pero soy muy suspicaz,
Y entre tu albergue y el mio
Me encuentro aquí menos mal.
No habrá malicia en tu oferta,
Pero á decirte verdad
Temo menos que tus dientes
La furia del huracan.»
Vióse burlado el Raposo,
Y sin querer oir más,
Tomó por otra vereda
Por ver si logra almorzar.
Si entre dos graves peligros
Tal vez colocado estás,
Aconseja la prudencia
Que evites el mayor mal.

FÁBULA LXVI.

—

LA OVEJA, EL ESPINO Y EL CIGÜEÑO.

Por un estrecho camino
Pasaba en una ocasion
Cierta Oveja, y el vellon
Se le enredó en un Espino.
«Suéltame pronto, atrevida,
Dijo el Espino arrogante:
Insolencia semejante
No se habrá visto en la vida.»
Pasmóse la mansa Oveja,
Y humilde le contestó:
«La aprisionada soy yo,
Conque á ver si usted me deja.»
—«Tu vellon se agarró á mí,
Dijo aquel, la cosa es llana.»
—«No, señor, yo de la lana
Por usted prendida fuí.»
Y uno y otro porfiaban,
Y su opinion sostenian,
Y cuanto más discutian
Más enredados quedaban.
Para salir de aquel paso
Y terminar el empeño

Nombraron juez á un Cigüeño
Que vino allí por acaso.
Atentamente escuchó
De ambas partes el relato,
Y meditándolo un rato
Esta sentencia dictó:
"La causa es grave y prolija,
Y en su virtud digo y fallo:
Que pierda el uno su tallo,
Y la otra su vedija."
Y de su poder valido
Tallo y vedija cortó,
Y entrambas cosas llevó,
Alzando el vuelo, á su nido.

No quieras pleitos tener
Que traen disgustos y afanes,
Y aunque en apariencia ganes,
En rigor has de perder.

FÁBULA LXVII.

—

EL PODENCO Y LA LIEBRE.

Despues de correr tres horas
Un jóven Podenco en vano
Tras una pícara Liebre
Más ligera que un venablo,

La vió entrar en una choza
Que halló la infeliz al paso,
Donde habitaba de noche
Un leñador solitario.
"Segura está, pensó al punto,
Ahí no le valen saltos,
Ni las vueltas y revueltas
Con que me tiene mareado."
Ya en un opíparo almuerzo
Se gozaba de antemano,
Y no le dan pesadumbre
La fatiga y el cansancio;
Cuando del rústico albergue
Vé con pena y sobresalto
Que se entornaba la puerta
Sus planes desbaratando.
"¡Habia gente en la choza!"
Dice afligido al notarlo;
Despues de tanto afanarme,
No ha sido flojo petardo.
Mientras yo sudando á mares
Salté lindes y ribazos,
Vengo á quedarme en ayunas
Con una lengua de á palmo;
Y otro que estaba á la sombra
Muy tranquilo y sosegado
Sin pensarlo se aprovecha
Del fruto de mi trabajo."

Así tal vez la fortuna
Se burla del desdichado
Que con tenaz insistencia
Le vá siguiendo los pasos;
Y al que menos la buscaba
Sorprende con sus halagos;
Que por eso ciega y loca
Suelen llamarla los sábios.

FÁBULA LXVIII.

—

LA MARIPOSA Y LA AVEJA.

Botánica aprender se proponia
Una inquieta y versátil Mariposa,
Vagando al claro sol del mediodía
Fugaz de flor en flor, de rosa en rosa.
Ya en un jazmin se posa,
Ya salta al girasol amarillento,
Ya busca la azucena sin mancilla,
Ya corre al heliotropo, al pensamiento,
Ya vuelve á la vistosa campanilla,
O al alelí morado,
O á la perpétua de boton jaspeado;
Y visita el jardin de banda á banda
Y todo lo registra y todo lo anda;

Y apenas un minuto se detiene,
Y marcha, y gira, y torna, y vá, y viene.
Mas como no se pára,
Continuando sin tregua su paseo,
Ni observa, ni analiza, ni compara,
Ni logra su deseo.
Notó su aturdimiento cierta Abeja
Y así, como entendida, le aconseja:
«Si piensas de ese modo
Conocer sus recónditas virtudes
Queriéndolo apurar de un golpe todo,
En vano es que trabajes ni que sudes.
Fíjate en una sola;
Examina despacio su figura,
Su matiz, sus estambres, su corola,
Su manera de ser y su textura;
Y cuando así prudente lo hayas hecho
Podrás estudiar otra con provecho.»
Desoyó el buen consejo la aturdida,
De su plan primitivo enamorada,
Y con pasar en el vergel la vida
De Botánica nunca supo nada.

FÁBULA LXIX.

—

LOS DOS NOVILLOS.

En un estrecho puente
Se hallaron dos Novillos
Que en direccion opuesta
Llevaban su camino.
«¡Atrás! decia el uno,
¡Atrás! ya ves, amigo,
Que no cabemos ambos
Por tan angosto sitio.»
—«Estaba, dijo el otro,
Pensando yo lo mismo;
¡Atrás! déjame el paso;
¡Atrás! no hay más arbitrio.»
—«¿A mí con amenazas?
Repuso el aludido,
¿A mí que fama tengo
De bravo entre los mios?»
—«¡Pardiez! dice el segundo,
Tambien yo soy arisco,
Y en tales ocasiones
Ni cedo ni transijo.»
Y ahorrando de palabras
Se embisten allí mismo,

Y á los primeros lances
Los dos fueron al rio.
Por frívolas cuestiones
De orígen poco digno
¡A cuántos imprudentes
Arruinan los litigios!

FÁBULA LXX.

—

EL PILLUELO Y EL ZAPATERO.

Un Pilluelo muy burlon,
Acercándose al tablero,
Insultaba á un Zapatero
Llamándole *Remendon*.
El hombre, que bonachon
Jamás se ofendió de nada,
Entre puntada y puntada
Sonriéndose decia:
«Todo ello por vida mia,
No pasa de una niñada.»
Pero tanto le cargó
De apodos provocativos,
Que al fin perdió los estribos
Y una horma le tiró.
Renqueando el Chico marchó,
Y decia al poco rato:

«Le perdono el arrebato
Y á nadie vuelvo á insultar,
Que puedo en él encontrar
La horma de mi zapato.»

FÁBULA LXXI.

—

LA FEA Y EL ESPEJO.

No sé dónde cierta Fea
Se contemplaba al Espejo,
Y arrugando el entrecejo
Exclamó: "¡Maldito sea!"
Con exámen más prolijo
Se miró pasado un rato,
Y al ver tan feo el retrato,
Segunda vez le maldijo.
Miró con más atencion,
Y parecióse tan mal,
Que lanzó sobre el cristal
Su tercera maldicion.
Mas él con urbanidad
Dijo sintiendo la ofensa:
"¿Merece tal recompensa
Quien te dice la verdad?"
Si á pedir vas un consejo
Y el que le dá no te adula,

Sé prudente y disimula
Mirándote en este Espejo.

FÁBULA LXXII.

—

EL LEÑADOR.

Un Leñador muy novicio,
Sin talento ni experiencia,
Quiso cortar cierta rama
De una encina corpulenta.
Estátua viviente el hombre
De pedestal la aprovecha
De pié en el robusto brazo
Que tiende al aire sus trenzas.
Empuña el hacha, y nervudo
Golpes certeros le asesta,
Y á los embates del hierro
Gime la hendida madera.
Mas no sé si distraido,
O por su mucha torpeza,
Pegaba el necio por dentro
En vez de cortar por fuera.
Cruje al fin la herida rama,
Se desgaja violenta,
Y al separarse del tronco
Rodó el Leñador con ella.

Así caen tambien los hombres
En mil ruinosas empresas,
Porque ciegos tal vez cortan
La rama que los sustenta.

FABULA LXXIII.

—

LA MONA Y EL RETRATO.

Contemplaba la Mona en un estrado
El Retrato de su ama colocado
En lugar preferente,
Y decía mirando atentamente:
«No ví cosa más propia;
La actitud, la expresion y la mirada,
Y aquella hermosa frente, exacta copia
De la suya serena y despejada.
¡Qué gracia en el peinado!
Diríase que está recien tocado!
Aquel es su cabello,
Aquella su sonrisa deliciosa,
Y su suave mejilla y blanco cuello,
Formados por igual de nieve y rosa.
¡Magnífica es la tabla!
Mas ¡ay! ni piensa, ni se mueve, ni habla.»
En vano querrá el arte
Competir con la gran naturaleza,

Pues si la imita en parte,
No pasa su virtud de la corteza.

FÁBULA LXXIV.

—

EL LIBERTINO Y LA FEA.

A una jóven de la aldea
Insultó cierto mocito
Por el nefando delito
De tener la cara fea.
Era la pobre muchacha
Hacendosa y de talento,
De noble comportamiento
Y de conducta sin tacha.
Con justa causa ofendida,
Volvióse al insultador,
Y le habló en este tenor
Dando á su llanto salida:
«Nunca de ser he dejado
Del público aprecio digna
Porque una fiebre maligna
Haya mi rostro afeado.
Vivo en paz y dulce calma;
Y no sucediera así
Cuando el vicio, como á tí,
Me ajara tambien el alma.

Paso la vida sin tedio,
Y nunca me han visto triste,
Puesto que en mí no consiste
Poner á mi mal remedio.
Mientras que á tí por tu parte
Cupo más negro destino,
Porque siendo un libertino,
Nunca has querido enmendarte.
Y para que esto concluya
Con una triste verdad,
Fealdad por fealdad
Ménos quisiera la tuya.»
Habló con sobrado juicio,
Pues por vil y detestable
No hay fealdad comparable
A la fealdad del vicio.

FÁBULA LXXV.

—

EL JILGUERO Y EL GAZAPO.

Cantaba lindo Jilguero
En las ramas de un tomillo,
Y un inocente Gazapo
Tales palabras le dijo:
«Anda con cuenta, no cantes,
Que puede el mochuelo oirlo,

Y ahogar con sus fieras uñas
De un solo golpe tus trinos.»
—«Gracias, el músico dice,
Pero cantar es mi oficio,
Y como todo viviente
Debo llenar mi destino.
Nací para ser del campo
La alegría y regocijo;
Cantar me mandan las flores,
Cantar me manda el instinto.
¿He de privar á las áuras
De mis gorjeos festivos,
Solaz del pastor ocioso
Y del triste dulce alivio?
No correré temerario
Tras inminentes peligros,
Mas no será culpa mia
Si me salen al camino.
Forzoso es cumplir las leyes
A que sujetos nacimos;
Conque tú á minar, hermano,
Que yo vuelvo á mi ejercicio.»
Y columpiándose alegre
Sobre la vara de un mirto
Continuó las variaciones
De su canto interrumpido.
Huye prudente del riesgo,
Mas no por un temor nimio

Abandones los deberes
Anejos á tu destino.

FÁBULA LXXVI.

—

LOS DOS TOROS Y EL MASTIN.

Por no sé qué grave injuria
Dos toros bravos reñian,
Y en el monte se embestian
Hechos ambos una furia.
Cierto curioso Mastin
Que los oia bramar,
Fué derecho al encinar
Por ver de la lucha el fin.
Causábale sobresalto
Cada súbita embestida,
Cada golpe, cada herida,
Cada encuentro, cada salto.
Temiendo que á entrambos fuera
El desenlace funesto,
Entre las dos fieras puesto
Les habló de esta manera:
"Señores, basta de broma;
Ya habeis probado á las gentes
Que sois los dos más valientes
Que pacen por esa loma.

Ningun juez aprobará
Que intenteis haceros rajas
Por un quita allá esas pajas
O por un chisme quizá.
Conque así, dad por zanjada
Vuestra enojosa cuestion,
Y volved sin detencion
Cada cual á su vacada."
—"Y á usted, necio, ¿quién le mete
A terciar en este asunto?"
Dijo el más fino, y al punto
Como un rayo le acomete.
Y no bien aquel le deja,
El otro le lanza arriba,
Y entre ambos como una criba
Le pusieron la pelleja.
"Triste de mí, dijo el Perro
Cuando en tal cuita se vió;
¿Debí por ventura yo
Tomar vela en este entierro?
Harto debia saber
Que es un error sin segundo
Dar consejo al iracundo
Cuando se empeña en no ver."
Por idénticos errores
Hombres hay que á fuer de honrados
Salieron crucificados
Metiéndose á redentores.

FÁBULA LXXVII.

—

EL ZORRO Y EL CONEJO.

Perseguido de un Zorro
Cierto Conejo
Se cayó á lo profundo
De un pozo seco:
"Sácame, amigo,
Decia dando voces,
Y te convido."

—

—"A poder yo sacarte,
Contesta el Zorro,
Tu forzado convite
Seria ocioso;
Pues ya supiera
Convidarme á mí mismo
Sin tu promesa."

—

No implores el auxilio
Del inhumano,
Que alevoso tu ruina
Viene buscando;
Pues ten por cierto
Que al abrirte sus brazos
Te ahogará en ellos.

FÁBULA LXXVIII.

—

EL FILÓSOFO, LA ARAÑA, LA MOSCA Y EL ABEJON.

Bajo el techo de un pórtico sombrío
Cierto dia lluvioso del estío
Guarecióse un Filósofo aguardando
A que el cielo se fuera despejando.
Los instantes el Sábio allí aprovecha
Enemigo del ócio, y en lo oscuro
De un ángulo del muro
Se pára atento á contemplar la brecha
Tapizada con maña
Sin peines ni telar por una Araña.
"Hasta en ese industrioso animalito
Tu poder, exclamó, Dios infinito,
Como en todo, se anuncia y se revela!
Tú le enseñaste á fabricar su tela,
Tú próvido le envias el sustento,
Por tí con sábio instinto se da traza
Para surtir de caza
El oscuro almacen del aposento
Do solitario habita:
¡Mil veces tu bondad sea bendita!"
Así reflexionaba, cuando ciega
Una mosca novicia á la red llega,

Y al querer la infeliz alzar el vuelo,
Se acaba de enredar... ¡oh desconsuelo!
Con ojo escrutador, á la ventana
Se asoma en trance tal la Tejedora:
"¡Piedad, piedad, señora,
Gritó la mosca al verla, sed humana,
Pues no hay entre mi gente,
Yo os lo juro, otro ser más inocente."
—"¿Piedad? dijo la Araña, mal conoces
Quién eres y quién soy: basta de voces!
¿Te precias de inocente, y con las patas
Mis encajes sin duelo desbaratas?"
Dice, y avanza, y con furor insano
Implacable degüella y vengativa
La mísera cautiva
Que gracia y compasion demanda en vano;
Y con encono fiero
Su cadáver arrastra al agujero.
En esto un Abejon, á quien por vago
Desterró una colmena en justo pago
De su inútil vivir, pegó en la tela,
Y haciéndole un giron, impune vuela.
El Filósofo al verlo, entrambas manos
Levanta al cielo con dolor profundo,
Y exclama: «*¡Asi es el mundo!*
Por leves faltas penan los humanos
Al débil.... ¡dura suerte!
¡Y en tanto triunfa el criminal si es fuerte!»

FÁBULA LXXIX.

—

EL FALDERO, EL MORUECO Y EL MASTIN.

Concertados dia y hora,
Como es uso para un duelo
Por cuestiones personales
Que entre sí los dos tuvieron,
Juntos acuden al campo
Buscando lugar desierto
Un enclenque Falderillo
Y un poderoso Morueco.
Despues de mil topetadas
Y calculados encuentros,
Quedó triunfante el segundo
Y derrengado el primero.
Tornó al apartado aprisco
El vencedor satisfecho,
Y cuenta á sus camaradas
El ya fenecido empeño.
Del minucioso relato
No pierde sílaba un perro,
Fiel Mastin, en quien el guarda
Tenia los ojos puestos.
Y con gentil continente
La noble cabeza irguiendo,

"Sepamos ahora, exclama,
Sepamos por qué fué ello."
—"Llamóme un dia cornudo,
Dice orgulloso el Morueco,
Y quise *lavar la afrenta*
Como honrado y como bueno."
—"¿Conque, cornudo? pues mira,
(Repuso el Mastin gruñendo)
No creo en el lavatorio
Mientras tú sigas con cuernos.»

FÁBULA LXXX.

—

EL DOGO Y EL LORITO.

"¡Magnífico cuadro á fé!
¡Qué expresion! ¡no tiene par!"
Dijo un Dogo al contemplar
El de San Bartolomé.
—"Ciego estás, segun se vé,
Dijo un Lorito al Censor;
No alabes tanto al pintor,
Pues retratar no ha sabido
Ni el movimiento ni el ruido
Que hacía el degollador."
—"Tu observacion, en verdad,
Dijo el Dogo al picotero,

Me parece, más que un pero,
Una gran barbaridad."
Necios, el lábio sellad,
No rebajeis al talento,
Que en un crítico momento
Por vía de desahogo
Podeis oir lo que el Dogo
Dijo al Loro de mi cuento.

FÁBULA LXXXI.

—

LA RANA, EL GRILLO Y EL LIRON.

Orilla de un estanque
Sin tregua disputaban
Por frívolas cuestiones
Un Grillo y una Rana.
Probar quiere el primero
Que en toda la comarca
Mansion como la suya
Dificilmente se halla.
Pacífica vivienda
Que el sol radiante baña,
Del cierzo defendida,
De flores coronada.
Sostiene la segunda
Que no hay mejor estancia

Que el grato y dulce albergue
De su querida charca;
Do alegre se zambulle,
O sale á flor del agua,
Tomando el sol ó el fresco,
Segun le dá la gana.
—"No sabes, dijo el Grillo,
Cazurra, lo que te hablas."
—"Ni tú lo que te piensas,
Soez," dice la Rana.
—"Vergüenza me daría,
Dijo él, esa garganta,
Que, sin mentir, parece
Lengüeta de carraca.
No cantas, sino roncas,
Y roncas tan sin gracia,
Que á todo sér viviente
Con tus ronquidos matas."
—"A ménos yo tuviera,
Repuso ella picada,
Chillar como tú chillas,
Cantar como tú cantas.
No sabes ni un redoble,
Ni un quiebro á nuestra usanza,
Y al más obtuso oido
Con tu *gri, gri,* taladras."
—"Esconde, dijo el otro,
Esa tu horrible cara,

Más fea que una noche
De truenos y borrasca."
—"Pues tú, repuso ella,
Reir me haces de gana
Con esa cabezota
De bola charolada."
—"Verdoncha!—Negro!—Vieja!
—Perdido!—Mala casta!..."
Así dicen y en hechos
Se truecan las palabras.
Murió en la lid el Grillo,
Más débil que la Rana;
Cuando un Liron, alcalde
Que ronda en la barriada,
Prendió á la matadora,
La mete en su covacha,
Y á muerte la condena
Despues de la sumaria.
Polémicas ruidosas
Mantienen sin sustancia
Tal vez escritorzuelos
Que no saben lo que hablan.
A falta de razones,
Con ciega intemperancia
El negro y vil insulto
Servirles suele de arma;
Mas si á medir prudentes
No aciertan las palabras,

El triste fin no olviden
Del Grillo y de la Rana.

FÁBULA LXXXII.

—

EL SASTRE Y EL VIEJO.

"Trasformado al fin os dejo,
Y hecho un pollito, señor;
(Decia un Sastre hablador
Probando el vestido á un Viejo.)
Miraos en este espejo;
¡Qué gracia, qué gallardía!
Nadie al miraros diría
Que pasais de los cuarenta!
¿Qué tijera se presenta
Comparable con la mia?
—"Galan por demás estoy,
Dice el Viejo, y en verdad,
Que con esta novedad
No parezco lo que soy.
Gracias, amigo, te doy,
Tu tijera es un portento;
Mas á decir lo que siento,
¿Qué vale que los extraños
Me quiten algunos años,
Si yo me sé los que cuento?"

El traje de la virtud
Viste mil veces el fraude,
Y el mundo á ciegas aplaude
Con necia solicitud.
Más que placer, inquietud
Debe al hipócrita dar
Ese incienso popular,
Ese mundano oropel,
Pues nadie sabe como él
Cuánto tiene que tapar.

FÁBULA LXXXIII.

—

EL INSOLENTE, LA ESTÁTUA Y EL MASTIN.

En cierto jardin ameno,
Regalo de los sentidos,
Por sus senderos floridos
Y umbroso y fértil terreno,
Mutilaba un insolente
Con depravada intencion
De una Estátua de Endimion
Manos, orejas y frente.
El mármol se extremecía
Con cada nueva pedrada,
Y de una accion tan menguada
Indignarse parecía.

Barrunta con noble instinto
Lo que pasa en el jardin
Leal, un bravo Mastin
Que guardaba aquel recinto.
Hechos dos áscuas los ojos
Y enseñando el fiero diente,
Se abalanza al insolente
Que al verle cayó de hinojos.
"Perdon, perdon, repetía,
Yo reconozco mi yerro;
No me maltrates, buen Perro,
Y pan te daré otro dia."
—"Cobarde, dijo Leal,
Tu negro pan envenena,
¿Cómo te asusta la pena
Y no te avergüenza el mal?
Haces al arte un insulto
Por un bárbaro placer;
¿Es digno tal proceder
De un hombre ó de un pueblo culto?
Nada tienes en tu abono:
¿Qué utilidad, qué provecho
Te ha traido lo que has hecho?
Demuéstralo y te perdono."
—"Solo fué por diversion,
Repuso aquel mentecato,
Solo por pasar el rato
Con alguna ocupacion."

—"Pues yo tambien, malandrin,
Voy á imponerte el castigo
Por divertirme contigo,
Dijo á su vez el Mastin."
Y en sus hombros se apoyó
Presuroso, y no le deja
Hasta arrancarle una oreja
Que la arena ensangrentó.
Al imbécil que hace mal
Por un instinto soez
Debian darle por juez
Un Mastin como Leal.

FÁBULA LXXXIV.

—

EL LEON DORMIDO Y LA CORZA.

Sobre el yerto cadáver de un Novillo
Reposaba el Leon. "¡Vaya una cama!
Decia para sí desde un altillo
Una Corza escondida en la retama.
Si tal es su programa,
Si su Real Majestad ha decidido
No dormir en colchon ménos mullido,
Habitar junto á él ¿será prudencia?
¡Vade retro! prométole mi ausencia;

Que á tan alto señor esta cuitada
No merece servir ni de almohada.»
¡Dichoso quien prudente
Conjurar sabe á tiempo el mal ausente!

FÁBULA LXXXV.

—

EL ÁGUILA Y LA CIGÜEÑA.

A la pacífica Cigüeña un dia
Cierta Águila altanera le decia:
«Gran falta de talento
Supone ese tu empeño temerario
De anidar en la torre de un convento
O en la cima de altivo campanario.
Tu asilo mercenario
Vendrá á desbaratar el mejor dia,
Sin que señal de donde estuvo deje,
Del cantero feroz la mano impía,
O el bárbaro albañil cuando reteje.
No quiero hablar del ruido
Con que una y otra colosal campana
Despertará tus crias en el nido
Sin dejarles dormir á la mañana.
Y luego ¡tú no sabes
La gran guerra que el hombre hace á las aves,

Persiguiéndonos ¡ay! por su provecho
En el aire, en la tierra, y en el lecho!
¿Por qué, pobre Cigüeña,
No anidas como yo en oculta breña?»
—«Estás equivocada,
Contestó la Zancuda sosegada:
El son alegre que al nacer el dia
El herido metal en torno envía
Jamás me ocasionó molestia alguna,
Y alboroza á mis hijos en la cuna.
Yo no temo que el hombre me persiga,
Cuando sabe muy bien que soy su amiga;
Yo no bajo cual tú desde los cielos
A robar del cortijo los polluelos,
Ni con saña feroz me precipito
Sobre el cuello de inerme corderito;
Antes bien los vergeles y sembrados,
Valladares, senderos y caminos
Por mi solicitud se ven purgados
De reptiles inmundos y dañinos.
Yo aliento del colono la esperanza,
Que á mi vuelta presiente la bonanza;
Y lejos de temer que enfurecido
Pretenda destruir mi pobre nido,
Quiero hacerte saber, porque es muy justo,
Que en más de una ocasion, y por su gusto,
Me colgó de la torre una banasta
Donde pudiera perpetuar mi casta.

Debiéndole pues tanto miramiento,
¿Iría yo á cambiar de alojamiento?»
En perpétua inquietud vive el malvado
Que agravia á los demás desatentado;
Mas el que á nadie falta
Y practicando el bien pasa la vida,
Ningun temor le asalta
De ver á lo mejor comprometida
La dicha y bienandanza
Que en su pacífica vivienda alcanza.

FÁBULA LXXXVI.

—

EL MONO, LA ZORRA Y EL BUEY.

No sé dónde ni cómo
Sagaz pudo la Zorra
De un tigre de Bengala
Coger la piel hermosa.
Suplica á cierto Mono
Que encima se la ponga,
Y ajuste á los ijares
Como si fuera propia.
«¡Magnífico! decia
Despues que se vió sola,
Con esta vestimenta
Tendremos larga broma.

De un tigre verdadero
Parezco viva copia:
Quiero asustar al Manso
Que pace en esa loma.»
Le coge bien las vueltas,
Se acerca silenciosa,
Con voz fingida ruge,
Y enfrente se coloca.
El Buey, que nada sabe
De aquella trapisonda,
Sobre el mentido tigre
De súbito se arroja.
Tres veces por los aires
Volar hizo á la Zorra,
Que al fin gritó: «Detente,
¿No vés que todo es broma?»
Sorpréndese el Cornudo,
Su error ya tarde nota,
Y al verla derrengada
Le dijo con gran sorna:
«A nadie imputar debes
El grave mal que lloras;
A nadie pues acuses,
Y cúlpate á tí sola.»
Corrida de vergüenza
Marchó de allí la Zorra,
Con cuatro dientes ménos
Y tres costillas rotas.

El más inofensivo
Tal vez fiera se torna
Si con pesadas burlas
Su mal humor provocas.

FÁBULA LXXXVII.

—

EL LEON PRESO Y LA ZORRA.

En cierta trampa oculta,
Que armar un viejo leñador solía
No sé en qué selva inculta,
Al ir de cacería
Por no haber almorzado y tener gana,
Cayó preso el Leon una mañana.
"¡Socórreme, querida!"
Gritó Su Majestad á una Raposa,
Que astuta y precavida,
Chistar apenas osa,
Y de lejos atisba recelosa.
Llegó la interpelada,
Formó su plan á la primera ojeada,
Y con voz compungida y lastimera
Comenzóle á decir de esta manera:
"¡O trágico suceso!
¿Quién el pérfido fué, quién el villano

Que en trampa aleve á lo traidor ha preso
A mi rey, á mi dueño y soberano?
Mas ya que me llamais á que os socorra,
Yo os tengo de salvar, ó no soy Zorra.
Tended la diestra garra
Sin temor á través de aquella barra....
Muy bien: la real cabeza
Meted ahora por aquella pieza....
¡Magnífico! triunfé, señor tirano;
Rondar puedo ya el monte sin tropiezo;
Preso estábais no más que de una mano,
Ya lo estais de las dos y del pescuezo;
Con que abur, que ya es tarde,
Y me voy á comer: que el Cielo os guarde."
—"¡O vil alevosía!"
El triste Rey en su interior decia,
Devorando en silencio sus dolores.
¡Ay del que ciego en la bondad confia
De villanos, cobardes y traidores!

FÁBULA LXXXVIII.

—

EL CABALLO, EL SOLDADO, EL LABRIEGO Y CÉRES.

A un Caballo tuerto y cojo,
Falto de cola y de crin,

Por no matarle su dueño
Echóle al campo á morir.
"¿En dónde hallaré un albergue,
Decia, ¡triste de mí!
¿Debia esperar tal pago
Despues de tanto servir?"
—"Consuélate, dijo al punto
Cierto Soldado infeliz,
Que rendido al pié de un árbol
Se habia echado á dormir.
Por ser fiel á mis banderas
Entrambas piernas perdí
Batiéndome por la patria
En santa y honrosa lid.
Y los mismos que aplaudieron
Mi esfuerzo y valor gentil,
Olvidándome en mi cuita
Me echan tambien á morir."
Oyó el diálogo un Labriego
Que pasaba por allí,
Y sensible á sus dolores
No les dejó proseguir.
"En una granja, les dice,
Que tengo cerca de aquí,
Hay leña, pan y legumbres,
Heno abundante y maiz.
Pasareis en mi cortijo
Lo que os reste de vivir,

Ya que los hombres injustos
Tan mal os tratan, venid."
—"Acepto, dijo el Soldado,
Por este pobre y por mí,
Que á tan generosa oferta
No es posible resistir."
Céres, la diosa del campo,
Que vagaba en el confin,
Aunque invisible á las gentes,
Dijo entonces para sí:
"Yo te prometo, buen hombre,
Una cosecha feliz,
Y deparar á tus hijos
Un holgado porvenir."
Cual crece entre incultas zarzas
Lirio de extraño matiz,
Que en los pintados jarrones
Fuera orgullo del jardin;
Así en rústica vivienda
Suelen tal vez residir
Sentimientos, que á los grandes
Valdrian aplausos mil.
Mas donde quiera que habite
La caridad, logra al fin
El justo premio que suele
Sus santas huellas seguir.

FÁBULA LXXXIX.

—

EL PERRO Y EL BUEY.

Contemplando la hermosura
De un valle fresco y umbroso
Cierto Perro desidioso
Decia con amargura:
"Bien pudiera el Criador
Haber formado la tierra
Ordenando cuanto encierra
De otra manera mejor.
En vez de cubrir de yerbas
Y plantas do quier el suelo,
Debió tapizarle el Cielo
De ojaldres y de conservas.
Esas flexibles retamas
Llenas de flores pajizas
Debian ser longanizas
Con yemas entre las ramas.
La zarzamora, el espino
Y la ruda cambronera,
Producir magras debiera
Y perniles de tocino.
Los robles y las encinas,
En vez de bellotas duras,

Debieran dar confituras
Y variadas golosinas.
Mi raza de esta manera
Con tanto dulce y fiambre,
Ni tendria miedo al hambre,
Ni esclava del hombre fuera."
Un manso Buey que le oyó
Repuso con gran cachaza:
"Negocio haría tu raza,
Mas ¿qué comeria yo?"
Quedó el perro tamañico
Sin saber qué replicar,
Y se volvió hácia el lugar
Relamiéndose el hocico.
De la verdad á despecho,
Nada hay perfecto á la vista
Del miserable egoista,
Si no cede en su provecho.

FÁBULA XC.

—

LA CULEBRA Y EL MOCHUELO.

Rondaba una culebra
Un nido solitario
Que cinco pajarillos
Tenia en pelo malo.

Al verla con envidia
Trepar astuta al árbol,
Hipócrita Mochuelo
Gritó desde lo alto:
"Detente, no pretendas
Tal vez sacrificarlos
De tu insaciable gula
En hórrido holocausto.
¿No ves que tienen madre,
Y que su pecho blando
Traspasarás de pena
Con ese impío rapto?
Aléjate, no invadas
Inícua el hogar casto
Que guarda los tesoros
Del Himeneo santo."
Oyó el reptil la arenga
Con miedo y sobresalto,
Y sin hablar palabra
Tornó otra vez al prado.
Entonces el Mochuelo
Lanzóse como un rayo,
Y arrebató del nido
Los inocentes pájaros.
¡Cuántos declamadores
El vicio condenando
Verán en el Mochuelo
Su más vivo retrato!

FÁBULA XCI.

—

EL LORO Y EL RELÓJ.

"Párate, descansa un rato,"
Decia un Loro hablador,
Al ver oscilar sin tregua
La péndola de un Relój.
—"No puedo, repuso el otro,
Que el tiempo corre veloz,
Y de su rápida fuga
Midiendo los pasos voy."
—"Pero estarás fatigado,
Detenle, bobalicon,
Y en tomando algun aliento
Partireis juntos los dos."
—"¿Detenerle? es imposible,
No pára aunque pare yo:
Menos difícil seria
Parar en su viaje al sol."
Una cosa parecida
Sucede con la opinion;
Podrán medirla los sábios,
Pero detenerla, nó.

FÁBULA XCII.

—

EL PINO Y EL MADROÑO.

A cierto gigante Pino
Que en un cerro descollaba
De esta manera le hablaba
Un Madroño su vecino:
—«Es condicion harto dura
La tuya, rindiendo un fruto
Tan roñoso y diminuto
Con mengua de tu estatura.
Ya no extraño, compañero,
Que á despecho de las aves
Le encierres bajo tres llaves
En esas piñas de acero.
Tu vergüenza y confusion,
No creas me maravillan,
Pues hijos que al padre humillan
Oprobio del padre son.
La sábia naturaleza
Fué más pródiga conmigo,
Pues tener pomas consigo
De otro tamaño y belleza.
Míralas: por su color
Y el rico aroma que exhalan,

Si no superan, igualan
A la más preciada flor.
¡Y cuál luce mi ropaje
Cuando en Abril reverdece!
Mientras que esparto parece
Tu descarnado ramaje.
Gloriarse puede el Otoño
De encontrar en su camino
Al lado del mustio Pino
El rozagante Madroño.»
Notando con calma vá
El Pino arenga tan rara,
Mas viendo que al fin se pára,
Prorumpe: «¿Acabaste ya?
Dos cosas decirte quiero,
Y atento las has de oir,
Pues bastan á confundir
Ese tu orgullo altanero.
Sepa el Madroño hablador
Que en una casa arreglada
La joya más estimada
Se guarda siempre mejor.
Y sepa el necio además
Que el mérito de más cuenta
No es el que vano se ostenta,
Sino el que se oculta más.»

FÁBULA XCIII.

—

LA PALOMA Y EL GARDUÑO.

Vivia una Paloma
No lejos de un Garduño,
Vecino peligroso
Por lo rapaz y astuto.
Llamóla una mañana,
Y con semblante mustio
Le habló de esta manera
El feo animalucho:
"Ten lástima del pobre
Que enfermo y sin recursos,
Gimiendo está hace dias
Baldado y moribundo.
Un cepo entrambas piernas
Rompióme en cierto apuro,
Y ya sufrir no puedo
Dolores tan agudos.
Moverme no me es dado
Del lecho en que sucumbo,
Para ganar la vida
Como hacen otros muchos.
La ardiente sed me mata,
Y de hambre me consumo:

¡Tan mísera es la suerte
Que á la vejez me cupo!
Mas ya que por mis culpas
Así Dios lo dispuso,
Inspírete, vecina,
Piedad tanto infortunio."
La cándida Paloma
Que ignora el disimulo,
No piensa en los ardides
Del pérfido Garduño.
Algunas provisiones
Llevóle como pudo,
Y al dárselas saluda
Con un amable arrullo.
Mas no bien á su alcance
La vé el tirano injusto,
Lanzándose sobre ella
Le dió muerte sañudo.
No crédulo te fies,
Sin meditarlo mucho,
De aquel que en malos pasos
Un dia y otro anduvo.

FÁBULA XCIV.

—

EL CISNE Y LA CALANDRIA.

Cierto Cisne que de un lago
Iba cortando las aguas
Apostrofó de esta suerte
A la parlera Calandria:
"Cierra el pico, vanidosa,
Que el oido me taladras
Con tus punzantes chillidos
Y notas descompasadas."
—"¡Está buena la ocurrencia!
(Repuso aquella con calma)
¿Me opongo yo á que tú graznes
Cuando quieras á tus anchas?
Y si en música eres lego,
Señor mio, ¿quién te manda
Dar tu voto en un asunto
De que no entiendes palabra?
—"*¡Lego! ¡graznar!* ¡oh blasfemia!
(Gritó el Cisne al escucharla)
Cuando el mundo me apellida
Cantor por antonomasia!
No hay músico de algun fuste,
No hay un poeta de talla,

Que no se honren, bachillera,
Con mi nombre y con mi fama.
Aquí el Cisne de Venusa,
Acullá el Cisne de Tracia,
Y daca el Cisne del Bétis,
Y torna el Cisne de Mántua."
—"Esas son, dijo la otra,
Preocupaciones vanas,
En que á las veces el mundo,
No sé por qué, no repara.
Obras, obras, señor mio;
Lo demás son alharacas
Que si al incauto seducen,
Al prudente no le engañan."
Verás muchos que de sábios
El alto renombre alcanzan;
Y no porque ellos lo sean,
Sino porque se lo llaman.

FÁBULA XCV.

—

EL ASNO, EL JILGUERO Y EL MASTIN.

Jactábase un Borrico
De tener voz más llena que un Jilguero:
"Imbécil, cierra el pico,

Decíale altanero,
Que me ofende tu canto lastimero.
Con tu gorjear meloso
No en vano darme celos imagines;
¿Qué vale que orgulloso
Mil veces y mil trines,
Si apenas te oye nadie en los confines?
No puede tu garganta
Ponerse en lucha abierta con la mia:
¿Lo quieres ver? pues canta;
Con una nota mia
Oscurezco tu débil melodía.»
—»Razon tiene el Pollino,
Gritó cierto Mastin viejo y cazurro,
Portero de un molino;
Mas para mí discurro
Que él canta y tu rebuznas, pobre Burro.»
Dos dedos del oido
Debian recitar la fabulita
Al necio presumido
Cuando declama, y grita,
Y fuerza de pulmon solo acredita.

FÁBULA XCVI.

—

EL SÁBIO Y EL LIBRO.

Un Sábio cierto dia
Curioso penetró
No sé en qué biblioteca
De rara estimacion;
Y hojeando un bello tomo,
Decia á media voz:
»¡Magnífico! ¡soberbio!
No ví cosa mejor!»
Entusiasmóse el Libro,
Y al punto replicó:
»Tú al menos eres justo
Cual nadie, vive Dios!
Otros me llaman tonto,
Y aun han dicho que soy
Del más menguado ingenio
Monstruosa concepcion.»
—»Lo creo, dijo el Sábio,
Mas lo que admiro yo
No pienses que es tu fondo,
Es la encuadernacio .»
Si deslumbrar pretendes
Con trajes de valor,

Ponderarán tus galas,
Pero tu juicio nó.

FABULA XCVII.

—

EL NEGOCIANTE.

Cierto rico Negociante
Vióse en la mar sorprendido
Por el horrible mugido
Del vendabal inconstante.
Las olas alborotadas
De proa le combatian,
Y el espacio enrojecian
Eléctricas llamaradas.
La situacion era grave,
Pues tal el piélago estaba
Que á la ventura marchaba
Sin rumbo fijo la nave.
Jura entonces casi yerto,
Y al crugir de un trueno sordo,
No volver jamás á bordo
Si logra llegar al puerto.
Orando con toda su alma
La angustiada frente humilla,
Cuando el sol de nuevo brilla,
Y renace en pos la calma.

Mas cuando, salva la vida,
Llega á la costa anhelada,
Ya no se acuerda de nada,
Y el trance pasado olvida.
Y al fin se vuelve á embarcar,
Y otra vez el riesgo toca,
Y otra vez á Dios invoca,
Y se salva, y vuelve al mar.
Y á cada paso renueva
Su propósito primero,
Mas el amor al dinero
Cien veces al mar le lleva.
Hasta que un dia fatal
El miserable naufraga,
Y el abismo se le traga
Perdiendo vida y caudal.
Por un accidente raro,
Si media torpe ganancia,
Verás firmeza y constancia
En los votos del avaro.

FÁBULA XCVIII.

—

EL CIERVO Y EL MIRLO.

Su sombra contemplaba
El Ciervo en un erial con ojo atento

Cuando el sol al ocaso se acercaba,
Y decia brincando de contento:
»¡Por Júpiter tonante
Que mi sombra es la sombra de un gigante!»
Miróse al otro dia
Cuando el sol atraviesa el meridiano,
Y ya entonces decia:
»Hoy mi sombra es la sombra de un enano!»
Oyólo un Mirlo, observador profundo,
Que preso años atrás en jaula de oro,
Tuvo ocasion de conocer el mundo
Al lado de una tórtola y un loro;
Y huyendo el ser prolijo
Con tono grave y reposado dijo:
»Pues mira, así es el hombre; esclavo ó dueño,
Ora se quede abajo, ora se encumbre,
Este aparece grande, aquel pequeño,
Segun el sol que á cada cual alumbre.»

FÁBULA XCIX.

—

EL HORTELANO, EL CARACOL Y EL GORRION.

En el tierno renuevo de un manzano
Sorprendió á un Caracol el Hortelano.
»Maldita sea tu casta!»

Dice, y le coge, y bajo el pié le aplasta.
»¿Tendrá nada de extraño
Que este pobre arbolito no prospere
Con el terrible daño
Que esa raza famélica le infiere?»
—»Quebró la soga por lo más delgado!
Dijo cierto Gorrion, aposentado
En la copa de un guindo: majadero,
¿Qué daño puede hacer quien se mantiene
Con solo media hoja un mes entero
En ese vegetal que tantas tiene?
Persigue al topo que debajo mina
Con ciego afan, conspirador latente,
Que corroe las raices y le arruina;
Y no castigues cruel á un inocente,
Que aunque el árbol escale á todas horas,
Causar no puede el daño que deploras.»
Nota Fabio que amengua su fortuna,
Y á lo que apenas en su daño influye
Sin prevision alguna
El origen del mal necio atribuye;
Mas no ve en su ceguera,
Porque atento la causa no examina,
Que su casa no luce ni prospera
Porque en ella hay un topo que la mina.

FÁBULA C.

—

LAS DOS PEÑAS.

De una altiva cordillera
Cierta Peña desprendida
Como liebre perseguida
Volaba por la ladera.
Otra que estaba detrás,
Al verla huir de repente,
«Detente, exclamó, detente,
¿A dónde tan ciega vas?»
Y sin cesar de correr
La primera respondía:
«Es en vano, amiga mia,
No me puedo detener.»
Y en aquel instante mismo
Sufriendo enormes porrazos,
Dió deshecha en mil pedazos
En el fondo del abismo.
Seguro vas á tu ruina
Si resbalas imprudente
Por la escabrosa pendiente
Del vicio que te domina.

FÁBULA CI.

—

LOS PERROS Y EL GORRION.

Discutian en un patio
Dos grandes Perros de presa
La antigüedad de su estirpe,
Sus títulos de nobleza.
Cada cual citó á su turno
Con suma prosopopeya
De sus ínclitos abuelos
Las virtudes y proezas.
«Yo vengo, dijo el más jóven,
Del Mustafá de una huerta,
Que en lealtad y bravura
Llegó donde pocos llegan.
Jamás, mientras él velaba,
Segun su historia nos cuenta,
Los rústicos del contorno
Lograron saltar la cerca.
En los trances apurados,
Para el ataque y defensa,
Por su vigor parecia
Más bien que Perro, una fiera.
Pero dentro de la casa
Brilló tanto su modestia

Que impunemente una niña
Le estiraba las orejas.
Ningun vecino del barrio
Le notó que amigo fuera
De inmotivadas camorras
Ni de caninas reyertas.
Y en fin, tan agradecido
Mostróse al pan de la mesa,
Que á la muerte de sus amos
El tambien murió de pena.
Tal fué mi sétimo abuelo,
Camarada, porque sepas
Si es generosa la sangre
Que circula por mis venas."
—"Pues yo, continúa el otro,
Desciendo por línea recta
Del Sultan que de un cortijo
Guardó diez años las puertas.
Firme en su puesto, cual cumple
Al deber de un centinela,
Nunca asaltaron ladrones
La pacífica vivienda.
Mil honrosas cicatrices
Le adornaban la pelleja,
Gloriosísimos recuerdos
De sus marciales empresas.
Mató tres zorras, diez lobos,
Y rescató quince ovejas

Que en un dia de ventisca
No pudieron dar la vuelta.
Y aunque tan bravo y valiente,
Del mayoral á una seña
Se hacia el muerto, tan muerto
Como un difunto de veras.
Y por fin salvó á su dueño
Sujetando por la oreja
A un toro que cierto dia
Quiso envestirle en la sierra.
Este fué mi abuelo octavo,
Sí señor, para que veas
Si es inferior á la tuya
La sangre que me alimenta."
Un Gorrion que oyó el debate
Sacó entonces la cabeza,
Y en tono burlon les dice:
"¡No estais mal par de babiecas!
¿Qué importa que vuestros padres
Tan nobles y dignos fueran,
Si sus acciones son suyas
Y vuestras obras son vuestras?
Interin con firme paso
No marcheis sobre sus huellas
Imitando los ejemplos
Que os legaron en herencia;
Mientras tú robes al pinche,
Y tú sin motivo muerdas,

De fijo, en toda la villa
No habrá quien nobles os crea.»
Callaron los contendientes,
Y los dos, rabo entre piernas,
Fueron á echarse corridos
Debajo de la escalera.
Honroso es tener abuelos
De fama y virtud egregia,
Pero al que no los imita
Más que le ensalzan, le afrentan.

FÁBULA CII.

—

EL CAMINANTE.

Allá en lo más espeso
De un intrincado bosque
A un pobre Caminante
Le sorprendió la noche.
Mil vueltas y revueltas
Vá dando por el monte,
Mas no encuentra salida
Por más que le recorre.
Y tanto pierde el tino
Que apenas ya conoce
Ni dónde está el Oriente,
Ni á dónde cae el Norte.

El Ábrego acaudilla
Preñados nubarrones,
Y el ronco son del trueno
Redobla sus temores.
Mas una luz lejana
Sus ojos hiere entonces
Perdida entre los grupos
De los añosos robles.
Cual un bienhechor faro
Seguirla se propone,
Y alegre vá tras ella,
Y avanza, suda y corre.
Mas ¡ay! de la montaña
Bajo el peñon enorme
Dá el triste en una cueva
Guarida de ladrones.
Así, donde el remedio
Buscaba á sus dolores,
Su perdicion y ruina
Tal vez encuentra el hombre.

FÁBULA CIII.

—

LA LOCOMOTORA Y LA GALERA.

Más rápida que el viento,
Más veloz que la cierva corredora,

Con poderoso aliento
Volaba colosal Locomotora
Por la ferrada via
En alas del vapor que la impelía.
  En cierta carretera
Paralela al carril por do avanzaba
Descubre una Galera
Que lentamente por allí rodaba;
Y dando un gran silbido
Le dijo estas palabras al oido:
  "Anima, desdichada;
Con esa pesadez ¿cuándo confias
Llegar á la posada?
Como no avives más, ni en siete dias
Andarás el terreno
Que en pocas horas yo mido de lleno."
  —"Teneis razon, señora,
Contestó sin pararse la Galera;
Usted traga y devora
Kilómetros sin fin en su carrera;
Mas, hecha la jornada,
¿Qué aprendeis en el viaje? casi nada.
  Yo gozo y no me sacio
Con los valles frondosos cada dia;
Caminando despacio,
Aprendo sin querer geografía,
Y estudio y examino
Los varios accidentes del camino.

  En cambio usted".... En vano
Quisiera proseguir, porque pujante
Despareció del llano
La máquina infernal en un instante,
Y hubiera entonces sido
Tan discreto sermon sermon perdido.
  En dos años Fabricio
Se doctora al vapor en una ciencia,
Cuando hombres de buen juicio
Consumen siete ú ocho con paciencia;
Mas, ¡ay del desdichado
Que se entregue al Doctor improvisado!

FÁBULA CIV.

—

EL ZAPATERO.

  Queriendo que al agujero
Se ajustara el cordoban,
A diente con negro afan
Le estiraba un Zapatero.
Pierde el nivel, roto el cuero,
Cuatro dientes se lastima,
Y rueda por la tarima
Dando una gran costalada:
¡Mordió en hora bien menguada
El Maestro de obra prima!

Al caerse derribó
Con su banquillo el brasero,
Hizo cascos el puchero,
Y la gata se escaldó;
El líquido se vertió
En derredor, y al correr,
Sin poderlo precaver,
Llenó de pringue ¡oh descuido!
Una cofia, y un vestido,
Y un manton de su mujer.
"Dientes, puchero, manton,
Gata y cofia y el vestido,
(Exclamó) todo ha sufrido
Sin contar con mi chichon.
Por tan torpe imprevision
Debo llevar en paciencia
Esta amarga penitencia
Con que los hados me afligen."
¡De cuánto mal es origen
A veces una imprudencia!

FÁBULA CV.

—

EL CHALAN Y EL CABALLO.

A un generoso Alazan,
Gallardo y de pura raza,

Frotaba con la almohaza
Cierto entendido Chalan.
Limpióle tan bien, que al sol
Su lustrosa piel tostada
Parecia barnizada
Con el más fino charol.
A fuerza de agua y cepillo
Dejó sus cascos de modo
Que libres de tierra y lodo
Admiraban por su brillo.
Peinóle la crin despues,
Su luenga cola trenzó,
Y hecho un pincel le dejó
De la cabeza á los piés.
Púsole freno y bocado,
Una elegante mantilla,
Estribos de plata, y silla
De terciopelo encarnado.
Entonces el frotador,
Dándole una palmadita,
Le dijo: "Bien te acredita
Su cariño mi señor.
Buen pienso, poco trabajo,
Y un lacayo á tu servicio,
Que no tiene más oficio
Que cuidar de que estés majo.
Todos se paran á verte
Cuando de paseo sales:

¡Cuántos séres racionales
Envidiarian tu suerte!
Buen dia te amaneció
Cuando viniste á servir
Con tan bello porvenir
Al amo que te compró.»
—»Contento al presente me hallo:
Por lo que á mañana toca,
La fortuna es una loca,
Dijo el sesudo Caballo.
Bien el amo se conduce,
Sabe gastar, no lo ignoro,
Pero creo que no es oro
Todo lo que aquí reluce.
Tanto atusarme la piel,
Tanto lujo y atavío,
Vamos claros, señor mio,
¿Son por mi causa ó por él?
Si me mima y engalana
Es porque al mundo tal vez
Quiere dar de esplendidez
Una prueba cotidiana.
De casas donde hay tesoros
(¡Mire usted qué porvenir!)
Caballos ví yo salir
Para la plaza de toros.
Si una incurable cojera
Por desdicha me postrara,

Presumo que ni á la cara
Me miraria siquiera.
Solo entonces, por quien soy,
Me harian mella sus dones,
Y esas nimias atenciones
Que no me deslumbran hoy.»
Yo tambien digo lo mismo:
De agradecer el bien es
Si hay en él desinterés
Y no nace de egoismo.

FÁBULA CVI.

—

EL MAYORAL, LA VÍBORA Y EL GATO.

Una Víbora picó
A cierta oveja en el prado,
Y el Mayoral indignado
A muerte la sentenció.
La noticia se esparció
Por todo el valle vecino,
Y el Gato de un campesino
Se presentó en comision
Solicitando el perdon
Para aquel reptil dañino.
»¡Gracia, señor Mayoral,
(Mayando el Gato le dice)

Gracia para esa infelice
Que llora el causado mal!
De asesinato legal
Calificará su muerte
Toda alma elevada y fuerte;
Suspended pues la sentencia,
Y temple vuestra clemencia
Los rigores de su suerte.»
El Mayoral bondadoso
No supo enérgico ser,
Y al campo dejó volver
Al animal ponzoñoso;
Pero el valle delicioso
Donde este lance ocurrió
De víboras se pobló
Que impunemente bullian,
Y las ovejas morian,
Y el ganado se arruinó.
Todo noble corazon,
Todo pecho bien nacido,
Concede al arrepentido
Un generoso perdon.
Laudable es la compasion,
Pero la falsa piedad
Que ampara la iniquidad
En vez de herirla de frente,
Por salvar al delincuente
Castiga á la sociedad.

FÁBULA CVII.

—

EL MIRTO Y EL ÁLAMO.

Un Mirto que arraigaba
Solitario á la orilla de un lindero,
Pensativo y celoso contemplaba
En el vecino otero,
De su alegre mansion no muy distante,
La altiva copa de Álamo gigante.
—«¡Qué gloria (se decia)
Vestir con tanta gala y bizarría,
Remontarse á los aires de ese modo,
Crecer, subir y dominarlo todo,
Tender los brazos en redor al viento,
Y á la sombra apacible del follaje
A cien aves canoras y otras ciento
Poderles ofrecer digno hospedaje!»
Mientras que así relata,
El cielo se ennegrece, el trueno ruge,
De las nubes el rayo se desata,
Herido el árbol de improviso cruge,
Y el Aquilon airado
Siembra sus ruinas por el verde prado.
El Mirto que lo observa
Deplora entonces la fortuna acerba

Del Álamo infeliz; su error advierte,
Y al ver estrago tal, lleno de espanto
Exclamó arrepentido de esta suerte:
"Si á tan negra fortuna y riesgo tanto
Vive expuesta en el mundo la grandeza,
Mil gracias doy á Dios por mi pobreza."

La paz, el bienestar y la alegría
Tal vez suelen vivir con preferencia
En la honrosa olvidada medianía;
Porque en medio del fausto y opulencia,
Del mundo tormentoso al fiero embate
Más expuesto sin duda está el magnate.

FÁBULA CVIII.

—

LOS ANIMALES DOMÉSTICOS.

En el corral de una granja
Habitaban como hermanos
Seis conejos, diez gallinas,
Un pavo real y tres gansos.
Cuando la nieve ó la lluvia
Los tenia aprisionados
Y alejarse no podian
A merodear por el campo,
Como buenos compañeros
Concertaban juegos varios,

A fin de matar sus ócios
Y esparcirse algunos ratos.
Mas nunca en sus distracciones
Se mezcló ni por acaso
El Pavo real, que insociable
Huia de su contacto.
Notólo la compañía,
Y encarándosele un Ganso,
"¿Por qué no jugais, le dice,
Cuando aquí todos jugamos?"
Hizo él entonces la rueda
Con ostentoso aparato,
Y exhibiendo su plumaje
De esmeraldas matizado,
"Yo no juego, le responde,
Porque nunca me rebajo,
Ni alterno con gentecillas
Que no valen lo que valgo."
—"¡Pardiez (exclamó al oirle
Un Conejo veterano)
A fé que el mozo es de chapa
Y se sacude con garbo!
Dejando aparte el vestido,
Dígame usted, señor majo,
¿Qué se han hecho vuestras prendas
Que las busco y no las hallo?
En todo el corro no hay uno
Si usted me apura, más záfio,

Ni más indolente y necio,
Ni más engreido y vano.
Y en cuanto á la voz, señores,
O yo no entiendo de canto,
O al lado suyo es un mirlo
Cuando abre la boca el Ganso:
Dicho sea con respeto
De cuantos me escuchan."—"¡Bravo!
Exclamó todo el concurso
Con unánimes aplausos.
Y ya que altivo desprecia
Nuestra sociedad y trato,
Que desde este instante mismo
Ponga aparte cama y rancho."
Personas hay de ambos sexos
Que orgullosas con sus trapos
Del Pavo real de mi historia
Son el más vivo retrato.

FÁBULA CIX.

—

LA TÓRTOLA Y LA ARDILLA.

Gemia sin consuelo
Una Tórtola amante en la espesura,
Con tan profundo duelo,
Con palabras tan llenas de amargura

Que la floresta umbría
Con sus ayes sin fin se extremecía.
"¿De dónde tanta pena?
(Preguntó cierta Ardilla desde un roble)
¿Qué causa, dime, llena
De angustia y de dolor tu pecho noble,
Que toda la enramada
Se conmueve á tus gritos alarmada?"
—"Perdí mi dulce amante
(Respondió con acento lacrimoso),
Y de hoy en adelante
Sin guia, sin amparo, sin esposo,
Veré mi pobre nido
En tálamo desierto convertido."
—"Muy justo es que le llores
(La Ardilla replicó), pero tú sola;
No vengan tus dolores
A turbar nuestra paz por carambola;
Que á nadie en su vivienda
Le falta un ay sin que á tu lloro atienda.
Si todo el que padece
Hubiese de gritar como tú gritas
Apenas amanece,
Contando al bosque sin cesar sus cuitas,
¡No habria mala orquesta
Dia y noche, pardiez, en la floresta!"
Prudente y resignado
Llora en el fondo del hogar tus males;

El duelo exagerado
No traspase el confin de tus umbrales
Haciendo que al vecino
Le atormente el rigor de tu destino.

FÁBULA CX.

—

EL MUCHACHO Y EL NIDO.

De unos laureles
Entre los ramos
Dió con un Nido
Cierto Muchacho.
"¡Oh qué ventura!
Dice, saltando
Con todo el fuego
De su entusiasmo:
Tres huevecillos
Tiene jaspeados;
Dentro de poco
Serán tres pájaros.
Sin duda alguna
Ya han empollado,
Muy pronto deben
Romper el casco.
Para el domingo,
Si no me engaño,

Veré las crias
En pelo malo."
Torna mil veces
Examinando
Con ojo atento
Su rico hallazgo.
Pero en la cáscara
Dormian tanto
Los prisioneros
Encarcelados,
Que ya impaciente
Medita al cabo
Ver si á la madre
Coge empollando.
Deslía el trompo
Que tiene á mano,
Suelta la cuerda
Y arregla un lazo.
Tras de las matas
Se agacha cauto,
Y la avecilla
Viene piando.
Trina, aletea,
Mide el espacio,
Y al Nido amante
Baja de un salto.
Mas cuando nota
Que está cercado

Del alevoso
Cordel infausto,
Despavorida,
Llena de espanto,
Rompiendo el aire
Se vuelve al campo;
Y deja entonces
Su lecho casto
A las hormigas
Abandonado.
"Por ser un necio,
Dice el muchacho,
Perdí la madre
Y los tres pájaros."
Así los hombres
Atropellados
Que dar no quieren
Tregua á sus cálculos,
Tal vez los planes
Mejor formados
Con su impaciencia
Desconcertaron.

FÁBULA CXI.

—

EL BURRO Y EL FALDERO.

Fijando una polea
En el alto pretil de una azotea,
Imaginaba un chico
Ya célebre por mil y mil diabluras,
Subir allá un Borrico:
¡El mismo diantre son las criaturas!
Medita su maniobra,
Y al punto puso manos á la obra.
Adáptale con tino
A la cincha un cordel flexible y recio;
Y el mísero Pollino,
Una vez colocado en el trapecio,
Se vió casi de un salto
Tan pronto en el corral como en lo alto.
Con rebuzno potente
Y gentil afectado continente
Tres veces saludó á la concurrencia,
Que del chico celebra la ocurrencia.
Mas el pobre Jumento
(Que no debia ser Burro muy listo)
Achaca á su imprevisto
Popular y glorioso encumbramiento

La súbita alegría
Con que muestras le dan de simpatía,
Y anhelando arrancar un fuerte *bravo*,
Estira las orejas, alza el rabo,
Y exclama muy modesto:
"¡Pocos asnos tendrán tan alto puesto!"
Oyólo un falderito,
Y dijo alzando el penetrante grito:
"Aunque yo á grande altura te contemplo,
No es tan raro cual juzgas el ejemplo.
Conozco otros cien Burros
Tan mansos como tú, y aun más cazurros,
De noble orgullo con justicia llenos,
Que no rebuznan menos
Por una antigua peculiar costumbre,
Y se ven levantados á la cumbre."
Si alguna moraleja
Se puede deducir de mi conseja,
Meditalo tú, Fabio,
No diga un quisquilloso que le agravio.

FÁBULA CXII.

—

EL HUÉRFANO Y EL PÁJARO.

Un Huerfanito lloraba
Porque padres no tenia,

Y un Pájaro que le oia
De esta manara le hablaba:
"Cuando yo apenas volaba
Sin madre tambien me ví;
Pero á Dios favor pedí,
Y en tan triste desconsuelo,
Movido á piedad el Cielo,
Tuvo lástima de mí.
Desde entonces, todavía
No me ha faltado un momento
El cotidiano sustento
Que benéfico me envía.
Hazlo así tú, y algun dia,
Siendo honrado y vividor,
Ya verás cómo el Señor,
Que al Pájaro no abandona,
Tus esperanzas corona
Y bendice tu sudor."
Decidióse á practicar
La leccion del Pajarito,
A quien mira el Huerfanito
Como á un genio tutelar;
Y á fuerza de trabajar
Con indomable teson,
Cumplióse la prediccion,
Viniendo á ser el buen Chico
El propietario más rico
De toda aquella region.

Cuando gimas angustiado
Vuelve tus ojos á Dios,
Cuya bondad vuela en pos
Del triste y atribulado.
Si eres pobre, resignado
Trabaja sin murmurar,
Pues no debes olvidar
Que el trabajo y la honradez
Proporcionan á la vez
La salud y el bienestar.

FÁBULA CXIII.

—

EL SACRISTAN.

Delante de un Santo dos velas ardian
Y quiso avivarlas novel Sacristan;
Mas tanto en el pábilo entró la tijera,
Que á oscuras la imágen quedó en el altar.
Si próvido intentas al mal incipiente
Poner algun dia remedio eficaz,
No ciego exageres tal vez un castigo
Que en vez de atajarle mayor haga el mal.

FÁBULA CXIV.

—

EL TERNERO Y EL MAYORAL.

Cansándose un Ternero
De triscar por el prado todo el dia,
Le suplicó el Boyero
Le diese, si tenia,
Un destino de rumbo en la alquería.
"¡Muy bien, señor valiente,
(Contestó el Mayoral) sois un tesoro!
Mas ya que usted se siente
Con el vigor de un toro,
Le unciré á la carreta con el Moro."
El pobre Ternerillo
No puede con el yugo, suda, rema,
Fatiga el cerviguillo,
Y el Mayoral, con flema,
Le dijo al ver su situacion extrema:
"Un destino quisiste,
Y cumplióse bien pronto tu deseo;
Mas ¡ay! ¡cuán mal lo hiciste!
¿Creias que ese empleo
Le podia servir cualquier pigmeo?"
A más de un mozalvete
Que casi de andadores necesita,

Y á pretender se mete
Sin aptitud maldita,
De molde le vendrá la fabulita.

FABULA CXV.

—

EL PERRO Y LA ZORRA.

De un molino cierto dia,
No sé cómo, el Perro ingrato
Con una Zorra el imbécil
Estrecha amistad contrajo.
Citábanse con frecuencia
Ya en colinas, ya en barrancos,
Donde en alegres coloquios
Solian pasar el rato.
Una tarde entre los robles
Ve á la Zorra bostezando,
Quien triste exclamó: "¡Ay, amigo!
Qué hambre tengo! me desmayo!
Más de tres leguas anduve
Cuesta arriba y cuesta abajo
Sin hallar pelo ni pluma
De perdices ó gazapos.
Llévame, yo te lo ruego,
(Repuso con un halago)

De tus cebadas gallinas
Al albergue solitario.
Cogeré las dos más gordas,
Y en un rincon del establo
Sin que lo sienta la tierra
En santa paz merendamos."
A sus melosas instancias
Accedió el Perro villano,
Y su criminal proyecto
Llevaron juntos á cabo.
Terminada la merienda,
No sin algun sobresalto,
La Zorra tornóse al monte
Y el Perro quedó en el patio.
Pasáronse algunos dias,
Y en un cerro se encontraron
Donde en otras ocasiones
Habian fraternizado.
"Si quieres, dijo el infame,
Que la funcion repitamos,
El molinero está ausente
Y nadie podrá notarlo."
—"Abrenuncio, le contesta,
No quiero, amigo, más tratos,
Que puedes venderme un dia
Como vendiste á tus amos."
Dice: y volviendo la espalda,
Se metió entre los chaparros,

Dejando al Can del molino
Mudo de asombro y de pasmo.
El que traidor sus deberes
Una vez ha pisoteado,
No inspirará confianza
Ni á sus cómplices de antaño.

FÁBULA CXVI.

—

LA LIEBRE Y LA LUNA.

En cierta hermosa laguna
Que el céfiro manso riza
Una Liebre asustadiza
Vió que temblaba la Luna.
"¡Que horror! (huyendo exclamó)
Si cae del cielo y nos pilla,
Quedamos hechos tortilla:"
Y en las matas se escondió.
Allí con dolor profundo
Falta de calma y reposo,
Piensa en el choque espantoso
Que hará pedazos al mundo.
Y sin dormir ni cenar,
Encerrada en su prision,
Aguarda aquel coscorron
Que ya no puede tardar.

Pero la noche corria,
Y ninguna otra señal
Daba anuncios del fatal
Contratiempo que temia.
Un poco más animada,
Ya entonces reflexionó:
"¿Si habré mirado mal yo?
¿Si todo ello será nada?"
Corre á observar la laguna,
Y como el viento dormia,
Ni el agua ya se movia,
Ni oscilaba allí la Luna.
Sonrióse, y con paso quedo
Tornando á su madriguera,
Decia: "¡Cuánta quimera
Se suele forjar el miedo!"
Así la supersticion
Califica de fatales
Fenómenos naturales
Que tienen su explicacion.

FÁBULA CXVII.

—

LA ABEJA Y LA HORMIGA.

A la rapaz Hormiga
Que huia á su vivienda,

Con la pesada carga
Rendidas ya las fuerzas,
De esta manera hablaba
Zumbona cierta Abeja
De un desmayado sáuce
Posada entre las hebras:
—"¿Por qué, insolente, dime,
Por qué no te alimentas
De rústicas semillas,
De insectos y de yerbas?
¿Parécete que el trigo
Que apilas en tu cueva
Se hallaba abandonado
Sin dueño en las paneras?
¿No habia en el cortijo
Gallinas que pudieran
Comerse las migajas
Sobrantes de la mesa?
¿Por qué sin duelo invades
Las trojes y las eras,
Desvanes, cobertizos,
Corrales y despensas?
No hay cosa en que tus garras
No cebes como puedas;
¡Caértese debia
La cara de vergüenza!"
—¡Muy bien, dijo la otra,
Magnífica es la arenga!

Yo aplaudo los principios
De tu moral severa.
Mas, dí, ¿no tienen dueño
Los tiestos y macetas,
Los parques y jardines
Que tú tambien saqueas?"
—"Sin duda que le tienen,
Mas no me dará quejas
De que le infiero daño
Con mis visitas, necia.
Si apuro de las flores
El suave y dulce néctar,
Ni robo sus matices,
Ni ultrajo su belleza.
Lozanas en su sitio
Cual fueron antes quedan,
Llevándome una parte
De su escondida esencia.
Y luego con mi industria,
Solícita y discreta,
Para comun provecho
Fabrico miel y cera."
Selló el labio la Hormiga,
Y haciéndose la sueca,
Volvió á emprender el viaje
Cargada con su presa.
Aprendan los plagiarios
Que hay mucha diferencia

De ser ladron Hormiga
A ser ladron Abeja.

FÁBULA CXVIII.

—

EL ESCRITORIO.

Dijo la Tinta al Papel:
"Nada vales tú sin mí."
—"Y ¿qué seria de tí
Sin mí?" contestóla él.
Con voz hueca y entonada
Añadió entonces la Pluma:
"¿Y qué seríais en suma
Los dos sin mi auxilio? nada."
—"¡Despacito! les gritó
Cierto Escribiente despues:
Nada seríais los tres
Si á los tres faltara yo."
—"La disputa es baladí,
Dijo un Loro, no sigais;
Los cuatro os necesitais
Cada uno de por sí."
Del mundo en la vasta escena
Hasta los átomos son
Cada cual un eslabon
De la universal cadena.

FÁBULA CXIX.

—

EL BANDOLERO.

De noche un Bandolero
Vagaba por el monte solitario,
Por ver si algun viajero
Le alargaba por buenas el dinero,
O tenia allí fin su itinerario.
De pronto vió su sombra
Que móvil y fugaz se dibujaba
Sobre la verde alfombra
Del blando césped que su planta hollaba.
Creyó que le espiaba
Algun Guardia civil, y en su arrebato,
Lanzándose á la fuga con viveza,
De un árbol inmediato
Chocó en el rudo tronco su cabeza
Con tan adversa suerte
Que cayó desplomado, masa inerte.
Jamás tendrá reposo
(Patrimonio exclusivo del virtuoso)
El hombre que inhumano
Se lanza al crímen con furor insano;
Porque el crímen se espanta de sí mismo,
Y su término siempre es un abismo.

FABULA CXX.

—

EL INCRÉDULO Y EL JAZMIN.

Paseando por un jardin
Cierto Incrédulo, decia
Que á Dios no reconocia
En las flores del confin.
"¡Despacio, gritó un Jazmin,
Despacio, no escandalices!
Mas ya que loco tal dices,
Por más que oirlo me asombre,
¿Sabrás explicar, pobre hombre,
Cómo tengo estos matices?"
El Filósofo calló
No hallando fácil respuesta,
Pero al ver que no contesta,
El buen Jazmin añadió:
"Infeliz, deja que yo
Me duela de tus errores,
Pues nuestro aroma y colores
Te probarán, si eres justo,
Que estás ciego por tu gusto
No viendo á Dios en las flores.»

FABULA CXXI.

—

EL RUISEÑOR, LA GATA Y EL LECHON.

En el frondoso sáuce
Que de un molino se inclinaba al cáuce,
De amor tiernas querellas
Cantaba con acento dolorido
Y á la pálida luz de las estrellas
Un jóven Ruiseñor velando el nido.
La dulce melodía
Del músico inspirado suspendia
En medio de la noche
Con voz tan armoniosa y regalada,
Que la flor le escuchaba suelto el broche,
Y la brisa dormia en la enramada.
—"¿Paréceos, vecino,
(Gritó desde la reja del molino
De súbito una Gata)
Que es muy de agradecerse vuestro empeño
De venir aquí á darnos serenata,
Turbando tantas veces nuestro sueño?
Las gentes vividoras
Consagran al reposo tales horas:
Callad, ó de otra suerte,
Si salgo allá....» La frase no concluye,

Pues juzgándose en garras de la muerte,
El inerme cantor temblando huye.
Del próximo cortijo
Oyó un Lechon lo que la Gata dijo,
Y regruñendo exclama:
"¿Te desvela el cantar de ese pobrete,
Y no despiertas con tener la cama
Tan cerca de la tolva y el rodete?
¡Oh sueño portentoso!"
—"¡Qué murmura entre dientes el Cerdoso?
¿Qué dice el miserable?
(La Gata replicó oyendo al Marrano)
Este mal es un mal indeclinable,
Y quererle eludir seria en vano.
Nací por mi destino
Condenada á ser Gata de molino,
Y sufro sin quejarme
Los ruidos de la casa; pero bestia
Dos veces fuera yo, con no librarme,
Pudiéndolo evitar, de otra molestia."
Inclinando la frente
El necesario mal debes prudente
Sufrir con labio mudo:
Locura en cambio indisculpable fuera
Ceder al mal que conjurarse pudo;
Dígalo nuestra Gata molinera.

FÁBULA CXXII.

—

EL ZORRO Y EL MASTIN.

Rondando las cercanías
De un caserío allá lejos
Cierto Zorro, de una trampa
Quedó en la armadura preso.
"¡No ha sido poca fortuna
(Pensó su desdicha viendo)
Que no me cogió al cerrarse
Verbigracia, por el cuello.
Libre tengo la cabeza,
Y libres las patas tengo,
Todo el mal está en la cola,
Sujeta por un extremo.
Aun no me doy por perdido,
Porque en último remedio
¡Qué diantre! me doy un corte,
Dejo la punta y laus deo.
Pero el caso es peliagudo,
Y será bien que probemos
Si antes de apelar al diente
Soltarla con maña puedo."
Dió mil vueltas y revueltas,
Hizo ensayos estupendos,

Pero nada, á cada brinco
Se apretaba más el cepo.
Viendo entonces que podia,
Si dejaba pasar tiempo,
Movido por el olfato
Echársele encima un perro,
"¡Valor (dijo) y adelante!"
Y doblegando el pescuezo,
Con solo un par de mordiscos
Amputóse y quedó suelto.
Guardó cama cinco dias,
Y levantándose al sexto,
Vino á incitar su apetito
Un lejano cacareo.
"¡Hola, dijo, buen anuncio,
Comida opípara tengo!
Mañana que así comienza
Debe ser de gran provecho."
Y olvidando lo de marras,
Acercóse en dia pleno
Al mismo corral de antaño,
Si bien por sitio diverso.
Pero entonces vigilante
Le aguardaba un Mastin fiero,
Y en vez de comer gallina
Quedó entre sus garras muerto.
Tal fin aguarda al malvado
Que, á pesar del escarmiento,

No renuncia incorregible
A sus instintos perversos.

FÁBULA CXXIII.

—

EL RATERO, EL PERRO Y EL HORTELANO.

A entrar iba un Ratero en una huerta,
Mas notando que el Perro estaba alerta,
De engañarle discurre alguna traza,
Y al efecto se armó de media hogaza.
"Atrácate, infelice,
Alargándole el pan, astuto dice;
Conozco por tu voz desfallecida
Que el mísero Hortelano
Sin conciencia te tasa la comida:
¡Vergonzosa ruindad para un alano!
Si entrar ahí me dejas
Una horita no más á coger fruta,
Y en santa paz te alejas,
Haciendo que no ves, hácia la gruta,
Mi fé te lo promete:
Cada noche tendrás un buen zoquete."
El Perro consintió: dia por dia
La fruta de los árboles faltaba;
Consternado su dueño lo veia,

Y por fin la paciencia se le acaba,
Y el crítico momento
Aguarda para hacer un escarmiento.
Llega la noche, toma su escopeta,
Dirígese á un peral ¡funesto yerro!
De un bulto al divisar la sombra inquieta
Creyéndole un ladron disparó al Perro.
¡Castigo merecido
Del infiel servidor que al amo vende,
Y en lugar de mostrarse agradecido,
Favorece en su plan á quien le ofende.

FÁBULA CXXIV.

—

EL JILGUERO Y LOS GORRIONES.

A la jaula de un Jilguero
Colocada en el balcon
Un Gorrion y otro Gorrion
Bajaban del alto alero.
"Buenos dias, compañero"
(Gritaban al descender);
Y él solia responder
Viéndolos cerca de sí:
"¿Es la visita por mí,
O venís solo á comer?"

La moral no necesita
De explicacion ni comento;
En el mundo hay más de ciento
A quien viene ajustadita.
Pretextando una visita,
Hija de su estimacion,
Un hambron tras otro hambron
Vereis llegar lisonjero
Por limpiar el comedero
Del amigo bonachon.

FÁBULA CXXV.

—

LA OVEJA Y EL MOCHUELO.

Pacía una mansa Oveja
Por los linderos floridos
De un fértil y ameno valle
De fresca yerba provisto.
Cierto alevoso Mochuelo,
De alternar con ella indigno,
Que se albergaba de un roble
En el tronco carcomido;
"¿Por qué no comes (le dice
Dando un siniestro chillido)
De esas cicutas que bordan
Las márgenes del camino?

¡Con qué lozanía crecen!
Yo te juro á fé de amigo
Que en todos estos contornos
No hay pasto más exquisito.»
—»Pero esa planta es nociva
(Contestó dando un balido)
Y hay manjares que no pueden
Soborearse sin peligro.»
—»Nociva! y quién lo asegura?»
—»Mis padres que precavidos
Me hicieron saber de niña
Que encierra un veneno activo.»
—»Esas son rancias vejeces,
Rutinas y desvarios
Que prueban tanta ignorancia
Como falta de buen juicio.
Yo, que por montes y llanos
Tantas tierras he corrido,
De la virtud de las plantas
Hice un estudio prolijo;
Y encuentro que la cicuta,
Fomentando el apetito,
Dá blancura á los vellones
Y vigor á los sentidos.
¿Puede causarte inquietudes
Lo que tu padre te dijo,
Ignorante y visionario
Como todos los antiguos?

Hoy la ciencia alcanza mucho,
Y á su luz el actual siglo
Ha encontrado en esa planta
De virtudes un prodigio.
Haz la prueba, no condenes
Sin exámen lo que he visto
Confirmado en mil ovejas
Y en mil diferentes sitios.»
La inocente, persuadida
Por la charla del inícuo,
Del vegetal venenoso
Comió en el instante mismo.
Y á poco rato en sus venas
Sintió de la muerte el frio,
Y exhaló el vital aliento
Lanzando tristes gemidos.
Si abandonas las creencias
Que alimentaste de niño
Pueden las falsas doctrinas
Despeñarte en un abismo.

FÁBULA CXXVI.

—

EL RIO Y LAS MIMBRERAS.

A la orilla de un Rio
Casi seco en los meses del estío,

Se alzaba una Mimbrera
Tan raquítica y débil, que pudiera
Tener holgado puesto
No digo en un tinanco, en cualquier tiesto.
No lejos otra habia
Con quien vive en amable compañía;
Y hablándole á su modo una mañana,
Despues de saludarse cariñosas,
Le dice con dolor: "Querida hermana,
No sé cómo reposas
Al ver la suerte fiera
Que á entrambas nos aguarda en la ribera.
El raudal que hoy dormido
Parece entre las guijas de su lecho,
Y apenas hace ruido
Saltando bullidor de trecho en trecho,
Podrá sernos fatal cuando arrogante
Con las nieves ó lluvias se levante,
Si mina por debajo
Y nos arranca indómito de cuajo."
—"Y bien, hermana mia,
(Contestó acobardada la segunda)
Si se desborda un dia,
Si el fértil soto sin piedad inunda,
Cuando impetuoso avance
Y en su ciego furor nos coja enmedio,
¿Qué podemos hacer en aquel trance?
Dejarnos arrastrar, no hay más remedio."

—"Estás equivocada
(La primera añadió como inspirada),
Escúchame: despues que profundices,
Envía hácia las mias tus raices,
Y así las dos unidas formaremos
La red compacta que tejer sabemos.
Cada nuevo retoño en adelante,
Si damos el ejemplo, hará lo propio
Minando el suelo con afan constante;
Y en breve allegaremos tal acopio
De ramas por do quier, que en un apuro
Podrán servir de impenetrable muro."
Así las dos lo hicieron;
Y tanto en su tarea adelantaron,
Y con tanto vigor se entretejieron,
Y con tanta firmeza se arraigaron,
Que la jóven Mimbrera
Vino á ser con el tiempo una barrera,
Que al fin contener pudo
Del bravo rio el ímpetu sañudo.

Si hicieran esto mismo
Consultando los míseros mortales
Al comun bienestar, no á su egoismo,
¡Qué cúmulo de males,
Qué série de aflicciones
Podrían evitar á las naciones!

FÁBULA CXXVII.

—

EL CAMPESINO, EL CONCEJO Y EL ESCARABAJO.

Cierto dia un Campesino,
Yo no sé dónde ni cómo,
Halló dentro de una caja
El tubo de un microscopio.
Algun Físico sin duda
Debió poner en el fondo
Un humilde Escarabajo
Para estudiar sus contornos.
Mira el Rústico y remira,
Contempla aquel fiero mónstruo,
Y cien veces se santigua
Como si viera al demonio.
Corre asustado á la aldea,
Y vá refiriendo á todos
El estupendo prodigio
Que le tiene medio tonto.
Cunde el pánico en el pueblo;
Y en la plaza, bajo un olmo,
Comentan la brujería
Chicos, ancianos y mozos.
Llama el alcalde á Concejo,
Y no falta ni uno solo

Que le ayude con sus luces
En aquel grave negocio.
La sacrosanta asamblea,
Muda de espanto y asombro,
De boca del presidente
Oyó el caso portentoso.
Y en consecuencia decide
Por pluralidad de votos
Que dé á saber su dictámen
El más leido de todos.
Levantóse el Fiel de fechos,
Un hombrecillo rechoncho,
De ensortijadas melenas,
Larga oreja y cuello corto.
Tose tres veces, se rasca,
Se arregla el boton del fondo,
Y prorumpe en estas frases
Ante el pleno consistorio:
"¿Comprendeis que en mi montera,
Estrecha como es y todo,
Pueda caber un pollino
Y aun sóbre terreno al mozo?
¿Comprendeis que en un pesebre
Se pueda meter un potro,
Por mucho que encoja el cuello,
Por mucho que agache el lomo?
Pues mirad: en esta caña
Donde no entra el dedo gordo

Hay un diablejo con cuernos
Y más grande que un raposo.
  Esto es mágica, señores,
O yo debo ser un porro,
Y si no tomad el chisme
Y definidlo vosotros."
  La caña al punto examinan
Los Concejales absortos,
Y el ménos tímido juzga
Que andan brujas en el corro.
  Llegó al Alguacil su turno,
Y al mirarla tembloroso,
Se le fué de entre las manos
Y se rompió el microscopio.
  El animal prisionero
Sale de su calabozo,
Y por la reja de enfrente
Marchóse zumbando al soto.
  "¡Diablura! gritó el Concejo,
Que traiga el Cura el hisopo!"
Y hacen que el Párroco venga
Y al fin se lo cuentan todo.
  Entérase, y sonriëndo
Les explica, como docto,
Con los fragmentos del vidrio
La causa de aquel embrollo.
  Mas ¿quién convence á un palurdo
Tenaz y supersticioso,

Si se le mete en los cascos
Un desatino de á fólio?
  Las crónicas de aquel pueblo
Cuentan hoy que en los contornos
En forma de Escarabajo
Se dejó ver el demonio.
  La envejecida ignorancia
Perpetúa entre nosotros
Errores que se propagan
De un pueblo culto en oprobio.

FABULA CXXVIII.

—

EL CURANDERO.

  Un charlatan Curandero
Fama de médico tiene,
Y á verle el público viene,
Y le deja su dinero.
Mas si dice el valle entero
Que las áulas no pisó,
Ni de la aldea salió,
¿Cómo en sus manos se entrega?
Pues ó la gente está ciega,
O debo de estarlo yo.

FÁBULA CXXIX.

—

LOS GATOS Y LA COTORRA.

Jugueteando en el sofá
De un desierto comedor
Discutian con calor
Micifuz y Mustafá.
"A mí, decia el primero,
Como á sér privilegiado
Naturaleza me ha dado
La piel que á todas prefiero.
Deslumbra con su blancura,
Y estas dos pintas ó tres,
Caprichosas como ves,
Dan realce á mi hermosura."
—"Entienda usted, señorito,
Dijo mayando el segundo,
Que en sentir de todo el mundo
De gustos no hay nada escrito.
Y aun decirle se me antoja,
Presumido bobatel,
Que por esa blanca piel
No cambio yo mi piel roja."
—"Calla, insistió desdeñoso
Micifúz, gran mentecato,

Esa piel, más que de gato,
Parece piel de raposo."
—"Basta, señores, de ruido,
Dijo una bella Cotorra,
No me armeis una camorra
Por cuestiones de vestido.
Aunque luzco en mi plumaje
Colores ricos y amenos,
No he de valer más ni ménos
Por lo bonito del traje.
Subíos al corredor,
Y disputaos en él
No quien tiene mejor piel,
Sino quien cazá mejor.»

FÁBULA CXXX.

—

EL CHOPO, EL NARANJO Y EL GRANJERO.

A la espalda de un Cortijo
Daban al viento sus brazos
Un Chopo de grande talla
Y un reducido Naranjo.
Siempre andaban en reyertas;
Y á no estar aprisionados
Por las raices, sus disputas
Terminarian á palos.

De mal humor cierto dia
Uno y otro despertaron,
Y reanudan sin causa
Los debates cotidianos.
»Sepa usted (decia el Chopo)
Que ya me va incomodando
La acritud de los efluvios
Que se escapan de sus ramos.
—»Eso prueba (dijo el otro)
La verdad de cierto adagio,
Y es: que la miel no se hizo
Para la boca del asno.»
—»Usted es, repuso el Chopo,
Un ente mal educado,
Sin vergüenza, presumido,
Y por complemento enano.»
—»Usted es un paja larga,
Gritó rabioso el Naranjo,
Sin corazon, sin meollo,
Y estéril al fin y al cabo.»
—»¿Yo estéril cuando á mi dueño
(Replica el Chopo bramando)
Le rindo en anual tributo
De leña escogida un carro?»
—»¡Miren qué gracia! (contesta
Desdeñoso su adversario)
Yo doy de dorada fruta
Uno, dos y aun tres canastos.»

—»Eso se debe al ingerto
(Dice el otro) seor guapo,
De suyo usted nada vale,
Porque al fin es un bastardo.»
—»Discurre usted como un Chopo ..»
—»Habla usted como un Naranjo....»
—»Usted me insulta, vecino!»
—»Como usted quiera tomarlo.»
—»Pues sepa que si es un reto,
Señor mio, yo no aguanto....»
—»¡Es usted muy quisquilloso!
Más calma, más calma, hermano.»
—»¡Silencio! (de una ventana
Gritó el Granjero) si salgo,
Voto á cribas que sin duelo
Tomo el hacha y os deshago.
¿Es cosa que cada dia
Me habeis de armar un escándalo,
Cuando á ninguno le importa
Que seais negros ó blancos?
¿No conoceis, botarates,
Que despues de gritar tanto,
Tan Chopo se queda el Chopo
Como Naranjo el Naranjo?»

FÁBULA CXXXI.

—

EL ZAGAL.

De un gigantesco nogal
Trepó á la cima aturdido
Por coger un alto nido
Cierto imprudente Zagal.
Logró su intento fatal;
Pero, al bajar, su destreza
Con obstáculos tropieza
Imposibles de vencer,
Y sin poderse valer
Vino al suelo de cabeza.
Así la codicia ciega
Tras una empresa se lanza,
Y tan locamente avanza
Que sin brújula navega.
En el extremo á que llega,
Su suerte comprometida
Le aconseja la salida,
Y al buscar la retirada,
Tal vez la encuentra cerrada
Costándole una caida.

FÁBULA CXXXII.

—

EL ARBUSTO Y LA PALOMA.

Una semilla del soto
Llevada en alas del viento
Se detuvo en la cornisa
De un antiguo monasterio.
Arraigó entre las junturas
De dos sillares soberbios
Y vino á ser en dos años
Un Arbusto hecho y derecho.
Desde aquellas eminencias
Contemplaba con desprecio
Los vegetales humildes
Que el sér al ingrato dieron.
"Ninguno tiene, decia,
Las condiciones que tengo,
Desde el tomillo á la caña,
Desde el laurel al enebro.
Mas ¿qué digo yo tomillo?
Ni el más encumbrado fresno,
Ni el más poderoso roble
Pueden llegar donde llego.
Rey de la vasta llanura,
Desde mi sólio contemplo

La pequeñez lastimosa
De tanto pobre pigmeo.
En este elevado sitio
Me descubren desde lejos
Leñadores y zagales,
Campesinos y viajeros;
Y á la sombra protectora
Que propicio me dá el templo,
Cuantos al pórtico llegan
Me saludan con respeto.»
Una discreta Paloma
Que vivia á par y medio;
«Templa ese orgullo, insensato,
(Dijo del nido saliendo.)
Las corteses atenciones
Que muestra al pasar el pueblo
No van á tí encaminadas,
Sino al santo monasterio.
Y porque altivo no olvides
Cuán poco vales, te advierto
Que en breve, segun barrunto,
Dará principio al retejo.»
Pasaron algunos dias,
Y llegaron los canteros
A reparar los estragos
De las cornisas y techos.
Entonces el pobre Arbusto
Cayó á los golpes del hierro,

Y un horno vino á dar cuenta
De sus humos altaneros.
Si de la instable fortuna
Soplando próspero el viento,
De improviso te levantas
A ocupar un alto puesto;
No desdeñes á los tuyos,
Ni te envanezcas soberbio,
Que cuando menos lo pienses
Puede llegar el retejo.

FÁBULA CXXXIII.

—

LA CIERVA Y LA FUENTE.

De un altísimo cerro en la pendiente
Nacia caudalosa cierta Fuente
Que rodaba parlera
Dando tumbos sin fin por la ladera;
Y allá en el fondo, entre las verdes cañas
Y espeso retamal abriendo calle,
A través de colinas y montañas
Salia alegre al pintoresco valle,
Dó al fin se esparramaba,
Y los prados y huertas animaba.
Una discreta Cierva
Que cuanto pasa en el confin observa,
Llegó á beber al manantial un dia,

Y con tímido acento le decia:
"Consuelas al sediento,
Liberal y benéfica sin tasa,
Cuando llega cansado y sin aliento
Demandando un socorro hasta tu casa;
Mas ¡ay! el cerro á quien el sér debiste
De tu rico caudal nada aprovecha;
Y aunque mústio le ves, árido y triste,
Te alejas de él cual disparada flecha.
En tus alrededores
No encuentro plantas ni vistosas flores;
La yerba desfallece,
Y teniendo el remedio tan cercano,
Tu perdido caudal no la humedece,
Corriendo fugitivo por el llano.
En cambio aquella vega
Que de aquí se descubre en lontananza,
Con estas aguas á placer se riega,
Llevándole al colono la esperanza:
Prospera su labranza,
Reviven los plantíos y verjeles
Que recubren sus márgenes amenas,
Porque expléndida allí prodigar sueles
Tu pingüe patrimonio á manos llenas."
Hablar quiso la Fuente,
Mas no debió de hallar fácil respuesta,
Pues dejando á la Cierva impertinente,
Continuó su viajata por la cuesta.

Un largo raudal de oro
Correr vemos sin tregua al extranjero,
Fluyendo á borbotones del tesoro
Que rico ostenta el manantial Ibero:
Y en tanto que un reguero
Del metal codiciado sin medida
Por los pueblos vecinos se derrama,
Huye del campo que le dió la vida,
Busca el ajeno que con fé le llama,
Y al cabo ve sin duelo
Que perece de sed el patrio suelo.

FABULA CXXXIV.

—

LA PALOMA, LA VELETA Y EL SACRISTAN.

"¿Por qué no te estás quieta?
(Decia una Paloma á la Veleta
De cierto campanario
Do tenia su nido solitario.)
Sé firme y consecuente;
¿No ves que si repara en tu ejercicio,
Dirá luego la gente
Que no tienes un átomo de juicio?"
—"Perdone usted, vecina,
(Contestó sin parar la Volteadora)

Mi señor es el viento que domina,
Aunque cambie de rumbo á cada hora.
Si altivo sopla el Vendabal insano,
A su potente voluntad me allano;
Cuando reina el Gallego
A su arbitraria direccion me entrego;
Y cuando impera el Norte
A ningun otro rey hago la corte.
Merced á esta prudencia,
Vivo en mi alto destino respetada,
Pues no haciendo á ninguno resistencia,
De ninguno tampoco temo nada.
Oyólo el Sacristan, yo no sé cómo,
Y exclamó con el énfasis y aplomo
De un inspirado pensador profundo:
«¡Cuántos hacen lo propio en este mundo!»

FÁBULA CXXXV.

—

LA CABRA Y EL ENDRINO.

Mirando á un Endrino
Cuajado de flor
Decia una Cabra
Que al lado pasó:
«¡Magnífico traje
Pardiez, luces hoy!

¡Qué gratos aromas
Exhala en redor!
Parece en tus hombros
Pintado vellon,
O encaje de nieve
Que el viento cernió.
De lejos la vista
Llevábame en pós;
De cerca deslumbra
Mirándole al sol.
Mas ¡ay! con sus galas
Y rico esplendor
Tu fruto menguado
No está en relacion.
Con toda esa pompa
Que pasa veloz
Ingratas endrinas
Darás sin dulzor.
¡Ay, misero! guarda
Tus flores, por Dios,
Si vanas promesas
No más en ti son.»

FÁBULA CXXXVI.

—

EL BURRO Y EL CABALLO REGALON.

En la cuadra de un meson
Tenian su alojamiento
Un fatigado Jumento
Y un Caballo regalon.
Suspirando cierto dia
Con amargura el primero
A su alegre compañero
Tales palabras decia:
"Lamentable es el destino
Del infeliz que nació,
Verbigracia como yó,
En cuerpo y alma Pollino.
Amanece, y al tejar,
Y al monte y á la leñera;
Y otra vez á la tejera,
Y otra vez al encinar.
Y arre y más arre, cazurro,
Haga sol ó llueva ó truene,
Y palo va y palo viene,
Que al fin y al cabo eres Burro.
Vuelvo á casa en noche plena
Rendido de trabajar:

¿Y qué me dan de cenar?
Mucha paja y poca avena.
Mientras que tú no haces nada,
Y el pesebre encuentras lleno
Ya de aromático heno,
Ya de exquisita cebada.
Si al mismo dueño servimos,
Y yo en lealtad te igualo,
¿Por qué para mí es el palo
Y para tí tantos mimos?
Camarada, no te asombres;
Siempre que en esto reparo,
A fé de Burro declaro
Que son injustos los hombres."
—"¿Ha terminado el Pollino,
Dijo el Caballo, su arenga?
No habrá quien paciencia tenga
Para oir tal desatino.
Por mi rango superior,
Forma, nobleza y poder,
Yo he nacido para ser
Regalo de mi señor.
Yo muestro su calidad,
Honro la caballeriza,
Y él conmigo se autoriza
Por el campo y la ciudad.
Basta pues de gimoteo,
Y tenga el Asno paciencia,

Porque hay mucha diferencia
De un empleo al otro empleo.»
En la humana sociedad,
Siempre agobiada de males,
Rara vez marchan iguales
Trabajo y utilidad.
Hombres se ven, y no es cuento,
Que una fiel imágen son
Del Caballo regalon
Y del cansado Jumento.

FÁBULA CXXXVII.

—

LOS DOS ZORROS.

En un encinar comian
Tres ó cuatro carboneros,
Y dos Zorros atisbaban
Sentados tras un enebro.
«¡Qué tufillo, dijo el uno,
Se escapa de aquel puchero!
Apostaria que tiene
Su *quid* de tocino añejo.»
—«Pero quema, añadió el otro,
Y de enfriarle no hay tiempo;
No es lo mismo aquella hogaza
Que han sacado del talego.

Y á propósito, compadre,
Se me ocurre un fácil medio
De que en amor y compaña
Juntos hoy nos regalemos.»
—«¿Cuál es?» pregunta el más jóven:
—Te vas, contestóle el viejo,
Por detrás de esos espinos
Agachando bien el cuerpo.
Te dejas ver, se levantan,
Te siguen un corto trecho,
Y yo en tanto sin estorbos
Les echo el guante al pan tierno.
Y detrás de aquellas bardas
En lo más alto del cerro
Hasta tanto que tú llegues
¡Palabra de honor! te espero.»
Hácenlo así: la estrategia
Corresponde á sus deseos,
Y hácia el lugar de la cita
Se lanza el jóven, hambriento.
Pero en vano; aquella tarde
No pareció el compañero,
Porque su honrada palabra
Se comió con el pan tierno.
Entonces el engañado,
Su negra fortuna viendo,
Dijo estas breves palabras
Entre bostezo y bostezo:

«Trabajar en adelante
Por mi propia cuenta quiero,
Que los negocios á medias
Dan unos chascos tremendos.»

FÁBULA CXXXVIII.

—

LAS ABEJAS REBELDES.

Allá en cierta colmena
De miel sabrosa y exquisita llena,
Por no sé qué cuestiones
Suscitadas un dia entre su gente,
Sin escuchar razones
Ni el dictámen oir del más prudente,
La colonia de Abejas numerosa
Se amotina rebelde y sediciosa.
»Oid (gritaba una
Fijando en lugar apto su tribuna):
Echar la hiel no quiero
Por aupar al avaro colmenero:
Su propia dignidad ninguna abdique;
Si el amo quiere miel, que la fabrique.
¿Es justo, camaradas,
Que al sol abrasador del medio dia
Por setos, prados, montes y cañadas

Se fatigue la honrada compañía,
Para que luego venga
Seguido de sus dos ó tres zagales
El déspota granjero, y se entretenga
En arrancar de cuajo los panales
Que nuestra industria labra?.....»
—»¡Bravo! ¡bravo! ¡bien!»—»Pido la palabra,
Gritó terciando entonces otra Abeja
No menos fervorosa, aunque más vieja.
Tened, dice, más juicio,
Y volved cada cual á vuestro oficio.
No os dejeis arrastrar en mala hora
Por la charla sagaz de esa oradora;
Mirad que os extravía
Con su nueva y funesta teoría.
Si el dueño acaso viene
Y los dulces panales arrebata,
En cambio nos abriga y nos mantiene
En la estacion ingrata.
Seguid con vuestros amos:
No forzar imprudentes pretendamos
Las leyes naturales,
Que no todos podemos ser iguales.
¿No veis en la floresta,
En los prados, verjeles y jardines,
Alzarse al lado de la flor modesta
Las dálias rozagantes, los jazmines,
Sin que de su fortuna

Jamás se haya quejado planta alguna?".....
(Rumores, confusion.)—"¡Afuera, afuera,
Gritó la turba, y el que aplauda muera!"
Entonces el Enjambre,
Sin prever que venir podria el hambre,
Acuerda un comité nombrar al punto
Que decida atinado en el asunto.
Oyéronse discursos incendiarios;
Y con prudencia escasa
Dos Zánganos, noveles secretarios,
Anuncian su opinion de huir de casa.
No debia el holgorio ser eterno:
Llegó sañudo el perezoso invierno,
Faltó el sustento, desatóse el frio,
Y sin probar bocado,
Al fiero soplo del Nordeste impío
A millares murieron en el prado.

FÁBULA CXXXIX.

—

LOS FALDEROS, EL LORO Y EL AMA.

Dos hermosos Falderitos,
Educados á la sombra,
Con tanto pisar alfombra,
Nunca se vieron ahitos.

Pues como se figuraban
Los dueños á quien servian
Que comiendo crecerian,
Casi de hambre los mataban.
"Yo tengo una hambre canina
(Dijo el uno) y sin tardar
Un asalto voy á dar,
Compañero, á la cocina.
He visto que hay pepitoria,
Cocletas, arroz con leche,
Y una puesta de escabeche
Que debe saber á gloria."
—"Tanto ayunar desespera
(Dijo el otro) y á estas horas
Los guantes de las Señoras
Sin reparo me comiera."
Y en la cocina se entraron,
Y al alto fogon subieron,
Y todo lo descubrieron,
Y todo lo golosearon.
El tiempo entretanto pasa,
La puerta entornada chilla,
Llega su Ama y me los pilla
Con las manos en la masa.
Aquí fué Troya: aturdidos,
Rabo entre piernas escapan,
Y en la alcoba se agazapan
Dándose ya por perdidos.

Furiosa entonces el Ama
Coge el palo de la escoba;
Mas al entrar en la alcoba,
Un viejo Lorito exclama:
"Detente, pobre mujer,
¿Por qué injusta los maltratas?
Cuando tú de hambre los matas,
¿No han de buscar qué comer?
Quita del mal la ocasion,
Sé prudente y dales pan,
Y ellos justificarán
Su noble y fiel condicion."
Por varios conceptos es
Más lógico y racional
Prevenir con tiempo el mal
Que castigarle despues.

FÁBULA CXL.

—

EL NOVILLO Y LOS LOBOS.

Hallando un dia
Duro el trabajo
Cierto vicioso
Novillo incauto,
La independencia
Busca en el campo,

Y por los montes
Trueca el establo.
"Aquí soy libre,
Dice el bellaco,
Como las corzas,
Como los gamos.
Nadie me manda,
Yo solo mando;
Si quiero, duermo,
Si quiero, pazco."
De esta manera
Pasó el huraño
Cinco ó seis meses
Muy regalados.
Pero el invierno
Vino bramando,
Y pierde el bosque
Sus mil encantos.
Pilas de nieve
Cubren los pastos,
Y á duras penas
Prueba bocado.
Por las vertientes
Ya no dan saltos
Los arroyuelos
Aprisionados;
Y duerme el triste
Sobre un pantano

Expuesto al frio
Soplo del Austro.
Viéndose entonces
Hambriento y flaco,
Lleno de penas
Y sobresaltos;
"Fuí un imbécil
(Pensó) dejando
La hospitalaria
Casa de mi amo.
Si allí de dia
Sudo y trabajo,
Cena y abrigo
Me dan en cambio.
Vuelvo al pesebre,
Que estos ensayos
Solo son buenos
Para soñados."
Mas no se aleja
Doscientos pasos
Cuando seis lobos
Le echan el alto.
Cércanle al punto
Fieros aullando,
Y entre las breñas
Se le almorzaron.
Muchos huyendo
Van del trabajo,

Y en pos de bienes
Imaginarios.
Mil privaciones
Sufren incautos
En insalubres
Climas lejanos;
Y cuando tocan
El desengaño
Tal vez no es tiempo
De remediarlo.

FÁBULA CXLI.

—

EL FRANCOLIN Y EL LEON.

Un hablador Francolin
Viejo y de escasa memoria
Contaba un dia la historia
De los pueblos del confin.
Su auditorio componian
Brutos y aves diferentes,
Que de su boca pendientes
El largo relato oian.
Y cuando el turno llegó
A cierto pueblo rival
A quien siempre quiso mal,
En esta sustancia habló:

"Hermanos, probado está
Que el Africa verdadera
Comienza en esa frontera
Segun vamos para allá.
Pródiga quiso Natura
Mostrarse en aquel país,
Pero en vano le pedís
Ni un átomo de cultura.
Tiene damas hechiceras,
Pero de tal condicion
Que da pena y compasion
Ver su porte y sus maneras.
En las nocturnas intrigas,
Por costumbre general,
Lleva siempre cada cual
Una navaja en las ligas.
Un corto número cuenta
De varones importantes,
Pero de mil habitantes
No saben leer ochenta.
Rudo, en suma, y montaráz
El natural de esa tierra,
Ni se distingue en la guerra,
Ni es gran figura en la paz."
—"No prosigas, Malandrin,
Dijo rugiendo un Leon,
Habla con ménos pasion
O habrá la de San Quintin.

Una antigua enemistad
Por aquello de Pavía
Tu entendimiento extravía
Con mengua de la verdad.
Yo ese país recorrí,
Yo sus pueblos visité,
Y nada en ellos noté
De cuanto se ha dicho aquí.
Dejo á un lado lo que necio
De su condicion nos cuentas,
Pues las fábulas que inventas
Solo merecen desprecio.
Mas de valor y constancia
Razon te darán al punto
Las cenizas de Saganto,
Los escombros de Numancia.
Si otras pruebras necesitas
Sin acudir tan allá,
Zaragoza contará
Sus proezas inauditas.
Y aunque esto solo le abona,
Preguntar puedes tambien
A los campos de Bailén,
Y á los muros de Gerona.
Si negra discordia á veces
Sus entrañas desgarró,
Y si el cáliz apuró
Del dolor hasta las heces;

Piensa, y con esto concluyo,
Que andas muy desatentado
En apedrear su tejado
Teniendo de vidrio el tuyo."
Asustóse el Francolin
Oyendo hablar al Leon,
Y á su torpe relacion
Sin decir más puso fin.
Libre á la España el Señor
De que narre de memoria
Su grande y preclara historia
Un Francolin hablador.

FÁBULA CXLII.

—

EL MANZANO Y LA HIEDRA.

Por el tronco de un Manzano
Trepaba lustrosa Hiedra
Buscando para agarrarse
Las hendiduras y grietas.
Medraba dia por dia
Con tanto vigor y fuerza
Que en una red de verdura
Envolvió al árbol soberbia.
—"Detente, dijo el Manzano.
Ten, amiga, más prudencia,

Mira que casi me ahogas
Y que sin jugo me dejas.
Yo consiento en sustentarte,
Mas no abuses indiscreta
De los grandes sacrificios
Que tu educacion me cuesta."
Burlóse la Trepadora
De aquella sesuda arenga,
Y cada dia estrenaba
Caprichosa ramas nuevas.
Y tanto apretó los hilos
De su enredada madeja
Que al fin se secó el Manzano,
Y con él pereció ella.
No agobies al que contigo
Reparte el pan de su mesa,
Que á los dos suceder puede
Lo que al Manzano y la Hiedra.

FÁBULA CXLIII.

—

LA ZORRA Y EL LIRON.

Viendo la Zorra á un Liron
Roer en su cueva un queso,

»¡Qué exceso, dijo, qué exceso!
¿Dónde le hurtaste, ladron?
Mas él con tono burlon
Contestó: »Señora mia,
Pesquéle al rayar el dia
Antes que usted despertara,
Temiendo que me ganara
Por la mano si le olia.»

FÁBULA CXLIV.

—

EL GATO, LAS RATAS Y EL GRANJERO.

En virtud de contrato
Que las Ratas hicieron con un Gato,
Ganando al marrullero
Con yo no sé qué dádivas primero,
Tenian libre entrada
De noche á la panera
Por cierta mina á diente practicada
En el tramo inferior de la escalera
Allí de rubio trigo
Todas el buche á su placer henchian
De imprudentes miradas al abrigo;

Y cuando concluian
Su cotidiana cena
Por el túnel recóndito salian
Llevando cada cual la tripa llena.
Notó el pobre Granjero
Que por dias menguaba su granero.
Miró la cerradura;
La puerta como siempre está segura,
Y el hombre no podia
Comprender lo que allí le sucedia.
»No hay mella en la cerraja;
Yo nunca de la troj suelto la llave,
Pero el monton se baja.....
Velemos de hoy en más, que el caso es grave.»
Así cuerdo pensaba;
Y empeñado en saber quién roba el trigo,
Descubre al fin la brecha por do entraba
Como en son de conquista el enemigo.
»¡Ya sé quién se lo zampa!»
(Exclamó acurrucado en la escalera),
Va, vuelve sin tardar, pone la trampa,
Y cogiendo una Rata prisionera,
Por ella supo la traicion del Gato,
Y ahorcó en las eras al guardian ingrato.
Observa diligente lo que pasa
En los varios negocios de tu casa.
Quien necio y confiado
Se entrega en cuerpo y alma á su criado

Verá menguar la hacienda
Si tropieza con uno que le venda.

FÁBULA CXLV.

—

EL ZORRO Y EL CONEJO.

Cazando un Zorro viejo
Tropezó con la cueva de un Conejo.
Olfatea la entrada,
Conoce que la casa está habitada;
Y así con voz melosa
Le dice al inquilino que allí posa:
"Tontuelo, sal afuera;
Hoy cual nunca la hermosa primavera
Del dia á los albores
Matiza el campo de vistosas flores.
Como buenos vecinos
Cruzaremos las sendas y caminos,
Y cuando nos cansemos
Un párrafo sentados echaremos.
En estas cercanías,
Donde vengo á pasear algunos dias,
Conozco un sitio ameno
De ricos pastos por do quiera lleno,

Y frescos manantiales
Que alegran el confin; ea, ¿no sales?"
Temblando le responde
El tímido animal que allí se esconde:
"Señor, aunque quisiera
Solazarme un ratito en la pradera,
Resolverme no puedo,
Porque solo el oiros me dá miedo."
—"¿Miedo has dicho? inocente,
Que no oiga tal sandez alma viviente:
No soy lo que parezco,
Y aquí mismo á probártelo me ofrezco.
Desciendo de un Raposo
Que renombre ganó de generoso;
De sobriedad tan suma
Que jamás clavó el diente en pelo ó pluma.
Y yo que en mi memoria
Grabé de niño su preclara historia,
Dichoso me contemplo
Al honrar sus virtudes con mi ejemplo.
¿Podrá mi compañía
Inspirarte recelo todavía?"
En fin, tanto le dijo
Que el Gazapo salió de su escondrijo,
Y el Zorro que lo nota
Dando un salto certero le acogota.
Acuérdate del cuento
Si te brinda amistad el fraudulento:

Tu propia ruina labras
Como crédulo escuches sus palabras.

FÁBULA CXLVI.

—

EL NOVILLO Y EL LEON.

Un inexperto Novillo,
Vagando por la montaña,
Halló un Leon que dormia
Tendido entre unas carrascas.
Al ver su espesa melena,
Su fiera y potente garra,
Clavado quedó en el sitio
Como si fuera una estátua.
"¿Qué haré? temblando decia:
Si cauto vuelvo la espalda
Y no es muy profundo el sueño,
Pudiera oir mis pisadas.
Si me quedo, soy perdido;
Despierta y me despedaza
Sin que protestas me escuden,
Sin que súplicas me valgan.

Lo más acertado en estas
Tan críticas circunstancias
Será llegarme, y el pecho
Romperle de una estocada.
Tengo los cuernos agudos,
Y no me falta pujanza
Para abrirle una ancha herida
Que el corazon le deshaga.
Mas si voy y yerro el golpe,
¿Quién pone dique á su saña
Cuando fiero se revuelva
Rugiendo por la venganza?
¡Oh, quién me diera del cuervo
En este instante las alas
Para evitar por los aires
El triste fin que me aguarda!
¿Dónde andan los cazadores,
Que no hay uno en la comarca?
¿Para cuándo son los perros?
¿Para cuándo son las balas?"
Mientras así discurria
Sin decidirse por nada,
Despierta el Rey de las selvas
Y al Novillo se abalanza.
Y desollándole al punto
Con sus uñas aceradas,
Hizo provision de carne
Para dos ó tres semanas.

Las situaciones extremas
No se vencen dando largas;
Tal vez el mayor peligro
Suele estar en la tardanza.

FÁBULA CXLVII.

—

EL PAJAR QUEMADO.

Ardian unos espinos,
Cerca de un viejo Pajar,
Y el dueño empezó á gritar
Despertando á los vecinos.
A contar lo que sucede
Vá el necio de casa en casa,
Mas no vé que el tiempo pasa
Y serle funesto puede.
Corren por fin al lugar
Del siniestro, pero tarde,
Porque envuelto en llamas arde
Hecho un Vesubio el Pajar.
»Grande fué tu desatino,
Dijo entonces un anciano,
Puesto que estuvo en tu mano
Apagar pronto el espino.

Si prudente así lo hicieras,
No verias malogrado
El tesoro acumulado
Con tanto afan en las eras.»
No vanas quejas exhales
Por las penas que te afligen
Si no cortaste en su origen,
Pudiéndolo hacer, los males.

FÁBULA CXLVIII.

—

BERTOLDO Y EL QUIJOTE.

Un Bertoldo y un Quijote
Disputaban cierto dia
En la estrecha librería
De un mayorazgo ricote.
»A pesar (dijo el primero)
Del Manquillo de Lepanto,
Afirman que valgo tanto
Y aun más que tú, compañero.»
Grave, formal y sesudo
Contestó el interpelado:
»¿Qué bachiller, mal pecado,
Tal blasfemia decir pudo?»

—"El amo que en todo es justo,
Dijo picado Bertoldo,
Y yo á su gusto me amoldo,
Porque es hombre de buen gusto."
—"Por esa sola señal,
Dijo el otro sonriëndo,
Casi me voy convenciendo
De que sois tal para cual."
—"A mí, cariñoso y fino,
Porque el lector me respete,
Me encuadernó en tafilete,
Y tú estás en pergamino.
Y á fé que sábio discurre
Por más que te contraríe,
Porque conmigo se rie
Mientras contigo se aburre."
—"Una prueba en eso das
De ser tan sándio como él,
Porque no se hizo la miel....
Cuéntale tú lo demás.
Y aunque estés acicalado,
Y yo rugoso y enjuto,
Mas vale el diamante en bruto
Que el vidrio pulimentado."
—"Ese es un dicho injurioso,
Y espero que no repitas...."
—"Que eres de vidrio acreditas
Con mostrarte tan vidrioso."

—"Dicen más de dos letrados,
Repuso el provocador,
Que en mis chistes el Autor
Vierte la sal á puñados."
—"Debieran, en mi opinion,
Definir en caso tal,
Si es sal ática tu sal,
O si es sal de bodegon."
En esto se abrió la puerta,
Y murmurando entre dientes,
Dieron fin los contendientes
A la empeñada reyerta.
¡Fuera de ver con qué tufos
Terciaban en la cuestion
La Musa del gran Breton
Y el Pegaso de los Bufos!

FÁBULA CXLIX.

—

EL AGUILUCHO, LA ZORRA Y EL LOBO.

Un jóven Aguilucho,
En llevar y traer recados ducho,

Llegó de madrugada
Al remoto confin de una enramada
Pacífica y umbrosa,
Residencia habitual de una Raposa,
Que fijó precavida
En lugar apartado su guarida.
De acecho en una rama,
Aguarda el vigilante mensajero
Que salte de la cama;
Y al verla aparecer en su agujero,
Le dice de esta suerte:
»Cierto Lobo que anhela conocerte
Y alquiló habitacion el otro dia
En esta vecindad, á tí me envía.
Allá en lejanas tierras
No sé cómo oyó hablar de tus hazañas,
Del talento sin par con que en las sierras
Al diestro cazador y al perro engañas;
Y encárgame te diga
Que desea tenerte por amiga,
Siendo además su voluntad expresa
Que te sientes con él hoy á su mesa;
Mas antes solicita
El alto honor de hacerte una visita.
Tal es mi comision: dá tu respuesta,
Pues me aguarda impaciente en la floresta.»
»¿Lobo en la vecindad y tan atento?
(Pensó la astuta Zorra) estará hambriento;

Y vuelta al Aguilucho: Amigo mio
(Contesta al punto sin mostrar desvío)
Decid al Lobo mi Señor que aguarde
A las seis ó las siete de la tarde,
Pues quiero arreglar antes mi morada
Cual merece persona tan honrada.»
Partióse el Aguilucho al oir esto
Con pronta diligencia,
Y la Zorra exclamó torciendo el gesto:
»¡Me gusta la ocurrencia!
Mi cortés vecinito el señor Lobo
Sin duda tiene gana
De poner mis costillas en adobo
Y almorzar mi asadura en la solana...
¿Y aun no he resuelto? ¡zape!
Larguémonos, que aquí corre mal viento.»
Y diciendo y haciendo, marchó á escape
A buscar más seguro alojamiento.
Confirma la experiencia
Con mil pruebas y mil á cada paso
Que alejarse del pícaro es prudencia,
Y más si adula sin venir al caso.

FÁBULA CL.

—

EL NIÑO Y EL PÁRROCO.

Cierto Niño vivaracho,
Pero de bello carácter,
Al Cura de su parroquia
Le preguntaba una tarde:
"¿Por qué, Señor, en el mundo
No son los hombres iguales,
Cuando todos hemos sido
Criados de Dios á imágen?
¿Por qué tiene Juan Borrego
Tantas cepas y olivares,
Y el pobre German apenas
Cuenta con qué alimentarse?
Si es verdad vuestra doctrina,
Si Dios de todos es Padre,
¿Por qué sus gracias y dones
Con igualdad no reparte?"
Sonrióse el buen Anciano
Con amor al escucharle,
Y á las preguntas del Niño
De este modo satisface:
"Si en el órgano del templo
Alguna vez reparaste,

¿No has visto en sus castilletes
Cien cañones desiguales?
Unos de humilde estatura,
Otros de talla jigante,
Delgado este, aquel robusto
Por un singular contraste.
Arriba cantan agudos,
Abajo responden graves,
Confundiendo sus sonidos
Con melodiosos compases.
Aquí las contras remedan
Desatados huracanes
Que estrepitosos retumban
Por una y por otra nave;
Allí dulcísimas flautas
Semejan sentidos ayes,
O melancólicas voces
Que el eco lejano esparce.
Y todos sin diferencia,
Lo mismo chicos que grandes,
Al concierto misterioso
Concurren segun su clase.
Pues bien, hijo; el universo
Es un concierto admirable,
Y cada sér que le puebla
Desempeña en él su parte.
Y á completarle concurren
Con infinitas variantes

Desde el príncipe al mendigo,
Desde el pastor al magnate.
Y esta ley en todo rige,
Necesaria, inevitable,
Sin que por raro accidente
En especie alguna falte:
En las estrellas del cielo,
En los pájaros del aire,
En los peces, en los brutos,
En todo y en todas partes.
Con que, rapaz, no murmures,
Y acata los sábios planes
De Dios, pues lo que él dispuso
No puede enmendarlo nadie.»

FIN.

ÍNDICE

DE LAS FÁBULAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

	Páginas.
La Mona y el Lorito	1
El Zorro declamador	2
El Pájaro y el Guindo	4
El Cordero, el Zagal y el Caminante	5
El Ave Simple	7
El Bandolero y el Pastor	9
El Chopo y el Rio	11
El Sauco y el Brezo	12
El Rosal y las Cañas	15
El Rapazuelo	16
El Congreso de las Fieras y la Raposa	17
La Moneda, el Puñal y el Lorito	19
El Ruiseñor y la Rana	21
El Pasajero	22
La Encina, la Fuente y el Jabalí	24
La Zorra y la Calandria	26
El Sáuce y la Mimbrera	28
El dia de Campo	30
La Raposa	33
El Escultor y el Perro	34
Maritornes y los Gorriones	35

Páginas.

El Cabrito, el Buey y la Cabra..... 37
El Mastin y la Cocinera..... 38
La Zorra y el Podenco..... 39
El Torrente y la Fuentecilla..... 41
El Mico celoso..... 43
La Flauta y el Jilguero..... 44
La Mona y el Cisne,..... 46
El Gato, el Lebrel y el Caballo..... 47
Los Romeros..... 48
La Señorita, la Gata y el Dogo..... 49
El Abedul y el Laurel..... 51
La Huelga de las Musas..... 53
El Invierno y la Primavera..... 56
Los dos Vecinos..... 59
El Labrador y el Buey..... 61
El Pintor y el Monaguillo..... 62
Los Galgos, la Liebre y la Zagala..... 63
El Leon y la Zorra..... 65
El Campesino y los G rriones..... 68
El Labrador y el Poeta..... 70
La Enredadera y el Álamo..... 73
La Abubilla y la Liebre..... 75
El Jugador y su Mujer..... 77
El Regidor y el Alcalde..... 78
El Grillo y el Raton..... 80
La Gata y la Mona..... 83
Los dos Bueyes..... 84
El Buey y los Buitres..... 85
La Gata montés y el Colorin..... 87
La Mula y el Corcel..... 89

Páginas.

El Gato sentenciado á muerte..... 89
El Asno y el Caballo..... 92
El Palomo y el Colorin..... 93
La Mona y la Cierva..... 94
El Teatro casero..... 96
El Mono, el Galgo y el Amo..... 97
El Granjero, el Zagal y el Sábio..... 99
La Aparicion..... 100
El Tramposo, el Avariento y el Perro... 103
El Tamborilero y el Hidalgo..... 105
El Gallo y la Perdiz..... 106
El Zorro, la Mula y el Hortelano..... 108
El Mastin y el Sabueso..... 110
El Raposo y la Paloma..... 111
La Oveja, el Espino y el Cigüeño..... 113
El Podenco y la Liebre..... 114
La Mariposa y la Aveja..... 116
Los dos Novillos..... 118
El Pilluelo y el Zapatero..... 119
La Fea y el Espejo..... 120
El Leñador..... 121
La Mona y el Retrato..... 122
El Libertino y la Fea..... 123
El Jilguero y el Gazapo..... 124
Los dos Toros y el Mastin..... 126
El Zorro y el Conejo..... 128
El Filósofo, la Araña, la Mosca y el Abejon 129
El Faldero, el Morueco y el Mastin.... 131
El Dogo y el Lorito..... 132
La Rana, el Grillo y el Liron..... 133

Páginas.

El Sastre y el Viejo..... 136
El Insolente, la Estátua y el Mastin... 137
El Leon dormido y la Corza..... 139
El Águila y la Cigüeña..... 140
El Mono, la Zorra y el Buey..... 142
El Leon preso y la Zorra..... 144
El Caballo, el Soldado, el Labriego y Céres..... 145
El Perro y el Buey..... 148
La Culebra y el Mochuelo..... 149
El Loro y el Relój..... 151
El Pino y el Madroño..... 152
La Paloma y el Garduño..... 154
El Cisne y la Calandria..... 156
El Asno, el Jilguero y el Mastin..... 157
El Sábio y el Libro..... 159
El Negociante..... 160
El Ciervo y el Mirlo..... 161
El Hortelano, el Caracol y el Gorrion... 162
Las dos Peñas..... 164
Los Perros y el Gorrion..... 165
El Caminante..... 168
La Locomotora y la Galera..... 169
El Zapatero..... 171
El Chalan y el Caballo..... 172
El Mayoral, la Víbora y el Gato..... 175
El Mirto y el Álamo..... 177
Los Animales domésticos..... 178
La Tórtola y la Ardilla..... 180
El Muchacho y el Nido..... 182

Páginas.

El Burro y el Faldero..... 185
El Huérfano y el Pájaro..... 186
El Sacristan..... 188
El Ternero y el Mayoral..... 189
El Perro y la Zorra..... 190
La Liebre y la Luna..... 192
La Abeja y la Hormiga..... 193
El Escritorio..... 196
El Bandolero..... 197
El Incrédulo y el Jazmin..... 198
El Ruiseñor, la Gata y el Lechon..... 199
El Zorro y el Mastin..... 201
El Ratero, el Perro y el Hortelano..... 203
El Jilguero y los Gorriones..... 204
La Oveja y el Mochuelo..... 205
El Rio y las Mimbreras..... 207
El Campesino, el Concejo y el Escarabajo 210
El Curandero..... 213
Los Gatos y la Cotorra..... 214
El Chopo, el Naranjo y el Granjero... 215
El Zagal..... 218
El Arbusto y la Paloma..... 219
La Cierva y la Fuente..... 221
La Paloma, la Veleta y el Sacristan.... 223
La Cabra y el Endrino..... 224
El Burro y el Caballo regalon..... 226
Los dos Zorros..... 228
Las Abejas rebeldes..... 230
Los Falderos, el Loro y el Ama..... 232
El Novillo y los Lobos..... 234

Páginas.

El Francolin y el Leon..... 237
El Manzano y la Hiedra..... 240
La Zorra y el Liron..... 241
El Gato, las Ratas y el Granjero..... 242
El Zorro y el Conejo..... 244
El Novillo y el Leon..... 246
El Pajar quemado..... 248
Bertoldo y el Quijote..... 249
El Aguilucho, la Zorra y el Lobo..... 251
El Niño y el Párroco..... 253

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Gramática hispano-latina, teórico-práctica. Décimatercia edicion. Un tomo en holandesa fina, 17 rs. en Madrid, 19 en provincias. Este libro, escrito con claridad y sencillez, y fundado en los buenos principios de la filosofía del lenguaje, ha sido adoptado desde su aparicion para la enseñanza en casi todos los establecimientos de la Peninsula y en Ultramar.

Curso práctico de latinidad. Sétima edicion. Un tomo en 4.° en holandesa fina, 28 rs. en Madrid, 30 en provincias. Esta obra acogida igualmente con grande aplauso en los establecimientos públicos de enseñanza, dentro y fuera del reino, comprende trozos selectos y cuidadosamente escogidos de los autores más puros y elegantes en prosa y verso, presentados en una gradacion oportuna para que los niños vayan pasando insensiblemente y sin angustia de lo fácil á lo difícil, con gran riqueza de comentarios y anotaciones, que forman en conjunto un gran caudal de doctrina, para la inteligencia de los pasajes oscuros y conocimiento de la índole del idioma.

Gramática castellana comparada á la latina, para estudiar simultáneamente y con fruto los dos idiomas. Octava edicion. Un tomito en 4.° rústica: 4 rs. en Madrid y provincias.

Exposicion gramatical, crítica, filosófica y razonada de la Epístola de Q. Horacio Flaco á los Pisones sobre el Arte poética, y traduccion de la misma en verso castellano. Un tomito en 4.° de 130 páginas, tercera edicion encuadernada á la holandesa: 7 reales en Madrid y 8 en provincias.

Elementos de Mitología, ritos y costumbres de los antiguos Romanos y nociones elementales de Retórica y Poética para uso de los cursantes de tercer año de latin. Tercera edicion. Un tomito en 4.°, 5 rs. en Madrid.

Curso elemental teórico-práctico de Retórica y Poética, acomodado á la índole de los estudios de la segunda en-

señanza. Un tomo en 4.° holandesa: 18 rs. en Madrid y 20 en provincias.

Nuevo Diccionario latino-español etimológico, acompañado de un tratado de sinónimos y seguido de un Vocabulario español-latino. Tercera edicion, corregida. Un tomo grueso de 1400 páginas, impresion compacta, nítida, correcta y elegante, á tres columnas, encuadernado en buena pasta: 61 reales en Madrid.

Gramática elemental de la lengua castellana para uso de los niños que concurren á las escuelas de instruccion primaria, dispuesta bajo un método fácil y sencillo; se vende en rústica á 2 y 1/2 reales.

Todas estas obras se venden en Madrid, casa de D. Agustin Jubera, calle de la Bola, núm. 3, segundo, á quien pueden hacer sus pedidos los que deseen adquirirlas.